
HARLEQUIN
Bianca
ANILLOS Y HEREDEROS
LYNNE GRAHAM
EL ANILLO DEL PRÍNCIPE

Bianca™

EL ANILLO DEL PRÍNCIPE

Lynne Graham



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El anillo del príncipe, n.º 147 - diciembre 2018
Título original: Castiglione’s Pregnant Princess
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-080-3

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

VAMOS –Zac Da Rocha reprendió a su hermano–. Tiene que haber algo que se pueda hacer, algo que desees más que ese coche. Véndemelo y te compraré lo que quieras.

Una intensa hostilidad se apoderó del príncipe Vitale Castiglione, porque su hermanastro brasileño lo irritaba a más no poder. El hecho de que ambos coleccionaran coches de lujo debía de ser lo único que tenían en común. Pero una negativa nunca era tal para Zac; solo servía para que este aumentara el precio. No parecía capaz de entender que no podía sobornar a Vitale. Pero Zacarias Da Rocha, heredero de las legendarias minas de diamantes Quintel Da Rocha e increíblemente rico, incluso para el nivel de sus hermanos, no estaba habituado a que le negaran nada ni a que lo decepcionaran, y era congénitamente incapaz de respetar los límites de la cortesía. Con una expresión sombría en su rostro fuerte y delgado, Vitale miró a su hermano pequeño con sus brillantes ojos oscuros impasibles, gracias a años de dura autodisciplina.

–No –repitió Vitale en voz baja al tiempo que deseaba que volviera su hermano mayor, Angel Valtinos, e hiciera callar a Zac, ya que a él no le salía de forma natural ser grosero, porque lo habían educado dentro de las opresivas tradiciones y la formalidad de una familia real europea. Toda una vida de rígido control entraba en acción de forma invariable para evitar que perdiera los estribos y manifestara sus verdaderos sentimientos.

Claro que estaba siendo una mañana muy desasosegante. Vitale se había quedado desconcertado cuando su padre, Charles Russell, les había pedido a él y a sus dos hermanos que se reunieran con él en su despacho. Era una petición poco habitual, ya que Charles Russell normalmente hacía el esfuerzo de ver a sus hijos por separado. Vitale se estaba preguntando si se había producido una emergencia familiar cuando había aparecido su padre y se había llevado a Angel, su hijo mayor, al despacho dejando a Vitale con la

única compañía de Zac. No era una perspectiva muy divertida, reflexionó, antes de reprenderse a sí mismo por haberlo pensado.

Al fin y al cabo, no era culpa de Zac haber conocido a su padre el año anterior y seguir siendo casi un desconocido para sus hermanastros, quienes, a pesar del divorcio de sus respectivos progenitores, se conocían desde la infancia. Por desgracia para Zac, su revuelto cabello negro, sus tatuajes y su actitud agresiva no encajaban. Era muy poco convencional, muy competitivo… era demasiado en todos los sentidos. Tampoco ayudaba que fuera solo dos meses más joven que Vitale, lo que implicaba que lo habían concebido mientras Charles Russell estaba casado con la madre de Vitale. Sin embargo, este entendía por qué se había producido el adulterio. Su madre era una persona fría, en tanto que su padre era emotivo y afectuoso. Suponía que mientras Charles estaba tramitando el divorcio, un divorcio que lo había destrozado, había buscado consuelo en una mujer más cariñosa.

–Entonces, vamos a apostar –propuso Zac sin poder contenerse.

Vitale estuvo tentado de poner los ojos en blanco a modo de cómica incredulidad, pero no dijo ni hizo nada.

–Te he oído antes hablando con Angel sobre el gran baile de palacio que se celebrará en Lerovia, a finales de mes –dijo Zac–. Creo que será muy formal y que irá gente importante, y que tu madre espera que elijas esposa de entre las invitadas femeninas que ha elegido cuidadosamente…

Los altos pómulos de Vitale se colorearon levemente y apretó los dientes.

–A la reina Sofia le gusta organizarme la vida, pero no tengo intención alguna de casarme.

–Sería mucho más fácil mantener a todas esas mujeres a raya si te presentaras acompañado de una –observó Zac rápidamente, como si supiera por alguna clase de misteriosa ósmosis cómo presionaba invariablemente su real madre a su hijo–. Así que esta es la apuesta… Apuesto a que no puedes convertir a una mujer corriente en una de la alta sociedad y hacerla pasar por tal en el baile. Si lo consigues, te regalaré mi coche más preciado, pero, como es natural, espero que me invites al baile. Si tu acompañante no pasa la prueba, me entregarás tu coche más valioso.

Vitale estuvo a punto de poner los ojos en blanco ante una apuesta tan descaradamente juvenil. Como era evidente, él no apostaba. Se apartó el brillante cabello negro de la frente con gesto impaciente.

–No soy Pigmalión y no conozco a ninguna mujer «corriente».

–¿Quién es Pigmalión? –preguntó Zac frunciendo el ceño–. ¿Y cómo puede ser que no conozcas a mujeres corrientes? Vives en el mismo mundo que yo.

–Yo no diría tanto.

Vitale siempre se desenvolvía con discreción y evitaba a las mujeres ávidas de fama que podían vanagloriarse de haberlo conquistado, en tanto que parecía que Zac consideraba a cualquier mujer atractiva un blanco legítimo. Sin embargo, Vitale no quería arriesgarse a que un periódico sensacionalista publicara revelaciones de carácter sexual que deshonrarían el trono de Lerovia.

Asimismo, era banquero y consejero delegado del muy conservador y respetable Banco de Lerovia, por lo que se esperaba que llevase una vida formal. Los banqueros que tenían una vida desordenada ponían nerviosos a los inversores, lo cual iba en detrimento de los beneficios bancarios.

A fin de cuentas, Lerovia era un paraíso fiscal de fama internacional. Era un país pequeño, rodeado de otros mucho mayores y poderosos. El abuelo de Vitale había erigido la riqueza y la estabilidad del país sobre una base económica segura. Vitale había tenido pocas opciones profesionales. Su madre quería que se limitara a ser el príncipe heredero, pero él deseaba alcanzar una meta más importante, además de la libertad de ser él mismo, algo que su autoritaria madre no estaba dispuesta a consentir.

Había luchado por su derecho a estudiar una carrera, del mismo modo que seguía haciéndolo por su libertad de elección como hombre soltero. Con solo veintiocho años, no estaba preparado para asumir la responsabilidad de tener una esposa o, lo que era aún más deprimente, un hijo. Se le encogía el estómago ante la perspectiva de un bebé lloroso que se aferrara a él en busca de apoyo. Además, sabía mejor que nadie lo difícil que le sería a cualquier mujer entrar a formar parte de la familia real de Lerovia y verse obligada a tratar a su dominante madre, la reina.

En ese momento, Angel volvió. Parecía anormalmente apagado. Vitale se levantó de un salto con una mirada inquisitiva.

–Te toca –dijo su hermano mayor en tono seco, sin hacer ningún intento de responder a la pregunta no formulada de Vitale para que le aclarara la situación.

Angel estaba visiblemente nervioso, reconoció Vitale sorprendido, mientras se preguntaba de qué había hablado Charles Russell con su hijo mayor. Se lo imaginó y se estremeció, porque era probable que su padre se hubiese enterado de que Angel tenía

una hija ilegítima a la que no conocía. Era el mayor y más oscuro secreto de Angel, que solo había revelado a su hermano, y era probable que se tratara de un asunto incendiario para un hombre tan centrado en la familia como su padre.

Sin embargo, pensó Vitale con total seguridad, era un error que él nunca cometería, porque no corría riesgos en lo que se refería al control de la natalidad. Sabía perfectamente que sus opciones serían muy limitadas si algo salía mal: o se enfrentaba a un escándalo mayúsculo o se casaba con la mujer en cuestión. Puesto que cualquiera de las dos opciones le helaba la sangre, siempre iba sobre seguro.

Charles Russell, un hombre de mediana edad, de pelo cano y todavía atractivo, se adelantó para dar a su hijo, más alto que él, un abrazo.

–Siento haberte hecho esperar tanto.

–No pasa nada –respondió Vitale negándose a reconocer que había puesto furiosa a su madre por insistir en viajar a Londres en vez de quedarse para desempeñar, una vez más, una función ceremonial en la corte. Su cuerpo, delgado y musculoso, permaneció rígido entre los brazos de su padre porque, aunque lo conmovía su afecto, le resultaba difícil corresponderle. En su interior, seguía siendo el niño acobardado cuya madre lo había apartado de sí con disgusto a los dos años de edad al tiempo que le decía que era malo y propio de un bebé seguir buscando ese tipo de atención.

–Necesito que me hagan un favor y he pensado que tú podrías tratar ese espinoso asunto mejor que yo –dijo Charles–. ¿Te acuerdas del ama de llaves que contraté en Chimney's?

Los elocuentes ojos oscuros de Vitale se abrieron levemente a causa del desconcierto, y sus largas pestañas de puntas doradas enmarcaron su inquisitiva mirada. Angel y él habían pasado innumerables periodos de vacaciones en la casa de campo de su padre, en la frontera galesa, que a Vitale le encantaban porque durante ellos se liberaba de las opresivas tradiciones y la formalidad de la corte de Lerovia. En Chimney's, una casa de campo de estilo isabelino, Vitale había sido libre como un pájaro, libre para ensuciarse de niño, libre para ser un adolescente difícil, libre para ser lo que quisiera, sin la tensión constante de tener que esforzarse para estar a la altura de arbitrarias expectativas.

–No, no me acuerdo de los que trabajaban allí.

Su padre frunció el ceño, decepcionado por su respuesta.

–Se llamaba Peggy. Estuvo años trabajando para mí. Estaba

casada con Robert Dickens, el jardinero.

Un leve recuerdo se reflejó en la desconcertada mirada de Vitale, un recuerdo sobre un antiguo escándalo que había salido a la luz.

–Una mujer pelirroja que se marchó con un hombre más joven –dijo en tono sardónico.

Ese tono hizo que su padre volviera a fruncir el ceño.

–Sí, esa misma. Él era uno de los aprendices de jardinero, de mirada furtiva y gran elocuencia. Siempre me he sentido responsable de lo sucedido.

Vitale, que era incapaz de imaginarse verse envuelto en la vida privada de un empleado, ni siquiera de interesarse por ella, miró a su padre, perplejo.

–¿Por qué?

–En varias ocasiones vi que Peggy tenía cardenales –reconoció Charles con incomodidad–. Sospechaba que Dickens la maltrataba, pero no hice nada. Le pregunté varias veces si estaba bien y ella siempre me contestaba afirmativamente. Debiera haber hecho más.

–No veo cómo podrías haberlo hecho si ella no estaba dispuesta a quejarse –observó Vitale quitándole importancia mientras se preguntaba adónde iba a conducirlos aquella extraña conversación y se asombraba de que su padre estuviera tan visiblemente afectado al hablar de la vida de una antigua criada–. No fuiste responsable.

–Lo bueno y lo malo no siempre son como el blanco y el negro –contestó Charles Russell en tono sombrío–. Si la hubiera apoyado o animado más, posiblemente habría confiado en mí y me habría contado la verdad, y yo habría podido proporcionarle la ayuda que su hija y ella necesitaban. En vez de eso, fui cortés y distante, y ella acabó huyendo con aquel canalla.

–No veo qué otra cosa podrías haber hecho. Hay que respetar los límites, sobre todo con los empleados –afirmó Vitale, que se había puesto tenso al oír a su padre mencionar a la hija de Peggy y se esforzaba en ocultarlo. Recordaba muy vagamente a Peggy Dickens, pero se acordaba de su hija, Jazmine, probablemente solo porque Jazz formaba parte de uno de sus recuerdos de adolescencia más embarazosos. No le gustaba volver a aquellos días, previos a su aprendizaje del tacto y la discreción.

–No, debes ser más compasivo, Vitale. Los empleados también son personas y a veces necesitan ayuda y comprensión.

Vitale no quería ayudar a los empleados del banco o del palacio ni comprender lo que los motivaba; solo deseaba que hicieran su trabajo del mejor modo posible. No se relacionaba con ellos en el

plano personal, pero, por respeto a su padre, se abstuvo de expresar su opinión y trató de retomar el diálogo.

–Me has dicho que necesitabas que te hiciera un favor –le recordó a su padre.

Charles, frustrado, examinó el rostro delgado e imponente de su hijo. Detestaba reconocer en él una sombra de la reserva helada de su exesposa y de su cruel indiferencia. Si Charles odiaba a alguien, era a la reina de Lerovia, Sofia Castiglione. Sin embargo, la había querido hasta la locura antes de descubrir que él solo era su víctima, un donante de esperma para el heredero que necesitaba para el trono de Lerovia. El verdadero amor de Sofia era otra mujer, Cinzia, su amiga íntima. Y, desde el momento en que Sofia supo que había concebido, Charles y su matrimonio con él habían estado de más. Pero ese era un secreto que él había prometido llevarse a la tumba.

–Sí, el favor –dijo Charles volviendo al presente–. He recibido una carta de Jazmine, la hija de Peggy, en la que me pide ayuda. Quiero que analices la situación y la resuelvas. Lo haría yo mismo, pero, durante los próximos meses, estaré trabajando en el extranjero, por lo que no tendré tiempo. También he creído que tú lo harías mejor, ya que os conocíais de niños.

El hermoso y delgado rostro de Vitale se había puesto tenso. De hecho, se había quedado petrificado ante la amenaza de verse obligado a volver a ver a Jazz.

–¿Qué situación? –preguntó para ganar tiempo.

Su padre tomó una carta del escritorio y se la entregó.

–El hombre con el que se marchó Peggy le robó. Falsificó su nombre para pedir unos cuantos préstamos y la dejó llena de deudas y en la ruina –afirmó con desagrado–. Ahora son pobres y tienen que luchar para sobrevivir. Han intentado solucionarlo por la vía legal, pero sin resultado. Peggy está enferma y no puede trabajar.

Vitale frunció el ceño y levantó la mano para que su padre dejara de hablar.

–Pero ¿qué tiene que ver contigo esa serie de desgracias? –preguntó sin vacilar.

–Hace años que Peggy Dickens me pesa en la conciencia –confesó Charles de mala gana–. Pude haber hecho algo para ayudarla, pero temí ofenderla, así que no hice nada. Me siento responsable de su desgracia y no quiero que la pobre mujer siga sufriendo por mi incapacidad para actuar.

–Pues mándale un cheque –sugirió Vitale, impactado por el

sentimiento de culpa que le manifestaba su padre mientras él se esforzaba en ver qué deuda tenía con aquella mujer.

–Lee la carta –le aconsejó su padre–. Jazmine pide un trabajo, un lugar para vivir y un préstamo, no un cheque. Es orgullosa. No pide limosna, pero está dispuesta a hacer cualquier cosa para ayudar a su madre.

Vitale examinó el sobre sin disimular su desagrado. Le entraron ganas de poner en cuestión la actitud de su padre. En su opinión, Charles no debía absolutamente nada a su antigua empleada ni a su hija. Parecía que Peggy había arruinado su vida, pero eso no era culpa de su padre.

–¿Qué quieres que haga? –preguntó por fin al reconocer que lo que a él le pareciera la situación no tenía la menor importancia frente a los sentimientos de su padre.

Sin embargo, le asombraba que Charles siguiera siendo tan emotivo y sentimental y que dos personas con un carácter tan increíblemente distinto como sus padres se hubieran casado.

–Quiero que seas compasivo y amable, que no te erijas en juez ni seas cínico o frío –contestó Charles en tono de ansiosa advertencia–. Sé que eso te supondrá un enorme esfuerzo, pero también sé que conocer esa faceta de tu naturaleza te hará ser un hombre mejor y más fuerte. No consientas que tu madre te convierta en alguien parecido a ella. No olvides que también eres hijo mío.

La idea de ser compasivo y amable estuvo a punto de hacer estremecer a Vitale. Él no hacía esas cosas. Apoyaba a organizaciones benéficas y siempre contribuía a buenas causas, pero nunca había hecho nada personalmente en ese campo ni había sentido la necesidad de hacerlo. Era lo que era: un miembro de la realeza que había vivido aislado del mundo real por sus increíbles privilegios, su educación exclusiva y su riqueza.

–Me da igual lo que cueste conseguir que Peggy y su hija solucionen sus problemas –añadió su padre–. Contigo al frente de mis inversiones, puedo permitirme pagarlo. No hace falta que me ahorres dinero.

–Soy banquero. Ahorrar y obtener beneficios es algo que me resulta natural –afirmó Vitale en tono seco–. Por cierto, mi madre no me está convirtiendo en alguien semejante a ella.

Charles soltó una carcajada.

–Puede que te parezca una broma, pero no me extrañaría que acabaras comprometido al final del baile del mes que viene. A Sofia se le dan muy bien esos tejemanejes. Debieras haberte negado a asistir.

–Aún estoy a tiempo de hacerlo. No soy un incauto –declaró su hijo con frialdad–. Así que quieres que me vaya en misión de rescate en tu nombre.

–Con tacto y generosidad.

Vitale se sintió exasperado porque empleaba el tacto todos los días, ya que no podía dejar de ser cortés ante las exigencias que su título le planteaba. Pero por muy difícil que le resultara la petición de su padre, sentía cierto orgullo y satisfacción al saber que este confiaba en él para resolver una situación delicada. Se dio cuenta también de que estaba deseando leer la carta de Jazz.

Jazz, una pelirroja, delgada como un palo, que se había encaprichado de Vitale a los catorce años, cuando él tenía dieciocho. Le había dejado completamente desconcertado que fuera él, en vez de Angel, más simpático y ligón, el objeto de su admiración. Reconoció de mala gana que había metido la pata hasta el fondo al hacer un chiste hiriente sobre ella, que, por desgracia, Jazz había oído sin pretenderlo. Pero él nunca había sido del bando de los sensibles y, por aquel entonces, sabía muy poco de las mujeres porque había sido virgen muchos más años que Angel. No era de extrañar que Jazz lo odiara tras aquel episodio, pero, en muchos sentidos, había sido un alivio dejar de ser el centro de su atención y de los horrorosos silencios en que permanecía en presencia de él. En un verano, los tres habían pasado de una seudoamistad a una tensa turbación. Después, su madre y ella habían desaparecido de sus vidas.

«Compasivo… amable», se recordó Vitale a sí mismo, ya fuera del despacho de su padre y leyendo la carta de Jazz, a la que valoró inmediatamente por su uso del inglés, la ortografía y la concisión. Claro que Jazz la había escrito en un ordenador, ya que era disléxica. Disléxica y torpe, recordó Vitale, porque siempre tropezaba y chocaba con todo. La carta contenía una historia de tribulaciones que podría haber pasado por una tragedia griega. Apretó los dientes mientras se evaporaba su momentánea diversión. Jazz solicitaba ayuda para su madre, pero con sus condiciones. Quería un empleo, pero solo había trabajado de cajera y de mujer de la limpieza.

Por favor… ¿qué creía que iba a encontrar su padre para ella a la vista de semejantes habilidades? De todos modos, la carta era Jazz en estado puro: peleona, torpe y obstinada. Una mujer normal, pensó él distraídamente, una mujer corriente con unos ojos verdes extraordinariamente bellos. Supuso que sus ojos no habrían cambiado. Y no podía haber nadie más corriente que Jazz, que creía

que una cuchara para la sopa, un tenedor para el pescado o una servilleta no eran más que una innecesaria afectación aristocrática. Y era evidente que necesitaba dinero urgentemente…

Una débil sonrisa se dibujó en su boca, habitualmente adusta. No le hacía falta una belleza deslumbrante para que lo acompañara al baile de palacio y estaba seguro de que, si contrataba a los expertos adecuados, estos transformarían a Jazz en alguien razonablemente presentable. Tenía sentido llevar a una acompañante al baile para mantener a raya a las demás mujeres, reconoció contra su voluntad. Pero ganarle la apuesta a Zac sería, innegablemente, lo más satisfactorio del asunto. Aunque Jazz fuera una mujer corriente y disléxica, también era inteligente.

Vitale se dirigió adonde estaba su hermano menor con una extraña sonrisa en su sensual boca.

–Te toca entrar, pero antes de que te vayas… la apuesta – dijo en voz baja–. ¿Recuerdas a la camarera rubia que no quería tener nada que ver contigo y que te acusó de acoso?

Zac frunció el ceño, desconcertado, y se le colorearon las mejillas al recordar su fracaso, poco habitual, a la hora de impresionar a una mujer.

–Llévala al baile, debidamente arreglada, y haz que parezca perdidamente enamorada de ti, que no se despegue de ti, y acepto la apuesta –concluyó Vitale lanzándole el guante del desafío con placer, al recordar la expresión de verdadero odio que había visto en los ojos de aquella mujer. Por una vez, a Zac, el persuasivo donjuán, le iba a costar seducir a alguien.

Jazz estiró la dolorida espalda en la caja del supermercado. Había trabajado muchas horas. Su horario había comenzado al amanecer limpiando en un hotel cercano y, después, la habían llamado para sustituir a una compañera enferma en la caja del supermercado, donde ganaba un dinero extra de forma ocasional. Sus dos empleos eran ocasionales y estaban mal pagados. Pero tenerlos era mejor que no tenerlos, se dijo una vez más, mejor que vivir de los servicios sociales, que habría disgustado mucho a su madre, aunque, con esa opción, madre e hija estarían algo mejor de lo que estaban.

Aunque Peggy Dickens había educado a su hija para trabajar, no para quejarse ni vivir a costa ajena, Jazz, de vez en cuando, seguía dejando que sus pensamientos se adentraran en un mundo de ensueño en el que había completado su educación académica, lo

que le habría proporcionado un título que le permitiría aspirar a empleos mejor pagados y a ascender en la escala laboral. Por desgracia, el caos de su vida privada le había impedido, ¿cómo se decía?… ¿desarrollar todo su potencial? Su boca de labios carnosos esbozó una sonrisa porque, ¿quién era ella para decir que valía más que el trabajo que realizaba? Carecía de sentido tener tantos humos e imaginar que podía haber sido más de lo que era, sobre todo cuando sus raíces eran tan humildes.

Su madre había sido un ama de llaves que se había casado con un jardinero y vivido en una casa que le había proporcionado su jefe. Nadie de la familia de Jazz había tenido una casa en propiedad ni había obtenido un título universitario, por lo que Peggy se quedó perpleja cuando su hija decidió seguir estudiando y perseguir una meta muy superior a la de sus antepasados. De todos modos, su madre también se había sentido orgullosa.

Y entonces, sus vidas volvieron a irse al traste y Jazz tuvo que ser práctica ante todo. Por desgracia, era prácticamente imposible recuperar el terreno perdido. Jazz estuvo a punto de sufrir un colapso nervioso por su esfuerzo en estudiar para superar los inconvenientes de cambiarse tres veces de escuela durante la adolescencia. No lloró cuando se deshizo el desgraciado matrimonio de sus padres, ya que su padre pegaba con frecuencia a su madre y también a ella cuando intentaba intervenir. Pero sí había sentido que su padre muriera inesperadamente dos años después sin haber intentado volver a verla. Era evidente que su padre nunca se había preocupado mucho por su única hija, y saberlo le había dolido. Sin embargo, se quedó horrorizada cuando su madre se enamoró de Jeff Starling, un hombre mucho más joven que ella.

El amor podía ser el mayor riesgo para una mujer, reflexionó Jazz, con un escalofrío de repulsión, sobre todo esa clase de amor que podía convencer a una mujer sensata para salir de Málaga y meterse en Malagón.

Pero también había otras clases de amor, se recordó a modo de consuelo, relaciones familiares que aliviaban y consolaban, por muy difícil que se pusieran las cosas. Cuando, debido a las deudas de Jeff, Peggy y ella ni siquiera pudieron alquilar una vivienda, Clodagh, la hermana pequeña de Peggy, las había alojado en su minúsculo piso. Cuando a Peggy le diagnosticaron cáncer de mama, Clodagh había dejado de trabajar en la joyería para acompañar a su hermana a las citas y sesiones de tratamiento y para cuidarla con ternura, mientras Jazz intentaba ganar todo el dinero que podía.

Animada por esos pensamientos más positivos, Jazz acabó su

turno y volvió andando a casa mientras el sol se ponía. El teléfono emitió un pitido y lo sacó. Leyó el texto con dificultad. Era corto y agradable.

¡Por Dios!, pensó sorprendida. ¡Charles Russell quería verla para hablar de la situación de su madre! A las diez de la mañana siguiente. No la había avisado con tiempo, se dijo compungida. Pero, cuando había hambre, no había pan duro.

Guiada por la desesperación, había escrito al antiguo jefe de su madre rogándole que las ayudase. Charles era un hombre bueno y generoso hasta decir basta, pero, como hacía diez años que su madre había dejado de trabajar para él, Jazz no esperaba recibir una respuesta. La carta había sido una apuesta arriesgada, fruto de una noche de insomnio en la que se había preguntando cómo podía conseguir para su madre la vida estable y libre de tensiones que necesitaba para recuperarse de un penoso tratamiento. Al fin y al cabo, no podían vivir con Clodagh eternamente. Esta había sacrificado mucho para alojarlas; entre otras cosas, a su novio, que se había evaporado cuando se dio cuenta de cuál era la realidad del nuevo papel de cuidadora de Clodagh. Era paradójico que Jazz no creyera que hubiera la más remota posibilidad de que la carta que le había mandado a Charles Russell recibiera respuesta.

Un sentimiento de vergüenza reptó por su interior e hizo arder su piel de porcelana porque, en cuanto había echado la carta al correo, se había arrepentido por el sacrificio que suponía para su orgullo. ¿No la habían educado para valerse por sí misma? Sin embargo, a veces, por mucho que hicieras o trabajaras, necesitabas una mano amiga que te sacara de la cuneta. Y era evidente que Charles Russell se había apiadado de su situación y tal vez pensara que podía ayudarlas de alguna manera. ¿Proporcionándoles un lugar para vivir?, ¿un empleo? Sintió una gran esperanza que mitigó la vergüenza de haber escrito y enviado la carta. Cualquier tipo de ayuda, por pequeña o insignificante que fuese, sería bienvenida, se dijo Jazz.

Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo y abrió la puerta del piso. Reprimió un suspiro al ver el estado en que se hallaban el salón y la cocina. Clodagh no era ordenada ni le gustaba limpiar, fregar los platos o hacer la colada, pero ella hacía lo que podía para remediarlo, porque era consciente de que vivía en casa de Clodagh y también de que a su madre, maniática de la limpieza, le resultaba deprimente vivir en un entorno tan descuidado. Pero no había mucho que se pudiera hacer para que un piso de un dormitorio se estirara para acoger a tres personas adultas, una de las cuales

todavía luchaba por recuperar las fuerzas. Aunque el tratamiento hubiera terminado, Peggy continuaba en la fase de recuperación. Clodagh compartía el dormitorio con ella, pero, cuando Peggy pasaba una mala noche, Clodagh se acostaba en el sofá y Jazz dormía en el suelo, en un saco de dormir.

–He pasado un buen día –anunció Peggy, muy animada, sentada frente al televisor. Era una mujer de cuarenta y tantos años, de rostro delgado y pálido y aún de aspecto frágil–. Después de misa, he ido a dar un paseo por el parque.

–Estupendo –dijo Jazz mientras se inclinaba para besarla en la mejilla. La fina pelusa del cabello de su madre, que volvía a crecerle, le rozó la frente y llenó sus cansados ojos de lágrimas. El pelo le había vuelto salir blanco, en vez de rojo, pero Peggy se había negado a teñírselo, como le había propuesto Clodagh, diciendo que tener pelo del color que fuese era mejor que no tenerlo.

Jazz experimentó un inmenso alivio al ver que su madre iba recuperando las fuerzas y que el pronóstico era excelente. Después de haberse enfrentado, al principio, a la aterradora posibilidad de perderla, estaba agradecida simplemente por el hecho de que siguiera con ella y dispuesta a mejorar su vida en todo cuanto pudiera.

–¿Tienes hambre? –preguntó Jazz.

–No mucha –contestó Peggy.

–Voy a preparar una buena ensalada –afirmó Jazz. Sabía que era fundamental animar a su madre a que recuperara parte del peso perdido.

–Clodagh ha ido a ver a su amiga Rose –dijo Peggy–. Me ha pedido que fuera con ella, pero estaba muy cansada y, además, me gusta verte cuando vuelves de trabajar.

Reprimiendo las muestras de agotamiento, Jazz comenzó a limpiar la cocina y fregó los platos antes de preparar la ensalada que, en aquellos días, era lo único que despertaba el apetito de su madre. Mientras lo hacía, charló con ella sobre sus compañeras de trabajo y sobre cómo le había ido el día, para disfrutar del sonido de la risa ocasional de su madre.

Se sentaron a la mesa a cenar. Jazz estaba haciendo un recuento mental de su escaso guardarropa para elegir un atuendo adecuado para su cita de la mañana siguiente con Charles Russell. Renunciar al lujo de tener una casa propia había supuesto vender casi todo lo que poseían porque no tenían dinero para pagar un sitio donde guardarlo ni tampoco espacio suficiente en casa de Clodagh. Jazz

tenía una falda negra muy gastada, pantalones cortos, vaqueros y unas cuantas camisetas y blusas. Y eso era todo. Daba las gracias por tener que llevar uniforme en sus dos empleos, ya que eso suponía que podía arreglárselas con poca ropa. Como era una cita formal, tendría que ponerse la falda y su único par de zapatos de tacón.

No había hablado de la carta ni a su madre ni a su tía porque no esperaba nada de ella. Por la misma razón, le costaba aceptar que tuviera una cita. De hecho, varias veces antes de quedarse, finalmente, dormida, tuvo que sacar el teléfono y, ansiosamente, releer el mensaje para convencerse de que no era producto de su imaginación.

A la mañana siguiente, muy temprano, temerosa de llegar tarde, Jazz atravesó Londres en transporte público y llegó a una casa. Le había sorprendido que Charles Russell no la hubiera invitado a su despacho, adonde ella había mandado la carta, pero tal vez prefiriera un entorno menos formal y más discreto para su encuentro. Charles Russell había estado casado con una reina que reinaba, recordó con ironía. Una reina que, en su única y rápida visita a la casa de campo de su exesposo, había tratado a su madre como a un perro.

Pero Charles se había portado con el personal de forma infinitamente más amable. Recordó con afecto sus cálidas sonrisas y su conversación con ella, a pesar de que solo era la hija del ama de llaves. A diferencia de su exesposa y su segundo hijo, no era un esnob y no atribuía importancia a los demás basándose únicamente en su estatus social o económico. Era un buen hombre, se repitió obstinadamente para aplacar la tensión que experimentó al llamar al timbre.

Una mujer que hablaba poco inglés, y que lo poco que hablaba lo hacía con un acento impenetrable, la condujo a un imponente vestíbulo adornado con antigüedades y espejos. Al examinar lo que la rodeaba, sintiéndose al mismo tiempo una intrusa, Jazz comenzó a corregir al alza el cálculo que había efectuado sobre la fortuna de Charles Russell.

La mujer abrió otra puerta que daba paso a lo que parecía el despacho de la casa y un hombre se levantó de un salto del escritorio.

Jazz se sintió tan horrorizada al reconocerlo que se quedó petrificada en el umbral y lo miró consternada. Su optimismo natural se evaporó como si alguien muy cruel la hubiera pinchado con un alfiler para desinflarla. Era Vitale, no su padre. Y esa era la



peor de sus pesadillas.

Capítulo 2

VITALE miró desconcertado a la mujer que estaba en el umbral porque era maravillosa. Poseía esa belleza vibrante que hacía que los hombres se volvieran a mirarla en la calle, con su melena pelirroja y rizada y su cuerpo esbelto y ágil. Lo único que no había cambiado en Jazz eran sus ojos, verdes como el jade en un rostro triangular de piel traslúcida como la porcelana más fina. Su boca, de labios rosados y carnosos, revelaba unos dientes blancos y pequeños que en aquel momento mordían su labio inferior, mientras ella lo miraba con una expresión de horror casi cómica.

–Entra y cierra la puerta –dijo Vitale con suavidad al tiempo que se preguntaba cómo iba a enseñarle a no revelar lo que pensaba por la expresión de su rostro y, también, por qué le resultaba tan atractiva esa candidez.

Jazz llevó a cabo un valiente esfuerzo de recuperación, aunque la seguridad en sí misma había desaparecido. Se hallaba en estado de shock. Le había bastado una simple mirada a Vitale para que el cerebro se le hubiera hecho papilla, en el mejor de los casos; en el peor, para retrotraerla a un periodo muy vulnerable de su vida que no quería recordar. Pero ahí estaba Vitale, tan elegante y guapísimo como siempre, con una belleza innegablemente masculina tan cautivadora que Jazz tuvo que hacer un enorme esfuerzo para apartar la mirada de él.

¿Qué tenía Vitale? ¿Qué incomprensible debilidad había en ella que hacía que le resultase tan atractivo? Su hermano, Angel Valtinos, era demasiado vanidoso para atraer su atención, y ella nunca lo había mirado como a Vitale, que era un ser mucho más complejo y fascinante, por su seductora intensidad y los conflictos que se adivinaban bajo la elegante fachada que presentaba al mundo. Sus perfectos modales y su fría reserva no ocultaban las intensas emociones que reprimía detrás de sus ojos oscuros. Y era tan sexy… Cada sinuoso movimiento de su cuerpo delgado y

musculoso, cada movimiento de sus pestañas negras y espesas, de puntas doradas, y de su hermosa y sensual boca, contribuían a su feroz atractivo. No era de extrañar que, cuando ella estaba en edad de encapricharse de un hombre se hubiera fijado en Vitale, aunque a él le había resultado imposible tratarla como a una amiga.

Jazz cerró la puerta y se dirigió a la silla que había frente al escritorio. «Ya eres una persona adulta. Las tonterías que hiciste de niña carecen de importancia», le indicaban sus defensas de forma frenética. Y las estaba escuchando con tanta atención con el fin de cubrir las apariencias que no vio el borde de la alfombra frente a ella. El tacón se le enganchó en él y la lanzó hacia delante mientras gritaba sobresaltada.

Pero allí estaba Vitale para agarrarla, a velocidad supersónica, antes de que se cayera y para estabilizarla con su fuerte brazo en la espalda. El calor de su mano en la cintura le sorprendió casi tanto como su repentina proximidad. Se separó bruscamente de él y se sentó en la silla mientras las ventanas de su nariz se ensanchaban con deleite. El sensual aroma de su colonia especiada, superpuesto al de su cálida masculinidad, puso a trabajar sus sentidos a toda marcha.

Vitale, por fin, la había tocado. Vitale, que evitaba el contacto humano en la medida de lo posible, recordó ella distraídamente al tiempo que se esforzaba en no mirarlo hasta no haber recuperado la claridad mental. Sabía que estaría sonriendo. Su torpeza siempre le había divertido porque él pisaba con tanta firmeza y era tan ágil como un gato. La puso más nerviosa que no volviera al otro lado del escritorio, sino que se apoyara en él con despreocupación y se quedara demasiado cerca de ella mostrándole un poderoso muslo, lo que no la ayudó en absoluto a recuperar la compostura.

Se clavó las uñas en las palmas tratando de serenarse.

–Esperaba encontrarme con tu padre –reconoció ella.

–Charles me ha pedido que me encargue yo de este asunto –dijo él reprimiendo apenas el deseo de acariciar la melena de llameantes rizos que le caía por los hombros. Se dijo que le gustaban sus ojos y su cabello y se preguntó por qué había dejado de lado su formalidad habitual para sentarse tan cerca de ella, por qué el simple olor a jabón que emanaba de ella le resultaba tan sexy y por qué su esbelto cuerpo de delicadas curvas, estrecha cintura y piernas bien torneadas, de repente, lo tentaba tanto. Ella no era su tipo ni de lejos, se dijo con gravedad. Le gustaban las mujeres rubias, altas, con muchas curvas; las pelirrojas eran excesivamente llamativas para su gusto.

Por otro lado, nunca había deseado tanto acariciar el cabello de una mujer, y esa extraña urgencia lo puso nervioso, por lo que se levantó y comenzó a pasear por la habitación. Las sordas punzadas en la entrepierna, que le indicaban que comenzaba a excitarse, le supusieron otro elemento de incredulidad, ya que él siempre controlaba completamente esa reacción corporal.

–No sé por qué –dijo Jazz con la boca seca, consciente de que él estaba muy cerca, dominándola con su imponente altura durante unos segundos, antes de alejarse.

–Te aseguro que el cambio te favorecerá enormemente –afirmó él con voz ronca al tiempo que decidía que aquel interés poco habitual lo había despertado el reto que se le presentaba: transformar a Jazz. Lo primero de la lista sería convencerla de que dejara de morderse la uñas; lo segundo, que prescindiera de los pendientes en forma de falsos anillos de oro; lo tercero, que evitara ponerse zapatos que podría llevar una stripper.

Jazz soltó un improperio en respuesta a su afirmación.

Y lo cuarto sería vigilar su vocabulario, reflexionó Vitale, contento de ver tan claramente sus defectos, lo que le permitiría concentrarse en los aspectos prácticos del reto, en vez de en los que pudieran considerarse personales.

–No digas palabrotas.

Jazz se puso roja como un tomate porque recordaba que él le había dicho lo mismo cuando ella tenía doce años, al tiempo que la avisaba de que, si se acostumbraba a utilizar ese vocabulario, se convertiría en un hábito embarazoso. Y, como se trataba de Vitale, había dado en el blanco con su consejo. Decir palabrotas la había hecho parecer guay en la escuela… Bueno, todo lo guay que se podía siendo pelirroja y lisa como una tabla. Había tardado mucho en llegar a la pubertad, lo cual la había convertido en una anomalía entre sus iguales.

–Necesitas ayuda económica –apuntó él con una franqueza poco diplomática, deseando llegar al meollo del asunto y recordarle a ella su situación. Si no le indicaba sus límites, ella se comportaría de forma obstinada y desafiante y sería difícil de manejar.

Para ratificar su razonamiento, Jazz se levantó de un salto. Los pendientes se balancearon entre su cabello, se le colorearon las mejillas y los ojos le brillaron a la defensiva.

–¡No le he pedido dinero a tu padre! –le espetó.

–¿Empleo, una casa, un préstamo? –le recordó Vitale con cruel precisión–. ¿Cómo pueden conseguirse si alguien no te proporciona una suma considerable de dinero?

El color desapareció de su enfadado rostro y el labio superior comenzó a transpirarle cuando él hizo que se estrellara contra la dura realidad y le impidió que negara lo evidente. Lo miró, atrapada como un conejo por los faros de un coche y odiándolo por ello. Se avergonzó de verse en semejante situación, y ante Vitale, ni más ni menos. Vitale, que nunca la había tratado como a una igual, como había hecho Angel; Vitale, que en ningún momento había olvidado que era la hija de una criada y que hacía compañía a los hermanos solo porque estaba cerca.

Vitale observó que pasaba de la furia a la amarga y avergonzada aceptación. Sí, se dijo con satisfacción, había tocado la tecla adecuada. Ella volvió a sentarse con la cabeza gacha.

–Y la buena noticia es que estoy dispuesto a proporcionarte el dinero si, a cambio, haces algo por mí.

–No se me ocurre nada que pueda hacer por ti –dijo Jazz con sinceridad.

–Entonces, escúchame –aconsejó Vitale situándose junto a la ventana. La luz brillaba en su cabello negro y la expresión de su rostro denotaba tensión–. A finales del mes que viene, mi madre va a celebrar un baile en el palacio, con el propósito de buscarme esposa. La lista de invitados estará llena de jóvenes mujeres que poseen lo que la reina considera un pedigrí adecuado.

Jazz, asombrada, lo miraba con los ojos como platos.

–¿Estás de broma?

Él hizo una mueca.

–Ojalá.

Ella frunció el ceño al mirar sus ojos oscuros y, de pronto, notó que le costaba respirar.

–Y estás enfadado.

–Obviamente… Por supuesto que sí. No he llegado ni por asomo a la etapa de mi vida en que desee sentar la cabeza y casarme. Pero, después de haber analizado la situación, se me ha ocurrido –murmuró en voz baja– que mi mejor defensa sería ir al baile con una supuesta pareja con la que tenga una relación seria. Quiero que tú seas esa pareja.

–¿Yo? –Jazz lo miró boquiabierta. Sus verdes ojos expresaban su desconcierto–. ¿Cómo voy a ser yo tu pareja? ¡No puedo asistir a un baile real!

–Vestida y pulida adecuadamente, podrías hacerlo –objetó Vitale eligiendo las palabras con cuidado porque las punzadas que sentía por debajo del cinturón se habían acelerado al fijarse en el labio inferior de ella, tan incitante–. Pero tendrías que estar dispuesta a

trabajar en la presentación, ya que deberías no solo parecer, sino también comportarte como la clase de mujer que llevaría a un baile real.

–Eso es imposible –dijo Jazz–. Sería necesario algo más que un bonito vestido y dejar de decir palabrotas.

–Desde luego, pero, dado que disponemos de varias semanas para prepararnos, creo que podrías hacerlo –afirmó Vitale, lo cual la desconcertó más aún, por el voto de confianza que suponía–. Y, tanto si la farsa tiene éxito como si fracasa, te pagaré bien por haberlo intentado.

–Pero ¿por qué yo? –farfulló ella–. ¿Por qué alguien como yo? Es indudable que tendrás una amiga que pueda fingir ser algo más esa noche.

–¿Por qué tú? Porque alguien se ha apostado conmigo que no podía hacer pasar a una mujer corriente por alguien importante en el baile real –declaró Vitale, optando por la verdad–. Tú satisfaces los requisitos y prefiero pagarte por fingir a pedirle a alguien que me haga un favor. Además, como estarás muy interesada en que salga bien, te esforzarás más para alcanzar el nivel requerido.

Jazz se quedó paralizada ante su confesión.

–Una apuesta –repitió con voz débil–. Esforzarse tanto y entregar dinero simplemente para ganar una apuesta sería absurdo.

Vitale se encogió de hombros. La chaqueta de su traje, exquisitamente confeccionado, se abrió. Bajo la camisa, podía adivinarse un torso musculoso. A Jazz se le secó la boca porque él era una obra de arte en el plano físico: delgado, fuerte y en forma.

–¿Qué te importa que sea absurdo?

–Nada –contestó ella, sabiendo que eso era lo que él quería que dijera y sin ganas de discutir mientras se perdía en su excitante, oscura y dura mirada.

Casi había olvidado cómo era aquella excitación, no había vuelto a experimentarla con un hombre y, a los catorce años, era demasiado joven e ingenua para sentir su mordedura. Había experimentado todas las sensaciones de una mujer adulta cuando aún estaba atrapada en el cuerpo de una niña. No era de extrañar que la lucha contra esa oleada adolescente de despertar sexual la hubiera hecho estar tan callada y sentirse tan torpe y desgraciada frente a Vitale que hubiera acabado odiándose y avergonzándose de sí misma.

Ahora, la misma excitación se le desenrollaba en la boca del estómago y extendía sus tentáculos a lugares más sensibles. Sintió los pezones tensos bajo la camiseta y los pequeños senos hinchados

y contuvo la respiración con el deseo de que aquella tortura terminase. Pero nunca había podido controlar la reacción de su cuerpo ante Vitale, y el inexorable pulso del deseo entre sus muslos hizo que se sintiera muy incómoda y estúpida.

Una apuesta, siguió reflexionando con mayor incredulidad si cabía, desesperada por dejar de pensar en su reacción física ante él. Vitale estaba dispuesto a invertir mucho dinero para intentar ganar una apuesta, lo cual superaba su capacidad de imaginación. Sin embargo, no estaba bien. Su experiencia le indicaba que el dinero era muy valioso y debiera reservarse para cubrir las necesidades de la vida: el alquiler, la calefacción y la comida. Nunca había vivido en un mundo donde el dinero se obtuviera con facilidad o donde hubiera suficiente. Incluso cuando sus padres estaban juntos, tener dinero suficiente para vivir había sido una fuente constante de preocupación, gracias a la adicción de su padre a apostar en Internet.

Sin embargo, Vitale vivía en otro nivel, se recordó compungida. Daba el dinero por sentado, nunca le había faltado y probablemente no entendería su consternación ante su actitud desenfadada ni lo contraria que era a cualquier forma de juego con dinero.

–No me gusta el juego –reconoció con voz tensa mientras pensaba en las familias destruidas por las deudas acumuladas y en los adictos que no podían librarse del sueño de obtener enormes ganancias.

–No es…

–Es jugar con dinero –lo interrumpió Jazz en tono decidido–. Vas a apostar por el resultado de algo que no puede predecirse, y puedes perder.

–Ese es mi problema, no el tuyo –afirmó Vitale sin vacilar–. Debes pensar en los beneficios que obtendrás con este acuerdo. Te prestaré dinero y te buscaré una casa que te guste para tu madre y para ti. No sé qué podría ofrecerte en el terreno laboral, pero estoy seguro de que podré ayudarte. La decisión es tuya. Te doy veinticuatro horas para que te lo pienses.

Los ojos verdes de Jazz volvieron a brillar llenos de furia.

–¡Ni siquiera me has dicho qué tendré que hacer si acepto!

–Como es evidente, tendrás que cambiar de aspecto y recibir entrenamiento antes de poder satisfacer los requisitos del papel –explicó Vitale, asombrado de que ella no se hubiera apresurado a aceptar la oferta–. Ahora estás ahogada de deudas y no tienes opciones. Yo puedo ofrecértelas.

Era la pura verdad, y lo odió por manifestarla en voz alta. No

por mucho desearlo, se lograba lo que se quería, se dijo. Estar tan endeudadas implicaba que su madre y ella carecían de la posibilidad de elegir y de mejorar la suerte que les había tocado. Tragó saliva ante la humillante realidad que hacía que Vitale controlara la situación.

¿Un cambio de aspecto y entrenamiento? Se estremeció, aunque no le sorprendió que no pudiera desempeñar el papel tal como era. Nunca sería suficientemente buena para Vitale a ningún nivel. No procedía de la familia adecuada ni había recibido la educación adecuada, por lo que le costaba creer que un cambio de aspecto la elevara al nivel que requería un elegante príncipe, que ni siquiera bebía cerveza directamente de la botella sin sentirse incómodo.

–Sí, si me fío de ti, podrías proporcionarnos opciones –afirmó ella–. Pero, ¿cómo sé que cumplirás tu promesa si el asunto sale mal?

Vitale se tensó como si le hubiera dado una bofetada.

–Te doy mi palabra –dijo fulminándola con la mirada–. Creo que debería bastarte.

–Hay muy pocas personas en este mundo de las que me fíe –reconoció ella, a modo de disculpa.

–Firmaremos un acuerdo legal, entonces –propuso él en tono glacial–. ¿Quedarás así satisfecha?

Jazz alzó la cabeza, incapaz de creer que estuviera negociando con Vitale.

–No necesitamos un acuerdo legal para esa locura. Devuelve los préstamos en señal de buena fe. Estoy harta de proteger a mi madre de los cobradores de morosos.

–No entiendo por qué intentas devolver el dinero de unos préstamos que se consiguieron de forma fraudulenta en nombre de tu madre.

–Es enormemente difícil demostrar que fue un fraude. Jeff murió el año pasado en un accidente y no estaba procesado. Un abogado trató de ayudar a mi madre, pero carecíamos de suficientes pruebas para limpiar su nombre y ella no quiso declararse en bancarrota porque le parecía el colmo de la humillación –explicó Jazz para que él supiera que habían explorado todas las vías–. Por aquel entonces, estaba enferma y recibía quimioterapia, así que no quise presionarla más.

–Dame todo los papeles de los préstamos y haré que lo solucionen –aseguró Vitale–. Pero, si lo hago, tu cuerpo y tu alma me pertenecerán hasta finales del mes que viene.

–Mi cuerpo y mi alma nunca le pertenecerán a nadie.

–Salvo a mí, durante un par de meses –la contradijo Vitale con mortal frialdad–. Si pago, tendré la última palabra y harás lo que yo diga, te guste o no.

Jazz parpadeó, perpleja, al tiempo que se preguntaba cómo se había metido en aquella situación. Vitale creía que habían llegado a un acuerdo y, ¿cómo no iba a hacerlo cuando ella había negociado las condiciones? La perspectiva de que se amortizaran aquellos horribles préstamos había echado por tierra su negativa. La visita o la llamada de un cobrador de deudas dejaba a su madre trastornada durante días y la privaba de la paz de espíritu que necesitaba para recuperar la salud y la vida. ¿Cómo iba a rechazar una oferta como la de Vitale? Nadie más les daría la oportunidad de empezar de nuevo.

–No me has dejado tiempo para pensármelo –dijo ella.

–Estabas tan interesada que has puesto tus condiciones –le recordó Vitale en tono seco.

Jazz se puso colorada porque no se hallaba en disposición de protestar. La oferta de dinero había pasado por encima de sus principios y de su aversión al juego. La idea de poder solucionar los problemas de su madre y ofrecerle un futuro más seguro y feliz la había seducido por completo.

–Te trasladarás aquí lo antes posible.

Ella levantó la cabeza. Los rizos se alborotaron sobre sus hombros y los ojos se le agrandaron.

–¿Trasladarme aquí? ¿Contigo?

–¿Cómo, si no, vamos a lograr lo que nos proponemos? Debes estar siempre disponible. ¿Cómo, si no, voy a supervisarte? Y, si te llevo al baile, se supondrá que somos amantes. Si a alguien se le ocurre hacer comprobaciones, quedará claro que estás viviendo en mi casa. Si queremos tener éxito, tienes que tener en cuenta ese tipo de pequeños detalles de apoyo.

Jazz lo examinó, horrorizada.

–¡No puedo mudarme aquí, contigo! –exclamó con voz entrecortada–. ¿Qué voy a decirle a mi madre?

Vitale se encogió de hombros demostrando su total falta de interés.

–Lo que te convenga: que te he dado trabajo, que tenemos una aventura… Me da igual.

Jazz reflexionó sobre el problema con el rostro preocupado.

–Sí, podría decirle que le he mandado una carta a tu padre y que me ha dado trabajo como interna en su casa. Mi tía cuidará de ella, así que no tendré que preocuparme –razonó en voz alta–. ¿Podría

seguir trabajando? Tengo dos empleos a tiempo parcial.

–No tendrás tiempo. Te pagaré un salario mientras estés aquí –afirmó él. Observó la consternación en el rostro de ella al enterarse de que no podría seguir trabajando.

–Esto empieza a parecer una empresa muy cara para ti –comentó Jazz incómoda, con el rostro más ruborizado que nunca.

–Es lo que quiero –afirmó Vitale quitándole importancia mientras se preguntaba hasta dónde se extendería ese rubor bajo su ropa y si las pecas que tenía en el puente de la nariz se extenderían por alguna otra parte de su delicado cuerpo. Se preguntó por qué semejante imperfección lo atraía y por qué, de pronto, se la imaginó desnuda con todo el entusiasmo de un adolescente hambriento de sexo. Se puso tenso, inquieto por su total falta de concentración y de indiferencia.

–Diré que me has ofrecido trabajo –afirmó Jazz bruscamente–. ¿Hay muchas obras de arte en esta casa?

Vitale frunció el ceño y la miró inquisitivamente.

–Sí, pero…

–Entonces, podría decir que voy a catalogarlas o a investigarlas para ti –anuncio ella con satisfacción–. Solo me faltaban seis meses para acabar la licenciatura de Historia del Arte cuando mi vida se desmoronó y tuve que dejarlo. Aunque no haya acabado la carrera, he hecho prácticas en museos y galerías, por lo que tengo experiencia laboral.

–Si lo que me dices es cierto, ¿por qué trabajas en un supermercado y de mujer de la limpieza?

–Porque, sin el título, no puedo trabajar en mi campo. Acabaré mis estudios cuando mi vida se normalice.

Vitale se esforzó en imaginarse el esfuerzo añadido de estudiar una carrera universitaria, a pesar de la dislexia y de las dificultades que conllevaba, y, contra su voluntad, sintió respeto por ella, que se había enfrentado a su discapacidad y se había negado a que la impidiera estudiar.

–¿Por qué lo dejaste?

–Jeff, el segundo esposo de mi madre, murió de repente y mi madre se mostró inconsolable –Jazz hizo una mueca–. Eso fue bastante antes de que los cobradores de las deudas comenzaran a llamar y de que nos enteráramos de que Jeff había solicitado préstamos falsificando el nombre de mi madre. Reduje mi asistencia a la universidad, pero las cosas empeoraron a toda velocidad, hasta el punto de que no podía dejar a mi madre sola. Oficialmente, carecíamos de hogar y vivíamos en una pensión cuando le

diagnosticaron el cáncer. Fue entonces cuando mi tía nos pidió que nos mudáramos a su casa. Has sido dos años muy malos.

Vitale no hizo comentario alguno porque quería distanciarse de los aspectos personales de la información que le ofrecía, ya que consideraba que no eran de su incumbencia. Debía concentrarse únicamente en el objetivo de prepararla para la noche del baile.

–¿Cuándo puedes mudarte? –preguntó con impaciencia.

Jazz se puso tensa ante la brusquedad de la pregunta.

–¿En algún momento de esta semana? –propuso.

–Mandaré un coche a recogerte mañana a las nueve. Haz el equipaje para una larga estancia. No tenemos tiempo que perder –declaró Vitale mientras ella se levantaba. Sus pequeños senos resaltaban bajo la camiseta, un poco estrecha, y la falda se le ajustaba a los delgados muslos y a la curva de sus nalgas. Los tobillos parecían muy estrechos y delicados con aquellos zapatones de tacón. El pulso en la entrepierna, que acosaba a su cuerpo normalmente bien disciplinado, se volvió loco.

–Mañana es un poco pronto, ¿no? –preguntó ella, consternada.

Vitale apretó los labios, irritado por su reacción física ante ella.

–Tenemos mucho que hacer.

–¿Tan impresentable estoy?

–Cenicienta irá al baile –respondió Vitale con diplomática convicción, evitando darle una respuesta que, para él, era obvia, aunque no para ella–. Cuando me propongo algo, lo consigo.

Algo aturdida, Jazz rechazó el coche que le ofrecía para que la llevara a casa y murmuró que tenía que hacer unas compras, lo que no era verdad. La realidad era que solo compraba en el supermercado, pues carecía de dinero para darse un capricho. Pero necesitaba tiempo, antes de volver a casa, para aclararse las ideas y decidir qué iba a decirle a su madre. Por eso acabó sentada en un parque al sol primaveral sintiéndose como si le hubiese pasado un camión por encima.

«Está lisa como una tabla, por no hablar del ese horrible cabello de muñeca de trapo. Y lo peor de todo, Angel, es que es una niña…»

Oyó en su cabeza la educada voz de Vitale, a pesar de los años transcurridos, como si lo tuviera delante. Angel hablaba en griego; Vitale, en italiano, por lo que los hermanos se comunicaban en inglés. Angel había estado metiéndose con Vitale por el enamoramiento de Jazz, y a ella, como con catorce años era tan inocente, no se le había ocurrido que los chicos hubieran notado lo que sentía, por lo que, cuando lo descubrió y, además, oyó la hiriente descripción de Vitale sobre su falta de atractivo, se quedó

destrozada.

Ya sabía que no era gran cosa físicamente, pero que lo manifestara en voz alta el objeto de su afecto la había herido profundamente. Asimismo, que la siguieran considerando una niña, aunque a posteriori reconociera que era verdad, le había dolido aún más, y había odiado a Vitale por decirlo. Aún recordaba el terrible momento en que los chicos habían salido de la casa de verano, la habían visto allí, en el sendero, pálida como una muerta, y se habían dado cuenta de que había oído lo que decían.

Angel había hecho una mueca, pero Vitale parecía verdaderamente horrorizado. A los dieciocho años, Vitale no tenía la capacidad de disimular sus sentimientos que adquiriría más adelante y, en ese momento, había reconocido lo afectada que estaba ella y lamentado profundamente sus palabras. Ella lo había visto en sus ojos. No lo había admitido ni había dicho nada, ni siquiera se había disculpado, porque la realeza no reconocía sus errores ni hacía nada que minara su fría y digna fachada de elegante perfección.

«Cenicienta irá al baile», había dicho él, como si le concediera un gran honor. ¡Como si a ella le importara aquel estúpido baile o su aún más estúpida apuesta! Pero se dijo con tristeza que sí le importaba su madre, y, si Vitale estaba dispuesto a ayudar a su familia, ella mordería el polvo y se esforzaría en complacerlo y en representar a Cenicienta, aunque hiriera su orgullo, la humillara y no la esperara ningún zapatito de cristal.

Capítulo 3

ME preocupa porque estuviste muy enamorada de él de adolescente –Peggy Starling miró con ansiedad las arreboladas mejillas de su hija–. Vivir ahora en su casa, trabajar para él…

–Es un príncipe, mamá –observó Jazz al tiempo que lamentaba que le cambiase el color del rostro y que no pudiera jurar que, ahora, Vitale carecía para ella de todo atractivo–. No soy idiota.

–Pero, en Chimney's, nunca supiste que era miembro de la familia real porque el señor Russell quería que se le tratara como a cualquier otro chico mientras estuviera allí. Nunca se utilizó su título –reflexionó su madre, incómoda–. No quiero que vuelva a hacerte daño.

–¡Por favor, Peggy, deja de preocuparte! –Clodagh intervino con impaciencia. Era una mujer baja que rondaba la cuarentena y lucía el sello característico de la familia: el cabello pelirrojo, que llevaba corto–. Jazz ya es una mujer adulta y le han ofrecido un buen trabajo y un bonito lugar para vivir durante dos meses. ¡No lo estropees!

Jazz lanzó a su tía una mirada de agradecimiento.

–El dinero extra nos vendrá bien y te prometo que vendré a veros con frecuencia– prometió.

Con todas sus posesiones en una bolsa de viaje, Jazz abrazó a su madre y a su tía y se marchó. Bajó por las escaleras, porque el ascensor nunca funcionaba, y salió a la calle, donde la esperaba una negra y brillante limusina, completamente fuera de lugar en aquel entorno. A pesar de los nervios, contempló divertida que el musculoso chófer se había bajado y daba vueltas alrededor del vehículo, dispuesto a proteger su juguete de un grupo de chicos que se burlaban de él.

Vitale salió de su despacho al oír que la puerta principal de la casa se cerraba de un portazo porque, en su fuero interno, no se creía que estuviera haciendo lo que estaba haciendo ni que Jazz

fuera a presentarse, lo cual era una estupidez por parte de él, ya que la ayuda económica que le había ofrecido era un cebo más que suficiente para que ella aceptara.

Examinó su delgada figura con jersey y vaqueros mientras se preguntaba si debiera tomar fotos de antes de comenzar y de después de acabar para hacer un álbum. Mientras la miraba reconoció que su cabello, su piel y rostro perfecto no requerían mejora alguna. Se fijó, sorprendido, en la bolsa que llevaba.

–Te dije que hicieras las maletas para una larga estancia –le recordó con el ceño fruncido–. Me refería a que te trajeras todo lo necesario para sentirte cómoda.

Jazz se encogió de hombros.

–Esto es todo lo que tengo.

–No puede ser –dijo él con incredulidad, acostumbrado a mujeres que se desplazaban con montones de maletas.

–No tener casa es una forma muy eficaz de quedarte sin posesiones –dijo Jazz en tono seco–. Solo me quedé con una bola de nieve, la primera que tuve.

De repente, Vitale recordó que, cuando eran muy jóvenes, ella los había llevado a Angel y a él a su habitación para enseñarles con orgullo su colección de bolas de nieve. Tenía tres de esos feos objetos de plástico y el primero contenía un pequeño Santa Claus en su interior. Angel y él habían contemplado aquella exposición propia de una niña sin parecerles nada del otro mundo. «Son muy bonitas», había dicho Vitale, en un intento de ser amable ante el ataque de aquellos expectantes ojos verdes y sabiendo que era necesario mentirle porque era pequeña. Todavía recordaba la enorme sonrisa que ella le había dedicado, lo que le había convencido de haber dicho lo acertado.

–¿La de Santa Claus?

Jazz lo miró desconcertada.

–¿Te acuerdas de eso?

–Se me quedó grabado. No he vuelto a ver una bola de nieve –explicó Vitale con sinceridad, aliviado por haber abandonado el penoso tema de que ella no tuviera casa propia y reprochándose el no haberse dado cuenta de las consecuencias prácticas de semejante experiencia.

–Entonces, ¿cuándo empezamos las clases? –preguntó ella.

–Ven al despacho. El ama de llaves te mostrará después tu habitación.

Jazz se esforzó en no mirar a Vitale, lo cual era muy difícil, ya que estaba muy atractivo con su traje gris oscuro, de exquisita

confección, que resaltaba su poderoso físico a la perfección, una camisa blanca y una corbata de seda negra anudada a su cuello moreno. «Muy bien», se dijo, «es guapísimo. ¡Supéralo!», y se lo repitió hasta que los espectaculares ojos masculinos bordeados de negras pestañas eliminaron ese sensato pensamiento de su mente.

–En primer lugar, te tomaran medidas para confeccionarte un nuevo guardarropa. Después, recibirás clases de dicción.

–¿De dicción? –preguntó ella ahogando un grito.

–No puedes representar el papel con tu marcado acento de provincias. Deja de reaccionar a todo lo que te digo como si fuera algo personal.

–¡Es condenadamente personal que alguien te diga que no hablas bien! –contraatacó ella con furia.

–Ni tampoco con ese vocabulario –prosiguió Vitale sin inmutarse, negándose a desviarse de su objetivo–. No te estoy insultando. Deja de tomarte todo como un ataque personal. Se te va a preparar para que desempeñes un papel.

El recordatorio fue muy oportuno, pero a Jazz le siguió pareciendo muy personal que un hombre la mirara y decidiera que tenía que cambiarle casi todo. Sin embargo, apretó los labios y dijo:

–«Condenadamente» no es una palabrota.

Vitale soltó un gemido y abrió mucho los ojos al observar sus carnosos y rosados labios, y su cuerpo sucumbió a una inconveniente excitación que no le hizo ninguna gracia.

–¿Vas a llevarme la contraria en todo lo que te diga?

El sentido común se impuso y Jazz se agachó para buscar algo en la bolsa de viaje.

–No lo haré, si amortizas los préstamos –masculló en tono de disculpa forzado mientras lo seguía odiando por señalarle todos sus defectos.

Vitale observó que dejaba un montoncito de papeles arrugados en el escritorio mientras trataba de controlar su enfado, un esfuerzo que contempló claramente en su elocuente rostro. Supuso que no pasaría nada porque ella dijera «condenadamente». De hecho, él conocía a varias mujeres famosas que juraban como carreteros, y se preguntó si no estaría poniendo el listón demasiado alto, consciente de que si él tenía un defecto, aunque no estuviese dispuesto a reconocer que lo tenía, era su deseo de perfección.

–Después de las clases de dicción, tendrás clases de etiqueta –le informó obstinadamente, eliminando aquel extraño instante de duda–. Tienes que saber cómo dirigirte a los invitados, muchos de los cuales poseen un título.

–Parece que va a ser una mañana de lo más divertida –afirmó ella en tono mordaz.

A Vitale le divirtió el comentario, pero lo disimuló porque no quería fomentar su falta de respeto. Claro que no estaba acostumbrado a estar con mujeres que se comportaran como lo hacía Jazz, que, sin parecerlo, volvía a tratarlo como lo hacía cuando eran adolescentes, lo cual le desorientaba, aunque no le desagradaba. Y eso le sorprendía. No había ni respeto reverencial ni adulación, ni sonrisas insinuantes ni bien pensados discursos. Extrañamente, la actitud de ella, su negativa a dejarse impresionar por su estatus, le resultaba reconfortante.

Más tarde, ese mismo día, Jazz hizo una pausa para comer. Lanzó un suspiro por la mañana que había pasado; una clase nunca le había aburrido y hartado tanto como aquellas, porque todo lo que le enseñaban era muy árido. Sin embargo, por primera vez, se estaba dando cuenta de hasta qué punto el mundo de Vitale era distinto del suyo, y se estremeció ante la perspectiva de enfrentarse a dos semanas de semejantes enseñanzas. Pero, si eso era lo que se le exigía para salvar a su madre, se pondría a trabajar en serio y aprendería lo que fuera necesario, se dijo de mala gana.

Ante sí tenía un montón de apuntes para ayudarla en la tarea, cuyos puntos importantes fue subrayando con rotuladores de colores, una práctica que utilizaba en la universidad para que le resultara menos difícil leer, a causa de la dislexia. Le sería más fácil pedir apuntes orales que pudiera escuchar, pero detestaba solicitar que la trataran de manera especial por su dificultad de aprendizaje, sobre todo cuando, en ese caso, le recordaría a Vitale otro de sus defectos.

Su habitación era muy bonita, reconoció con una sonrisa al mirar la cama con colcha de seda, los recios muebles y la puerta que conducía al cuarto de baño. Era como si se hubiera alojado en un hotel de cinco estrellas, porque todo lo que la rodeaba era muy lujoso. La comida, que le sirvieron en el comedor, también había sido excelente, iba pensando mientras bajaba las escaleras a toda prisa para asistir a las clases de la tarde. Se preguntó de qué serían.

–¿Jazz? –dijo una voz en tono de incredulidad.

Jazz se detuvo en seco en mitad de las escaleras y miró al hombre alto y moreno que la observaba desde el vestíbulo. Lo reconoció de inmediato por sus frecuentes apariciones en los medios de comunicación.

–¿Angel?

–¿Qué demonios haces en casa de mi hermano? –preguntó él sin

andarse con rodeos mientras observaba con atención su aspecto informal.

Esforzándose en pensar a toda prisa, Jazz acabó de bajar las escaleras. No sabía qué debía decirle al hermano de Vitale. ¿Seguirían estando tan unidos como cuando eran niños?

–Creo que es un secreto, así que preferiría no entrar en detalles –contestó ella sintiéndose incómoda–. ¿Cómo estás?

–Está bien, Jenkins –dijo Angel dirigiéndose a un hombre que seguía en la puerta principal como esperando que el multimillonario griego saliera–. Sírvenos café en el salón.

–¿Dónde está Vitale? –preguntó ella nerviosa.

–Ha salido, pero nosotros tenemos que ponernos al día –afirmó Angel mientras el otro hombre abría la puerta de lo que ella supuso que sería el salón.

–¿Quién es Jenkins? –preguntó Jazz para evitar nuevas preguntas cuando la puerta se hubo cerrado.

–El mayordomo de Vitale. En esta casa, todo está chapado a la antigua –dijo Angel alegremente–. Cuéntame ese secreto porque conozco a mi hermano mejor que nadie y sé que Vitale no tiene secretos.

–No puedo. No me presiones –protestó Jazz desesperada–. Mi madre y yo estamos metidas en un lío y Vitale nos está ayudando.

–¿Se ha vuelto caritativo mi hermano? –Angel inclinó la cabeza pensativamente–. Lo siento, pero no me lo trago.

–Primero me puse en contacto con tu padre –dijo ella con la esperanza de distraerlo, ya que Angel parecía un perro que hubiera olfateado un jugoso hueso.

–Háblame de tu madre –propuso él.

Jazz le hizo un breve resumen de su difícil situación y le confesó que había dicho a su familia que estaba trabajando para Vitale, aunque, en sentido estricto, no fuera así.

–Si no hubiera sido por la apu... apuesta –tartamudeó al darse cuenta de que se le había escapado la palabra–, Vitale no me habría necesitado.

–La apuesta –repitió Angel con una sonrisa de triunfo–. Supongo que se ha apostado algo con Zac, nuestro hermano pequeño. ¿Y cuál es la apuesta? Vitale me lo cuenta todo.

Y como ya le había contado la mitad de la historia, se la acabó de contar. Angel la miró antes de sentarse a su lado en el sofá y echarse a reír a carcajadas. Le hacía tanta gracia que la estuvieran preparando para una aparición en público en un baile real que ella acabó imitándolo. Angel siempre había sido mucho más práctico

que su hermano.

En ese momento, Vitale entró en el salón y se encontró a Jazz y a su hermano sentados juntos y riéndose, lo cual constituía una escena de considerable intimidad que no se esperaba y que despertó en el una ira rugiente como un huracán.

–¡Jazz, deberías estar ahora mismo con Jenkins, no entreteniendo a mi hermano! –le espetó con los ojos brillantes de irritada condena.

–¿Con Jenkins? –preguntó ella poniéndose de pie.

–Modales en la mesa –explicó él, lo cual hizo que el rostro afligido de ella se sonrojara, aunque él no se sintió culpable en absoluto.

Jazz salió a toda prisa, avergonzada de que Vitale hubiera dicho eso delante de Angel, como si ella fuera una salvaje que no sabía comer en compañía de personas educadas. ¿Lo era? Sintió que los ojos se le llenaban de estúpidas lágrimas. ¿Recordaba Vitale que no sabía comportarse en la mesa cuando era más joven? Era una sospecha profundamente embarazosa.

–Vaya, ¿ha sido educativo ese estallido tan impropio de la realeza? –se burló Angel mientras se levantaba y lanzaba a su hermano una mirada escrutadora–. Sí, se ha convertido en un bombón nuestra compañera de juegos infantiles.

Jazz se había calmado un poco cuando se enteró de que a Jenkins, el mayordomo de Vitale, le habían encargado que le enseñara el uso correcto de los cubiertos, no modales en la mesa. Además, por una vez, iba a recibir una enseñanza que necesitaba, reconoció de mala gana, cuando, en el comedor, se vio frente a una mesa puesta formalmente, en la que había un asombroso surtido de cucharas, tenedores y cuchillos.

Una vez acabada la clase, volvió a su habitación y se sentó en la cama, apoyada en el cabecero, a leer un libro que había comprado en una tienda de caridad, cuando la puerta se abrió sin previo aviso.

Era Vitale y estaba más furioso de lo que nunca lo había visto. Tenía las mejillas sofocadas, lo cual acentuaba aún más los destellos dorados de sus espectaculares ojos.

–¡Se lo has contado todo! ¿Es que no sabes lo que es la discreción? –preguntó con voz condenatoria y airada.

Tensa y turbada, Jazz se levantó de la cama a toda prisa.

–Solo se me escapó una palabra y, después, no tenía mucho sentido no contárselo –reconoció compungida–. Si no querías que tu

hermano lo supiera, lo siento.

–¡Estabas muy ocupada flirteando con él para preocuparte de lo que le decías! –la acusó Vitale con fiereza.

Semejante interpretación de lo ocurrido la dejó aturdida, sobre todo porque su forma de comportarse con Angel siempre había sido más parecida a la de una hermana con su hermano mayor que a otra cosa. Nunca había sentido la más leve chispa en su presencia, mientras que Vitale la hacía arder con una sola mirada.

–¡No flirteaba con él! ¡Qué tontería!

–Sé lo que he visto –afirmó él con desdén–. ¡Estabas totalmente pegada a él!

La ira comenzó a invadir a Jazz mientras miraba a Vitale, que se erguía frente a ella como un amenazador muro de piedra.

–¡Por favor, si ni siquiera lo he tocado! ¿Qué demonios insinúas?

Mientras se esforzaba en dominar una furia que nunca había sentido con tanta intensidad, Vitale la miró con los puños cerrados. A Angel le encantaba flirtear y las mujeres se volvían locas por él. Vitale no tenía esa capacidad, esa labia siempre a punto, y, de repente, el ser consciente de ello, lo había puesto furioso.

Centró su atención en la seductora boca de Jazz. El intenso deseo de probar su sabor le hizo daño mientras, en su interior, pasaba de la ira al hambre sexual. El cerebro no intervino en ese inquietante cambio.

Vitale la levantó hasta que sus pies dejaron de tocar el suelo y la besó, lo cual desconcertó a Jazz de tal manera que se limitó a ahogar un grito. Un segundo después, la apasionada fuerza de la dura boca de él aplastaba la suya, le abría los labios y penetraba con la lengua en ese espacio húmedo y sensible. Ella reaccionó estremeciéndose, rodeándole el cuello con las manos y hundiendo los dedos en su hermoso y abundante cabello negro.

Un tsunami de excitación la hizo temblar con cada sensual acometida de la lengua masculina. Jamás había experimentado nada semejante en los brazos de un hombre, y su intensidad la dejó alucinada porque era todo lo que había soñado sin creer que nunca llegara a sentirlo. Desde luego, Vitale sabía besar, pensó, inundada por la estimulación que se extendía por su excitado cuerpo.

Acabó sin previo aviso. Vitale la depositó de nuevo en el suelo, dio media vuelta y se marchó sin decir palabra, cerrando la puerta al salir. Jazz estuvo a punto de echarse a reír y se llevó los dedos a los labios, que le cosquilleaban, mientras los nervios se le agarraban al estómago.

Vitale no había dicho una palabra, lo cual era típico de él. Se

había ido y se negaría a pensar en ello o a hablar de ello, como si hacerlo lo convirtiera en algo más dañino.

Sin embargo, Vitale estaba en estado de shock, tan excitado sexualmente que sentía dolor. Había necesitado toda su fuerza de voluntad y disciplina para separarse de Jazz, que sabía a fresas y a café, un sabor que se le había subido a la cabeza como si hubiera bebido mucho alcohol. Se sentía extrañamente desconectado de sí mismo porque sus reacciones, su comportamiento, eran inaceptables y anormales.

Le resultaba increíble haberse enfadado hasta el punto de desear estampar a su hermano contra la pared y no se explicaba qué había provocado semejante ira. Detestaba esos extraños sentimientos y se esforzó en suprimirlos y enterrarlos. Se desnudó en su dormitorio y se fue a duchar.

Jazz, por el contrario, estaba tumbada en la cómoda cama pensando en aquel beso, el beso definitivo, que le había disparado la adrenalina, la excitación y el deseo. Le parecía que llevaba media vida esperando para descubrir que un beso podía hacerla sentir así, pero suponía una terrible decepción que eso lo hubiera logrado Vitale, ya que la cosa quedaría ahí. Solo se trataba de sexo, de estúpidos y confusos deseos sexuales que no tenían sentido ni capacidad de permanencia, por lo que debería atribuirlo a un impulso ridículo y a un momento de olvido. Vitale ni siquiera era la clase de hombre con el que quería relacionarse, y nunca lo sería. Era demasiado arrogante, reservado y proclive a juzgar a los demás. Pero… ¡cómo besaba!

El destino había sido injusto con ella, pensó con resentimiento. Seguía siendo virgen porque esperaba conocer a un hombre que le hiciera desear sus caricias. Quería que su primer amante fuera alguien a quien deseara y quisiera.

Por desgracia, el deseo la había esquivado en las sesiones de meterse mano que constituían su triste experiencia universitaria. Y, aún peor, seguía recordando el daño emocional que le había producido que su padre abusara de ella. ¿Cómo iba a fiarse de ningún hombre cuando su propio padre la había atacado? Desde entonces, había recelado del sexo opuesto, aunque ahora deseaba tener algo más de experiencia sexual para hacerse una idea mejor de lo que deseaba Vitale y de la formas de enfrentarse a ello.

¿Su enamoramiento adolescente de Vitale la había hecho más vulnerable? Se estremeció ante la sospecha, pero la descartó porque llevaba años y años sin pensar en él. Le había vuelto a la mente cuando lo veía en alguna revista del corazón, acompañado de

alguna joven cuya belleza se equiparaba a la de él, en algún acto solidario, y, como Cenicienta en la vida real, se había dado cuenta de lo imposible que había sido su sueño a los catorce años.

Él era lo que era: un príncipe nacido y criado en un medio tan distinto del de ella que podría haber sido un extraterrestre de otro planeta. Pero no era un príncipe feliz, pensó ella con compasión no deseada. Ya cuando eran adolescentes se había dado cuenta de que Vitale no sabía lo que era ser feliz.

Cuando la informaron de que tenía otra clase a última hora de la tarde, se enfureció al saber que era para aprender a caminar. Estuvo con los profesores y, una vez terminada la clase, llamó a la puerta del despacho de Vitale.

–¿Sí? –Vitale alzó la vista del ordenador portátil y se levantó haciendo gala de la perfecta cortesía que llevaba grabada a fuego en su interior. Si una mujer entraba en una habitación, había que levantarse, reflexionó ella, lo cual disminuyó levemente su enfado y la inquietud que sentía por verlo tan pronto después del beso.

De todos modos, no le fue de mucha ayuda que él siguiera estando guapísimo con aquel cabello negro un poco despeinado y aquellos ojos, aunque, en ese momento, la miraran con cautela. Sabía exactamente lo que estaba pensando, por lo que estuvo a punto de sonreír: esperaba que le reprochara haberla besado.

Sin embargo, en lugar de eso, ella le preguntó en tono seco:

–¿Clases para aprender a caminar? ¿No crees que estás exagerando? No camino con los hombros caídos y lo hago en línea recta con tacones. ¿Qué más quieres?

Los oscuros ojos masculinos llamearon y se volvieron dorados, y Vitale se puso tenso.

–Creí que podría ser necesario, pero si no lo es…

–No lo es –lo interrumpió Jazz con energía.

–Entonces, podemos despedirnos de esas clases –afirmó Vitale en tono suave mientras la observaba acercarse a la ventana.

Volvía a llevar aquella fea falda y aquellos horribles zapatos de tacón, pero, de haber tenido inclinaciones literarias, Vitale podría haber escrito un poema sobre lo que aquella tela barata hacía a la curva de sus pequeñas y redondeadas nalgas, donde él le había puesto las manos solo unas horas antes. Al tacto eran tan bonitas y femeninamente firmes como parecían, reconoció, muy alterado por esa idea y las punzadas que sentía en la entrepierna. El efecto que ella le producía era una especie de locura, decidió consternado.

–Tengo algunas preguntas sobre esa apuesta y es posible que pienses que no tengo derecho a que me respondas –observó Jazz en

tono seco–. En el baile, ¿quién vas a decir que soy?

Las cejas de ébano de Vitale se unieron a causa de su perplejidad.

–¿A qué te refieres?

Jazz sacó pecho.

–Bueno, supongo que darás un nombre falso.

Vitale volvió a fruncir el ceño, pendiente de lo rojos y carnosos que eran sus labios, mientras se preguntaba si se había comportado de forma brusca con ella porque estaba borracho de lujuria y de deseo, fuera de control.

–¿Por qué iba a dar un nombre falso?

–Porque si aparezco fotografiada contigo en cualquier sitio, puede que la prensa investigue y ¿no crees que les encantaría saber que el príncipe lleva del brazo a la hija de un ama de llaves? –le explicó Jazz al tiempo que se le ponía la carne de gallina a causa del ambiente claustrofóbico y la intensidad de su mirada.

–¿Y qué? –preguntó él mientras se decía que besarla había sido uno de los momentos más excitantes que había vivido y se estremecía al darse cuenta.

Era una persona adulta con una gran vida sexual, se recordó obstinadamente. Pero, como diría Angel, tenía que salir aún más.

–¿Es que no te molesta? –preguntó ella sorprendida.

–No. ¿Por qué iba a molestarme? No voy a engañar al público con una personalidad falsa. La apuesta es algo totalmente privado –explicó Vitale–. No hay nada malo en ser la hija de un ama de llaves.

–No, claro que no –dijo Jazz esbozando la primera sonrisa en presencia de él al darse cuenta, asombrada, de que Vitale no era el esnob que había creído. Fue como si una enorme barrera defensiva interior se hubiera desmoronado y, turbada por el descubrimiento, dio media vuelta a toda prisa para volver a dejarlo solo.

–Jazz, cuando llegue la ropa mañana, saldremos a cenar por la noche –le informó Vitale, lo que la desconcertó aún más–. Será tu primera aparición en público.

Iba a cenar fuera con Vitale, pensó ella, maravillada, mientras volvía a su habitación. Al llegar, decidió que se daría un largo baño, se lavaría la cabeza y vería la televisión.

Capítulo 4

JAZZ no podía dormir. Acostumbrada a una vida mucho más activa, no estaba cansada y, a las dos de la mañana, encendió la lámpara de la mesilla y trató de leer hasta que sintió hambre. Aunque sabía que no debiera hacerlo, le encantaba tomarse una tostada y una bebida caliente antes de acostarse, y cuanto más tiempo permanecía despierta, más la consumía el deseo de comer.

Al final, se levantó y enarcó las cejas ante su aspecto, al mirarse en el espejo, con aquella camiseta larga y descolorida que llevaba. No tenía un camisón ni pantuflas, ¿y qué? Si no hacía ruido, seguro que no despertaba a Jenkins.

Las escaleras crujían y no le gustaba andar en completa oscuridad, pero una luz podría hacer que alguien se levantara a investigar. A tientas, localizó la puerta al fondo del vestíbulo que conducía a unas escaleras que llevaban a la parte de abajo, donde suponía que se hallaría la cocina. Entró, encendió la luz y se tranquilizó.

La cocina era tan grande como la de un hotel y la recorrió, intentando no estremecerse al pisar descalza las frías baldosas. Encontró el pan, la tostadora y la leche, así como, maravilla de las maravillas, cacao en polvo para prepararse su bebida preferida antes de irse a la cama. Jazz estaba contenta de no ser como su tía, que bromeaba diciendo que le bastaba mirar una tableta de chocolate para que las caderas le aumentaran un par de centímetros.

Una vez preparada la tostada, se sentó a la mesa a comérsela con apetito. Cerró los ojos llena de felicidad y masticó el pan untado de mantequilla. Así la encontró Vitale al entrar descalzo en la cocina.

–¡No puedes deambular por la casa de noche! –le espetó con impaciencia–. El equipo de seguridad me ha despertado.

–¿El equipo de qué? –preguntó ella, sobresaltada por la interrupción y aún más al ver a Vitale con el torso y los pies

desnudos, vestido únicamente con unos ajustados vaqueros. Reconoció, admirada, que se lo veía completamente cambiado, con aquel atuendo informal.

Vitale se quejó en voz alta.

–Toda la casa está dotada de un equipo de seguridad muy sensible, que supervisa un equipo de guardaespaldas.

–Pero no he visto nada ni ha saltado alarma alguna.

–Está compuesto de rayos invisibles y es silencioso. En cuanto el equipo comprobó que no se trataba de un intruso, sino de un habitante de la casa, se puso en contacto conmigo, ya que no querían asustarte.

–Pues a mí no me das miedo –masculló ella con la boca llena de un trozo de tostada que intentaba masticar a conciencia para no atragantarse al tragarlo, porque Vitale estaba divino sin camisa y a ella se le había quedado la boca seca.

Tenía un tipo clásico: anchas espaldas, torso musculoso, salpicado de rizos oscuros de vello que descendían en forma de V hasta la cintura y el estómago liso y duro. Vestido, apenas podía resistirse a él; medio desnudo, la atraía de forma intolerable.

–Te vieron en la cámara, se percataron de que no estabas vestida del todo y dedujeron que la aparición repentina de un desconocido te asustaría.

–¿En la cámara? –repitió ella horrorizada mientras se esforzaba en recordar si había hecho algo inadecuado mientras estaba en la cocina. Apoyó las manos en la mesa para levantarse y se alejó de ella.

Vitale alzó sus largas y oscuras manos para tranquilizarla.

–Cálmate, ya se han apagado todas. Ahora mismo, nadie nos ve.

–Menos mal –dijo ella con voz trémula mientras la punta de los pezones se le marcaba por debajo de la camiseta ante la mirada fascinada de Vitale–. Me he levantado a comer algo.

–Está muy bien –le aseguró Vitale preguntándose si llevaba algo debajo del camisón… o lo que fuera aquello–. Pero, para la próxima vez, voy a enseñarte un botón que hay que apretar para comunicar al equipo de seguridad que alguien está andando por la casa. De ese modo, esto no volverá a pasar.

–De acuerdo –susurró Jazz, todavía conmocionada por la idea de que unos desconocidos la hubieran estado observando sin que lo supiera.

Sorprendentemente, Vitale le acarició suavemente el abatido rostro.

–No pasa nada. No has hecho nada malo –murmuró con su

masculina y profunda voz.

Una llamarada de deseo surgió en el interior de ella cuando le acarició el rostro, por lo que echó la cabeza hacia atrás, avergonzada, con los ojos muy abiertos.

–No me mires así –dijo él con voz ronca–. Tienes unos ojos preciosos. Siempre los has tenido. Y no era mi intención decirte eso. No sé de dónde ha salido.

Una urgente necesidad de sonreír hizo cosquillas a los tensos labios de Jazz al ver lo confuso y tenso que parecía por sus propias palabras. Tenía unos ojos preciosos… Bueno, ya era algo, el primer y, probablemente, el único cumplido de Vitale, que se esforzaba en mantener las distancias. Pero había sido él quien la había acariciado primero, recordó ella con un principio de orgullo y la vaga sensación de haber logrado algo.

Su cuerpo estaba tenso como la cuerda de un arco y le costaba respirar ante la intensidad brillante y dorada de los ojos de Vitale. Él también los tenía preciosos, pero ella pensaba que las mujeres no debían decir esas cosas a los hombres, así que no dijo nada por miedo a que se riera de ella.

–*Troppa fantasia*… Tengo demasiada imaginación –murmuró Vitale, que se sentía partido en dos por los impulsos encontrados que experimentaba.

Sabía que debía dejar que se marchara y volverse a la cama, pero no quería hacerlo. Le fascinaba que, en mitad de la noche y despeinada por haberse acabado de levantar de la cama, estuviera fantástica. Era completamente distinta de las mujeres a las que estaba acostumbrado; mujeres que se acostaban maquilladas y que se levantaban antes que él para volver a maquillarse y saludarlo, cuando se despertara, perfectas, afectadas y artificiales, todo lo que Jazz no era. Ella era de verdad de los pies a la cabeza, y ese rasgo lo atraía de forma increíble.

En ella, lo que veías era lo que había, sin estrategias ni trucos de seducción para hacerlo caer.

–Nunca lo hubiera pensado –dijo ella, casi en un susurro, tan dolorosamente consciente de su proximidad que se le erizó el vello de la nuca–. Eres banquero.

–¿Y no puedo tener imaginación? –preguntó él con una sonrisa deslumbrante que hubiera dejado pasmada a una mujer más fuerte que Jazz.

–Es que no me lo esperaba –murmuró ella, estremecida ante aquella sonrisa casi infantil–. Siempre estás muy serio.

–No me siento así contigo –reconoció él, cansado de tener la

cabeza agachada para poder mirarla, lo cual le estaba produciendo un calambre en el cuello.

De repente, y ante la sorpresa de ella, se inclinó, la agarró por la cintura y la levantó para depositarla en el borde de la mesa. Estaba increíble y ferozmente excitado, pero ella no parecía darse cuenta de la química que había entre ambos. Era imposible que fuese tan inocente, se dijo, porque él nunca tocaría a una mujer inocente y necesitaba con desesperación tocarla. Sus amantes eran mujeres experimentadas que estaban al tanto de la situación.

–Pero no sabes lo que sientes. No te analizas a ti mismo.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Lo veo –respondió ella despreocupadamente.

A Vitale no le gustaba aquella conversación y tampoco quería hablar. Tomó el rostro de ella entre las manos y probó su atractiva boca con pasión no disimulada.

Jazz temió que el corazón fuera a salírsele del pecho. No podía respirar ni pensar al estar tan cerca de él. Se sentía vagamente culpable, como si el cerebro intentara advertirle que estaba haciendo algo malo, pero se negó a hacer caso del mensaje porque la excitación se extendía como el fuego por sus terminaciones nerviosas. Se le endurecieron los pezones y apretó los esbeltos muslos con fuerza al sentir una embarazosa humedad en el vértice de las piernas.

–*Per l'amor di Dio* –exclamó Vitale tratando de controlarse–. ¿Qué me haces?

–¿Qué te hago? –susurró ella, llena de curiosidad.

Lo excitaba inmensamente, pero tenía demasiada experiencia para decírselo.

–Me tientas de tal modo que no puedo controlarme –afirmó de todos modos.

–Eso está bien –afirmó ella, mientras le acariciaba la mejilla con una mano y, con la otra, la espalda–. ¿Estás seguro de que las cámaras están apagadas? –preguntó mirando ansiosamente alrededor de la bien iluminada cocina.

–Todas ellas –subrayó Vitale, pero se dirigió a la puerta para apagar la intensa lámpara del techo, lo cual hizo que el espacio fuera más íntimo y acogedor, iluminado únicamente por las luces de debajo de los armarios.

Ella volvió a acariciarle la espalda. Tenía la piel caliente y ligeramente húmeda, pero eran sus ojos lo que miraba y los que la hacían pensar; esos hermosos ojos de negras pestañas que le transmitían un claro mensaje de estrés y desconcierto, el mensaje

liberador de que él controlaba tan poco lo que estaba sucediendo como ella.

–Te deseo, *bellezza mia* –gimió él mientras le subía la camiseta y se la quitaba por la cabeza.

Jazz, sobresaltada, soltó un grito y estuvo a punto de cubrirse los senos desnudos con las manos, pero, en esos segundos de consternación, se pregunto si quería seguir siendo virgen para siempre y si se le volvería a presentar la oportunidad de tener un amante tan experto como sin duda lo era Vitale. Y la respuesta a ambas preguntas fue negativa. Él no querría estar con una mujer tímida y conocería todos los movimientos adecuados para que ella tuviera una buena experiencia.

–Eres preciosa –afirmó él mientras levantaba las manos para agarrarle los delicados y pequeños senos, coronados por puntas duras y rosadas que acarició con los pulgares.

E, inmediatamente, a Jazz se le quitaron las ganas de cubrirse porque la maravillosa alegría y satisfacción de que Vitale la considerara tan hermosa la dejó abrumada. Agradecida, le buscó la boca, le mordisqueó el labio inferior con sensualidad recién descubierta, mientras él le acariciaba los pezones, que ella no había imaginado que pudieran ser tan sensibles a las caricias de un hombre.

Pequeñas y aceradas flechas descendían hasta su centro y la hacían retorcerse sobre la mesa, a medida que su deseo aumentaba. Entonces, sin apenas previa advertencia, alcanzó un clímax que la atravesó como una corriente eléctrica y la hizo gritar de sorpresa y placer.

–Y reaccionas tan bien como en mis sueños más eróticos –afirmó él con voz ronca mientras se bajaba la cremallera de los pantalones.

Con su mano delgada y morena le separó las piernas mientras ella seguía en una especie de burbuja de felicidad. Vitale la atrajo hacia sí y la tumbó para facilitar lo que pretendía hacer. Con el dedo recorrió el perímetro de su entrada, antes de introducírselo. Soltó un hambriento gemido de aprobación, ya que ella estaba muy húmeda y tensa, pero, de pronto, se quedó inmóvil.

–Tengo que llevarte arriba, que es donde tengo los preservativos.

–Tomó la píldora –murmuró ella–. Pero tú ¿puedes hacerlo sin preservativo?

–Sí, porque nunca he tenido sexo sin él –contestó Vitale. La tentación de intentarlo sin aquella barrera era enorme. Trato de disuadirse a sí mismo, pero, situado entre las piernas de ella, anhelando la bienvenida que el ágil y esbelto cuerpo femenino

ofrecía a su excitación, se dio cuenta de que era una batalla perdida antes de haberla iniciado.

Con sus fuertes manos, la acercó más todavía hasta que Jazz lo sintió en su tierna carne, y los nervios y las ganas se apoderaron de ella a la vez. Su cuerpo entero cobró vida con un deseo electrizante, como si ese primer anticipo de placer hubiera encendido en ella un fuego de necesidad inextinguible.

Él la penetró poco a poco, gruñendo palabras en italiano, mientras ella ocultaba el rostro en su hombro moreno y suave como la seda, sin creerse del todo que estuviera haciendo el amor con Vitale. Todos sus sentidos se habían descontrolado por las sensaciones que les llegaban. Y el olor y el sabor de la piel masculina la entusiasmaban.

Entonces, él la penetró hasta el fondo, y el dolor hizo que a ella le rechinaran los dientes y que su cuerpo experimentara una sacudida. Vitale se retiró un poco e hizo una pausa para levantarle la cabeza y mirarle el rostro con total incredulidad. Y ella supo que lo que menos se esperaba él era que fuera su primer amante y que no le gustaba la idea.

Sin embargo, no hizo caso de esa sospecha y movió las caderas para animarlo a seguir. Observó que él reaccionaba y gemía.

–No pares –le dijo.

Y por primera vez en su vida, Vitale hizo exactamente lo que le decía. Volvió a penetrarla hasta el fondo estirando las tiernas paredes de su centro caliente con hambriento esmero. Y, una vez olvidado ese instante de dolor, Jazz reclamó su contacto. Él le dio más y aumentó el ritmo progresivamente mientras la excitación de ella crecía con cada una de sus poderosas embestidas.

Era mucho más salvaje y mucho más desinhibido de lo que ella se esperaba de un hombre tan reservado como Vitale; de hecho, era apasionadamente explosivo.

Jazz alcanzo el clímax de nuevo y su cuerpo se sacudió en torno al de él. Le pareció que el mundo entero estallaba a su alrededor cuando él la condujo a una erótica y excitante liberación. Sintió un leve dolor cuando él se retiró y se subió la cremallera de los pantalones.

–*Diavolo!* –exclamó Vitale alejándose mientras ella buscaba la camiseta y se la ponía a toda prisa con manos torpes e incapaces de cumplir su cometido–. ¿Por qué no me habías dicho que eras virgen?

Jazz puso una cara inexpresiva, se bajó de la mesa reprimiendo un gemido por las molestias que sentía en la parte inferior de su

cuerpo.

–No vamos a ponernos a analizar lo que ha pasado –dijo ella en tono seco mientras la vergüenza se apoderaba de ella y amenazaba con ahogarla–. No tienes derecho a hacerme preguntas impertinentes.

Había tenido sexo con Vitale en la mesa de la cocina y no se lo creía, pero, desde luego, no iba a quedarse allí para hablar de ello.

El sofocado rostro de ella expresaba furia y rebelión, aunque evitaba mirarlo, lo que le molestaba enormemente, sin saber bien por qué. Al fin y al cabo, él tampoco quería analizar nada, a pesar de que no tenía ni idea de por qué o cómo había sucedido lo que acababan de hacer y se le ocurrían al menos diez buenas razones por las que no debería haber sucedido.

La observó cojear sobre las baldosas como si la hubiera atropellado un autobús, en vez de haber tenido su primera experiencia sexual, y se sintió culpable y responsable. Experimentó un súbito y sorprendente deseo de tomarla en brazos y meterla en un tonificante baño de agua caliente… ¿para después volver a tener sexo con ella?

Como si eso fuera a arreglar las cosas, pensó, mientras se pasaba la mano por el negro cabello despeinado. ¿Qué demonios le pasaba? No podía pensar con claridad, pero sabía que acababa de tener el mejor sexo de su vida, lo cual era aterrador.

Jazz había informado a Vitale de que no habría análisis de lo sucedido, pero, sentada en la bañera a las tres de la madrugada, estaba llevando a cabo el suyo propio. ¿Había pensado que lo que habían hecho era «hacer el amor»? Sí, lo había pensado y se avergonzaba por haberlo calificado así, porque, en realidad, no era tan ingenua. Había sido, pura y simplemente, sexo, y sabía la diferencia entre una cosa y la otra porque ya no era una adolescente, sino una persona adulta. O lo era teóricamente, pensó con los ojos llenos de lágrimas y el arrepentimiento fustigándole el cuerpo.

Claro que ambos fingirían que no había sucedido, que había sido un momento de locura, un error enterrado y olvidado con rapidez. Al fin y al cabo, se trataba de Vitale, y no iba a querer hablar de ello. Por ese lado, estaba a salvo, se dijo. De todos modos, era culpa de él, que no debía haberse paseado medio desnudo por la casa y haberla tentado a cometer aquella locura.

Se abrazó las rodillas en el agua caliente y suspiró. Había

cometido una estupidez y tendría que aceptarlo y vivir con Vitale durante semanas mostrándose cortés pero distante, no fuera él a pensar que quería que se repitiera. Marcharse o esconderse no era una posibilidad.

Llamaron suavemente a la puerta y ella estuvo a punto de salir de la bañera, horrorizada, porque bruscamente se dio cuenta de que Vitale no se estaba comportando como habitualmente. Presa del pánico, agarró una toalla, se envolvió en ella y abrió la puerta solo una rendija.

–¿Sí?

Inmediatamente, Vitale se sintió poseído por la intensa necesidad de tirar la puerta abajo. Apretó los dientes ante aquel impulso de comportarse de forma violenta.

–¿Quieres salir, por favor? Llevas siglos ahí dentro.

Jazz salió del cuarto de baño con el rostro más inexpresivo que él le había visto en su vida. Ella observó que se había puesto una camisa negra.

–No sabía que me estuvieras esperando –dijo con dulzura, como le habían enseñado en la única clase que había recibido para aprender a hablar.

–No te comportes como una niña conmigo. No es lo que espero de ti –observó él de forma tajante–. Solo quiero que me respondas a una pregunta.

Jazz intentó cambiar la expresión de su rostro para parecer más normal, o todo lo normal que podía sentirse al enfrentarse a Vitale cuando iba envuelta en una toalla.

–Muy bien.

–¿Por qué una mujer virgen toma la píldora?

–No creo que sea asunto tuyo, pero es por razones médicas –contestó ella, que no estaba dispuesta a hablar con él de su ciclo menstrual. Se puso tan colorada que se sintió como un tomate asado y le entraron ganas de abofetearlo.

–Será asunto mío si te quedas embarazada –apuntó él en tono mordaz.

–Es típico de ti esperar lo peor –replicó ella en tono igualmente mordaz–. No va a pasar, Vitale. Tranquilízate y vuelve a la cama y, por favor, olvida, por el bien de los dos, lo que ha sucedido.

–¿Es eso lo que quieres? –Vitale deseaba arrancarle la toalla y volver a empezar, aunque sabía que ella no iba a satisfacerlo otra vez. No tenía nada que ver con su cerebro; era como si su cuerpo fuera por libre y no pudiera controlarlo.

–Acabamos de tener un sórdido encuentro en una mesa de

cocina, en mitad de la noche. ¿A ti qué te parece? –preguntó Jazz en tono meloso.

Vitale tuvo la impresión de que dijera lo que dijera ella lo utilizaría en su contra. ¿Sórdido? El término le indignó. Dio media vuelta con su poderoso cuerpo en tensión y salió de la habitación, y, en ese mismo momento, a Jazz le habría gustado abofetearlo por haberse dado por vencido tan fácilmente.

Sus pensamientos eran un mar turbulento de conflicto, confusión y desprecio hacia sí misma, que la hacía oscilar de un extremo a otro. En cuanto él se hubo marchado, ella quiso que volviera. Se quitó la toalla y se tumbó en la cama odiándose a sí misma. Era típico de Vitale preocuparse por no haber usado un método anticonceptivo, lo cual le recordó que aún no se había tomado la píldora ese día. Busco la caja en el bolso y se la tomó antes de apagar la luz.

A lo hecho, pecho, pensó con tristeza, a pesar de que había sido fantástico. Sin embargo, era mejor no pensar en esa imprudente y repentina intimidad que lo había cambiado todo entre los dos. Ya no pensaría en Vitale como el chico que había sido, sino como el hombre que era, y ese cambio de perspectiva la alteró porque la hizo temer que en algún rincón de su interior siguiera viva la adolescente que creía que el sol salía y se ponía por obra y gracia del príncipe Vitale Castiglione.

Capítulo 5

LAS mujeres de mi edad no se ponen esa ropa –dijo Jazz, al final de la mañana del día siguiente, consternada ante la amplia colección de prendas carentes de personalidad–. No soy tu futura esposa ni un familiar tuyo. Se supone que solo soy tu novia. ¿Por qué voy a vestirme como una mujer mayor?

–Quiero que estés elegante –respondió Vitale, poco convencido por su razonamiento.

Quería que fuera cubierta de los pies a la cabeza. No quería que luciera sus bien torneadas piernas ni su fabulosa figura para que otros hombres se pusieran a babear al verla. El comentario de Angel sobre la belleza en que Jazz se había convertido había constituido un aviso más que suficiente.

–Supongo que preferirías enseñar más.

Eso fue la gota que colmó el vaso para Jazz, después de varias horas en que se había esforzado por comportarse normalmente al ver a Vitale en el intervalo entre clase y clase. La furia reptó por el interior de su cuerpo como la lava de un volcán buscando una grieta para salir.

–¿De dónde sacas todos esos prejuicios contra mí? –preguntó con vehemencia. No uso ropa atrevida. Y, como sabes, no tengo mucho que mostrar.

–Para mí es más que suficiente, *bellezza mia* –dijo Vitale en voz baja, comenzando a excitarse al pensar en los deliciosos y pequeños montículos que había explorado la noche anterior.

Jazz se estremeció e hizo como si no hubiera oído ese recordatorio tan falto de tacto. Reconoció compungida que a él no se le daba bien fingir.

–Toda esta ropa es tan sosa –se quejó al tiempo que agarraba unos pantalones de color beis con el gesto torcido. Había mucho beis, mucho azul marino y mucho marrón. A Vitale le desagradaban incluso los colores vivos–. Si esto es lo que te gusta, nunca te harás

famoso en la industria de la moda.

Vitale tomó una decisión e hizo una seña a la estilista que esperaba al otro extremo de la gran habitación.

–La señorita Dickens es quien se encarga de hacer la selección. Me parece que tendrá que pedir unas prendas más atrevidas –afirmó mientras observaba el atisbo de sonrisa que iluminó el rostro de Jazz y se felicitaba por saber cuándo había que dejar de ejercer el control–. Pero elije algo de esto para ponerte esta noche.

Jazz se decidió por un ajustado vestido azul marino, unos zapatos, ropa interior y un bolso.

–¡Gracias! –exclamó dirigiéndose a Vitale mientras este se marchaba y la dejaba con la estilista para que le hablara de sus gustos.

Su arrogante cabeza se volvió y la miró con aquellos atractivos ojos enmarcados en espesas cejas negras. Y el deseo la golpeó con tanta fuerza en el pecho que palideció, y se reprochó ser tan vulnerable. Apartó de la mente aquellos pensamientos sin sentido y se concentró en elegir la ropa y, sobre todo, un vestido espectacular para la noche del baile.

Después de haber pedido que le sirvieran la comida en la habitación, tuvo unas horas libres para irse a casa a ver a su familia, lo cual supuso un agradable descanso del ambiente enrarecido que había en la imponente casa londinense de Vitale. Su madre y su tía estaban preparando un bizcocho, y Jazz se sentó con una taza de té y trató de volver a sentirse normal.

Pero dejó de hacerlo al ponerse el vestido azul marino sobre la ropa interior de seda y calzarse las sandalias de cuero, cosidas a mano, de elegantes tacones. Aunque nunca se había molestado mucho en maquillarse, hizo un esfuerzo especial con el rímel y el pintalabios porque sabía que esa era una cosa en la que Vitale probablemente no habría pensado: clases de maquillaje.

–No, me gusta como eres –afirmó Vitale en la limusina, de camino al restaurante para cenar–. Natural, saludable. Tienes una piel preciosa. ¿Por qué vas a ocultarla?

Jazz se encogió de hombros.

–Porque es lo que hacen las mujeres: sacar el mejor partido de sí mismas.

Vitale la estudió desde su extremo de la limusina. Estaba despampanante. El vestido oscuro hacía resaltar su cabello, su delicada figura y sus largas y esbeltas piernas. Intentó que le disminuyera la excitación porque, ese día, había tomado una decisión: iba a retroceder y a ir sobre seguro; ya no volvería a haber

líneas borrosas entre ellos. Sin embargo, le bastó mirarla para que su determinación flaquease.

Eso nunca le había ocurrido con una mujer. Jamás había sucumbido a un capricho pasajero y siempre había supuesto que no era del tipo pasional. Sus aventuras siempre eran frías y sexuales, sin requerir ningún extra por ninguna de las dos partes. Como era natural, le habían dicho desde que era adolescente que, con toda probabilidad, tendría que casarse por razones dinásticas, no por amor, y él siempre se había protegido de las emociones.

Lo que sentía por Jazz era deseo, un ardiente e irresistible deseo, lo cual no tenía ningún misterio, ya que se trataba de la acción de las hormonas, pensó para tranquilizarse.

Varias cabezas se volvieron a mirarlos y una serie de comentarios en voz baja los siguieron hasta la mesa que les habían asignado en el lujoso restaurante en que iban a cenar. Los ojos de Vitale brillaron como diamantes negros cuando vio que otros hombres miraban a Jazz con deseo. De momento, era suya, totalmente suya, tanto si tenía sexo con ella como si no, se dijo obstinadamente.

Jazz se sentó a la mesa y la inspeccionó, agradeciendo tardíamente las enseñanzas de Jenkins sobre los cubiertos.

–Dime qué has hecho desde que acabaste la escuela –le pidió ella alegremente–. Aparte de ser príncipe y todo eso.

Hablaron de su tiempo de estudiantes. Vitale reconoció que ser banquero había sido la única posibilidad viable para él. También le dijo que tenía una casa en Italia a la que pretendía llevarla antes del baile.

–¿Para cuánto tiempo? –preguntó ella con una expresión reflexiva en su hermoso rostro, iluminado por las velas, que captaban cada tono de su melena pelirroja para gozo de la vista de Vitale–. Me gusta ver a mi madre con frecuencia.

–Un par de semanas, no más. Cuando todo esto haya acabado, después del baile, te pagaré para que termines de estudiar en la universidad y puedas trabajar en el campo que desees.

–Es una oferta muy generosa, pero ya me vas a pagar bastante –observó ella, sorprendida y algo violenta.

–No, te he engañado –confesó Vitale, lo cual la desconcertó aún más–. Es mi padre quien va a devolver los préstamos de tu madre. Quiere hacerlo porque le parece que, de esa forma, la habrá ayudado.

–¿Me has engañado? –preguntó ella, incrédula de que lo reconociera sin tapujos.

–Ser un canalla me sale de forma natural. Necesitaba que aceptaras la apuesta, por lo que me serví de tu necesidad de dinero para conseguir tu consentimiento –señaló él desapasionadamente–. He creído que debía ser sincero contigo porque tú lo has sido conmigo.

–Entonces, ¿me estás diciendo que tu padre nos habría ayudado de todos modos? –insistió Jazz, cada vez más sorprendida porque, si pensaba sobre ello, no le extrañaba que Vitale fuera tan astuto y calculador.

De todas formas, le pareció que no estaba en situación de quejarse ni de protestar, ya que, si él la había utilizado para sus propios fines, ella, con toda seguridad, también lo había hecho. Tras haber recibido un cheque de una cantidad discreta como pago por su supuesto sueldo, se lo había entregado a su madre.

No, no estaba orgullosa de haber aceptado dinero de un hombre con el que también se había acostado, pero no podía soportar ver a su madre haciendo grandes economías y luchando para salir adelante. Al ser muy pobre, había aprendido una dura lección vital.

–Mi padre se siente muy culpable con respecto a tu madre. Le preocupa la posibilidad de que hubiera habido maltrato en el matrimonio de tus padres –observó Vitale, una vez que les hubieron retirado los platos.

Jazz se puso blanca como la cera y se agarró al mantel.

–Lo hubo –afirmó recordando una época de su vida a la que no solía volver con frecuencia–. Mi padre se volvía violento cuando la vida no iba como quería, y lo pagaba con nosotras.

Vitale se quedó consternado y, después, sorprendido de haberse quedado consternado, porque había oído hablar de esa clase de situaciones, aunque no conocía a nadie que le hubiera confesado que había sido víctima de violencia doméstica.

–¿Contigo también, además de con tu madre?

–En varias ocasiones, cuando intentaba protegerla. Mi pobre madre se llevaba la peor parte. Mi padre estaba enganchado al juego en Internet y cuando perdía dinero la tomaba con su familia a puñetazo limpio.

Al oír sus palabras, Vitale sintió que la ira crecía en su interior. Recordaba a Jazz de pequeña y de flaca adolescente y se dio cuenta de que ya sabía lo que era vivir con miedo en un hogar violento, en el que debería haber estado a salvo.

–Siento que tuvieras que pasar por esa experiencia.

Jazz frunció los labios y suspiró.

–Creo que por eso se marchó mi madre con su segundo esposo,

Jeff. Pensó que sería su vía de escape, pero se encontró en un callejón sin salida. No era violento, pero tampoco honrado. Sin embargo, cuanto mayor me hago, soy más consciente de que muchas personas han tenido malas experiencias en la infancia –afirmó en tono optimista–. Pero esas experiencias no te definen necesariamente ni hacen que te encierres en ti mismo y te hagan desconfiar de todo el mundo. Puedes superarlo. Yo lo he hecho.

Vitale le tomó la mano y se la apretó para que soltara el mantel. Ella se echó a reír y lo soltó al darse cuenta de que lo había agarrado. A Vitale le encantó que no se compadeciera de sí misma y que demostrara tanta fortaleza.

–Yo tengo una madre terrible –confesó él inesperadamente–. Controladora, dominante y muy desagradable. Si tiene corazón, nunca me lo ha demostrado. Lo único que le importa es el trono de Lerovia y la pompa y ceremonia que lo acompañan.

Jazz sonrió, complacida de que él confiara lo suficiente en ella para hacerle esa confesión.

–Sin embargo, eres muy afortunado al tener un padre tan agradable –señaló.

–Sí –confirmó él, sobresaltado por haber hablado mal de su madre por primera vez en su vida e incapaz de explicar de dónde procedían aquellas desleales palabras. Había algo en Jazz que lo llevaba a comportarse de forma contraria a su naturaleza. Tal vez solo fuera porque ella estaba tan tranquila en su compañía, que atravesaba sus reservas. ¿Por eso se comportaba él de forma tan inesperada?

Haber dicho que su madre era un problema era la verdad. Sofia Castiglione era temida en el palacio. Decir la verdad no era deslealtad, reconoció, al tiempo que se maravillaba de que, al habérselo confesado a Jazz, se había liberado de parte de la tensión.

La limusina los esperaba frente al restaurante. Dos guardias de seguridad estaban obligando a un hombre con una cámara a retroceder. El flash de una foto cegó a Jazz momentáneamente mientras Vitale la conducía a toda velocidad a la limusina.

–¿Quién es ella? –gritó una voz.

–¿Quién soy? –preguntó ella, divertida, al sentarse.

–Una pelirroja misteriosa. No diré tu nombre porque no tengo intención de hacerles el trabajo a los paparazis –comentó Vitale mirando con atención su vívido rostro, muy pálido en contraste con su vibrante melena, con las pequeñas pecas diseminadas por la minúscula nariz. «No la toques», se recordó, a pesar de lo mucho que la deseaba.

–¿Quieres una copa? –preguntó él cuando entraron en casa.

–No, gracias, estoy un poco cansada –la noche anterior había dormido poco, pero no iba a decírselo cuando se estaba comportando como un perfecto caballero y no la había tocado en toda la velada–. Buenas noches.

Ya en su habitación, se descalzó. Se sentía extrañamente sola. Se bajó la cremallera del vestido, se lo quitó y lo colgó en una percha con el cuidado que merecía un vestido de calidad superior. Se acabó de desnudar y se lavó antes de agarrar la bata de seda que había elegido ese día con el resto de las prendas.

En ese momento, llamaron a la puerta y la abrieron inmediatamente. Vitale entró, se apoyó en ella para cerrarla y dijo con voz espesa:

–No quiero que nos despidamos.

Sorprendida en el acto de atarse frenéticamente el cinturón de la bata, Jazz dejó de respirar literalmente. Los brillantes ojos oscuros y dorados de él se posaron en lo suyos casi como si fueran a asaltarlos físicamente. El corazón de ella comenzó a resonarle dentro del pecho como un tambor.

–Pero nosotros…

Vitale la interrumpió.

–Nosotros estamos solteros los dos y somos libres de hacer lo que queramos –dijo al tiempo que eliminaba todo pensamiento anterior, toda decisión tomada solo unas horas antes, para sucumbir al deseo que lo había inflamado en el momento en que ella había tratado de alejarse de él.

Cuando el aire volvió a llegarle a los pulmones, Jazz respiró hondo.

–Pero… –comenzó a decir de nuevo, porque le parecía, inexplicablemente, que ella debía ser la voz de la razón.

Vitale avanzó hacia ella con la gracia de un felino salvaje.

–¿Hay alguien más en tu vida?

–Por supuesto que no. Si lo hubiera, lo que pasó anoche no habría sucedido –protestó ella.

–Entonces, no veo dónde está el problema, *bellezza mia* –proclamó Vitale en voz baja mientras le desataba el cinturón muy lentamente–. No compliquemos las cosas.

¿Complicarlas? Eran complicadas, quiso gritar ella dándose cuenta de que él estaba tardando en desatar el nudo para darle la oportunidad de negarse. Pero no quería negarse ni que él se marchara. Ser consciente de algo tan perturbador la conmocionó. El corazón le latía con tanta fuerza que podría haberse hallado en la

última fase de un maratón solo por ver a Vitale frente a ella, con sus ojos brillantes y aquellas cejas negras con las puntas doradas que serían la envidia de cualquier modelo.

Él, de algún modo, se había convertido en su línea de meta, y ella no podía luchar contra eso, no tenía tanta capacidad de resistencia cuando él se hallaba justo enfrente y la necesitaba, la deseaba, a ella, a Jazmine Dickens, por increíble que pudiera parecer.

Vitale le quitó la bata y la tiró al suelo. Y cuando ella levantó las manos para cubrirse, lanzó un gruñido y se lo impidió agarrándoselas.

–Quiero verte entera.

Ella bajó las manos mirándolo con los ojos muy abiertos y llenos de incertidumbre. Él la tomó en brazos, apartó la colcha de la cama y la depositó en ella.

–Llevas puesta mucha ropa –dijo ella con voz temblorosa.

Vitale le dedicó una deslumbrante sonrisa que iluminó sus hermosos rasgos como la luz del amanecer. Se desnudó con precisión casi militar; dejó los gemelos al lado de la cama, colocó el traje en una silla y se quitó los ajustados calzoncillos negros que apenas podían contener su excitación.

Un fuego lento prendió en la pelvis de ella mientras los pezones se le endurecían y una sensación caliente y húmeda le crecía entre los muslos.

Solo era sexo, se dijo para luchar contra los molestos pensamientos que se negaba a reconocer. Solo era sexo y mucha gente tenía sexo únicamente para divertirse. Ella podía hacer lo mismo, se juró a sí misma, y no cometería el error de creer que lo que había entre ellos era algo más serio que una aventura ocasional.

A eso se refería Vitale al decir: «No compliquemos las cosas».

Él se tumbó en la cama con ella. Todo él era piel morena y velluda y puro músculo. Su cuerpo era tan hermoso y tan diferente del de ella, que su atractivo sexual la empujaba hacia él del mismo modo que el de su cuerpo parecía atraerlo a él. La besó y en el interior de ella comenzaron a estallar fuegos artificiales mientras el deseo crecía de manera exponencial cada vez que le introducía la lengua en el húmedo interior de su boca.

Tenía todo el cuerpo sensibilizado y la anticipación que experimentaba era insoportable.

–Quiero enseñarte como debería haber sido anoche –afirmó Vitale con voz ronca–. Lo de anoche fue demasiado rápido y tosco.

–Pero funcionó –mascculló ella recorriendo el sensual contorno

de sus labios con el dedo y deleitándose en la libertad de poder hacerlo.

–Te mereces más –insistió él, antes de bajar su arrogante cabeza para atrapar uno de sus pezones con la boca y lamerlo–. Mucho más.

Y mucho más fue precisamente lo que ella obtuvo mientras Vitale iba descendiendo por su esbelto cuerpo deteniéndose en lugares que ella ni siquiera sabía que poseían terminaciones nerviosas y permaneciendo allí hasta que ella se retorció con total abandono, para, finalmente, situarse entre sus muslos abiertos y dirigir la atención al lugar más sensible de todos.

La timidez que Jazz sentía fue anegada por la excitación, que era incapaz de reprimir. Él se sirvió de la boca, trazando círculos y lamiendo y trabajando en su cuerpo como si fuera un instrumento, mientras el placer de ella aumentaba poco a poco, de forma dulce y torturante, hasta que el deseo la abrumó de tal forma que no lo pudo soportar.

Cuando él recorrió el camino hasta su entrada, ella se arqueó y gritó mientras una oleada de placer invadía su delgado cuerpo y la dejaba sin fuerzas.

–Mucho mejor –dijo él con voz ronca contemplando su expresión arrobada con satisfacción–. Así debía haber sido la primera vez, y si me hubieras avisado…

–Lo más probable es que no hubieras continuado –lo interrumpió ella, devolviéndolo a la realidad con su franqueza.

–Eso no lo sabes –contraatacó él con firmeza echándole hacia atrás los muslos y deslizándose entre ellos sin disimular su urgencia.

Jazz lo miró preguntándose cómo lo sabía ella, pero lo sabía, aunque le pareció poco diplomático decírselo cuando él intentaba en vano comprender cómo funcionaba su propia mente.

–Lo sospechaba –dijo ella.

–¡Ni siquiera un terremoto me habría detenido anoche! –exclamó Vitale con vehemencia, penetrando, por fin, en su húmedo interior con un gemido de placer–. Es maravilloso estar dentro de ti, *bellezza mia*.

Y a Jazz le pareció igualmente maravilloso sentir la poderosa fuerza de su rígida y gruesa excitación en su sensible centro, estirándole las paredes y llenándola por completo. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la almohada mientras dejaba que el placer se apoderara de ella. Ondas deliciosas la atravesaron y arqueó las caderas, sin poder evitarlo, presa de su necesidad.

Nada le había parecido nunca tan bien ni tan necesario. Con los

ojos cerrados, veía estrellas. Comenzó a moverse yendo al encuentro de él de modo frenético mientras la embestía, poseída de una excitación primaria. Y, entonces, alcanzó una deslumbrante cima al tiempo que rítmicas convulsiones le sacudían el vientre y él se estremecía con un grito de satisfacción sin inhibiciones. Un mar de sensaciones la invadió después del placer.

–Es increíble hacerlo contigo –dijo Vitale sin resuello, liberándola de su peso.

Jazz estiró los brazos y trató de atraerlo hacia sí.

–No te apartes de mí.

–No me gusta abrazar.

–Pues qué mal –contestó Jazz acurrucándose, de todos modos, junto a él–. Yo necesito que me abracen.

El cuerpo de Vitale se quedó, literalmente, petrificado porque se sentía incómodo.

–Se llama compromiso –murmuró ella con voz soñolienta contra su pecho y abrazándole con un solo brazo, como si fuera una cadena que lo aprisionaba–. No te estoy diciendo que te quiero, porque no es así. Solo te tengo afecto, así que no exageres algo que no es nada.

Sin saber qué hacer, Vitale, que pensaba volver a su habitación, se quedó tumbado mirando el techo. Tuvo que apartarse de Jazz para apagar la luz, pero ella lo atrajo de nuevo hacia sí, aunque, por el sonido regular de su respiración, supo que se había dormido.

Era tan directa, reflexionó él, mientras se preguntaba si la empujaba para apartarla y poder volver a su cama. Lo aliviaba que ella no se hubiera hecho ilusiones sobre su relación ni estuviera pensando en el amor, porque no quería hacerle daño. Seducir a una virgen era un juego peligroso, reconoció, al tiempo que se preguntaba por qué ella lo había seguido siendo y por qué le interesaba a él saberlo, ya que su interés por sus amantes solía ser muy superficial.

No sabía cómo había acabado teniendo sexo con ella otra vez y se preguntó si importaba. Decidió que no y que, si dormía con ella, podría volver a poseerla a la mañana siguiente, así que quedarse tenía mucho sentido.

¿Podemos prescindir de lujos durante una noche? –preguntó Jazz, una semana después.

Vitale frunció el ceño.

–¿Prescindir de lujos?

–En vez de ir a un lujoso restaurante, podríamos ir a uno que conozco en que preparan platos exóticos. Es barato, pero la comida es estupenda –al contemplar su falta de entusiasmo, Jazz hizo una mueca–. Vitale, solo por una vez, ¿podemos salirnos del camino oficial?

–Yo no sigo un camino oficial –se defendió Vitale mirándola a los ojos y deseando que la viveza volviera a su hermoso rostro, que le transmitía el mensaje de que sabía que iba a rechazar su propuesta–. De acuerdo, solo por esta vez, pero, como nos envenenemos con la comida… ¡prepárate!

–No nos vamos a envenenar –le aseguró ella con una sonrisa.

Tomaron un delicioso menú de cinco platos en un jardín privado de la ciudad y se bebieron una botella de vino. Jazz estaba radiante, y él, más relajado de lo que había estado nunca en compañía de una mujer. Ella tenía tanto brío y personalidad que no podía dejar de mirarla, y saber que se la iba a llevar a casa y a la cama le produjo una inmensa satisfacción.

Una semana después, Jazz lo llevó al mercado de flores de Columbia Road y él le hizo una foto en la que su esbelto cuerpo casi desaparecía, oculto por el gigantesco ramo de flores que le había comprado. Pasearon por South Bank y él, por primera vez en su vida, observó a los artistas callejeros actuar y se echó a reír cuando ella lo llamó «estirado» por reconocerlo.

–No se puede ser siempre tan sensato y cuidadoso en lo que se dice y se hace –apuntó ella con el ceño fruncido.

–Aprendí a analizar todo lo que hacía y decía desde muy joven –reconoció Vitale–. De niño, siempre intentaba complacer a mi madre, pero acabé dándome por vencido. Creo que no le gustan los niños… o tal vez fuera solo yo.

Jazz se quedó sorprendida.

–¿Crees que no le gustabas ni siquiera cuando eras un niño?

Vitale frunció el ceño.

–Si el hecho de ser reina no le hubiera exigido tener un heredero, creo que no habría tenido hijos. Yo era el típico niño ruidoso, sucio y que hacía preguntas inconvenientes sin parar. Normalmente reducía el tiempo que pasaba conmigo porque la irritaba.

–Pero solo te comportabas como un niño normal –afirmó ella al tiempo que le agarraba la mano y se la apretaba mirándole el rostro–. No se trataba de ti, sino de ella y sus defectos, no de los tuyos. Es evidente que no le gustaba ser madre, pero eso no era tu problema, por lo que no deberías sentirte ni culpable ni

responsable. Ahora eres una persona adulta y no la necesitas del mismo modo.

Eso era verdad, pensó Vitale, recordando la fría y distante relación con su madre y sus esfuerzos infantiles para mejorarla y ganar su aprobación. Pero ya era adulto y ahora conocía a Sofia Castiglione, por lo que no esperaba que cambiase ni intentaba complacerla. La madurez le había enseñado a valerse por sí mismo.

–No me siento culpable –le dijo a Jazz–, pero me avergüenza que trate mal a la gente. Cuando se tiene una vida privilegiada como la nuestra, no puedes darla por sentada ni permitirte olvidar que reinas no solo por derecho de nacimiento, sino con el acuerdo y el apoyo del pueblo.

Era un pensador más profundo de lo que ella creía y la había impresionado la distinción que había hecho. Parecía que su madre era horrible, pensó compungida, molesta porque la incapacidad de la mezquina mujer para querer a su hijo le hubiera hecho tanto daño.

Esa noche se quedó despierta mucho rato, sintiéndose a salvo en los brazos de Vitale y pensando con alegría lo tierno que era con ella, a pesar de que le hubieran demostrado poca ternura a él. Vitale era mucho más de lo que aparentaba.

–Pero no puede ser. Me voy a Italia mañana –dijo Jazz sin comprender, porque lo que le acababan de decir le había supuesto un susto mayúsculo que le había quitado el color del rostro.

–Está embarazada de seis semanas, más o menos –repitió la doctora.

–¡Pero estoy tomando la píldora! –exclamó Jazz–. ¿Cómo voy a estar embarazada?

La doctora consultó la pantalla del ordenador.

–Veo que toma la minipíldora por irregularidad menstrual. ¿Ha tenido el cuidado de tomársela a la misma hora todos los días? Puede ser menos efectiva como método anticonceptivo que otros.

–¿A la misma hora todos los días? –Jazz estaba consternada.

–Esa información tiene que estar en el prospecto de instrucciones que acompaña a las pastillas.

Jazz hizo una mueca.

–No lo había leído.

La doctora le resumió las distintas condiciones en que la píldora podía ser menos fiable y añadió que no había nada garantizado al cien por cien para evitar un embarazo y que siempre había un

pequeño porcentaje de mujeres que concebían en cualquier caso.

Jazz estaba tan horrorizada que chocó con alguien al salir de la clínica, farfulló una disculpa y echó a andar calle abajo hasta llegar a un café, donde se sentó a tomar una taza de té y a analizar el aprieto en que se hallaba.

Lo primero que pensó fue que Vitale se volvería loco y que cabía la posibilidad de que creyera que lo había hecho adrede y que le había mentido al decirle que tomaba la píldora. Era un hombre que recelaba de las mujeres.

Se le ocurrieron otros pensamientos. Estaba embarazada. No había pensado que pudiera estarlo cuando la enfermera le había pedido una muestra de orina en su primera visita al consultorio. Jazz le había dicho en tono alegre que no había ninguna posibilidad de que estuviera embarazada.

Sin embargo, había ido al consultorio porque presentaba síntomas inquietantes: senos muy sensibles, ardor de estómago, mareos ocasionales, náuseas crecientes y sensibilidad hacia determinados olores. Paradójicamente, había sospechado que era a causa de la píldora, el único medicamento que tomaba, y creía que le recetarían otra marca para que la probara.

¡Por Dios! ¿Qué iba a decirle a su madre? Se llevaría una decepción tan grande al saber que su hija iba a convertirse en madre soltera…

Jazz, angustiada, suspiró y los ojos se le llenaron de lágrimas. Peggy Dickens siempre había sido muy sincera sobre el hecho de que había tenido que casarse en Irlanda, muchos años antes, porque entonces se esperaba que un hombre se casara con su novia embarazada. Reconocía que nunca se habría casado con el padre de su hija porque ya tenía preocupantes pruebas de su carácter violento. Jazz pensó que, en su caso, no habría matrimonio del que preocuparse, porque era muy poco probable que Vitale fuera a proponérselo a la hija de un ama de llaves, a la que había contratado para ganar una apuesta.

Pero también sabía que quería quedarse con aquel bebé, su bebé, parte de Vitale y de sí misma. Y esa fue una idea inesperadamente hermosa. Y sería un bebé perteneciente a la realeza, porque Vitale era príncipe. Sin embargo, le entró la duda de que fuera a pertenecer a la realeza, ya que sería ilegítimo. Lo que había entre Vitale y ella solo era una aventura sexual, se recordó con dolorosa sinceridad, ya que la verdad en cierto modo la avergonzaba, como si en el fondo pensara que se había vendido muy barata.

Al fin y al cabo, no había nada sólido ni seguro en la intimidad que había entre ambos. Para ganar la apuesta, Vitale la había llevado a cenar varias noches y a ver una película al West End. Pero seguía sin ser una relación de verdad, ¿o no?

Durante seis semanas había reprimido el miedo de ser simplemente una conveniente vía de escape sexual para Vitale, ya que vivían en la misma casa. La únicas veces que no habían dormido en la misma cama habían sido cuando él estaba en viaje de negocios o en Lerovia, para desempeñar alguna función propia de su rango. ¿Debería haberlo echado de su cama?

La generosa boca de Jazz esbozó una sonrisa compungida. El orgullo le decía una cosa, pero el corazón le decía otra. Le encantaba tener a Vitale en su cama y el deseo que manifestaba de ella la llenaba de alegría. ¿Por eso nunca le había dicho que no? Él se comportaba como si la necesitara, lo que hacía que se sintiera especial e importante. Tal vez esa ardiente intimidad sexual no fuera algo que celebrar, pero era, ciertamente, mucho más de lo que había esperado tener con Vitale, y la hacía feliz.

Sin embargo, parecía que estaba pagando el precio de aquella despreocupada felicidad. Debía de haberse quedado embarazada justo al principio de la relación, si ya lo estaba de seis semanas. ¿Qué iba a hacer si él le pedía que se deshiciera del bebé? Tendría que decirle que lo sentía mucho, pero que, aunque el embarazo no hubiera sido planeado y fuera inoportuno, quería tener al niño, que era también de él, se dijo compungida, al tiempo que sacaba el móvil del bolso para mandarle un mensaje.

Tenemos que hablar cuando vuelvas esta noche.

¿Algún problema?

No intentes adelantarte.

Jazz sabía que, si no tenía cuidado, él insistiría a base de mensajes hasta sonsacárselo. Pero no era algo que estuviera dispuesta a divulgar.

El teléfono pitó una y otra vez con más mensajes, más preguntas de aclaración. Vitale se estaba poniendo cada vez más impaciente por su falta de respuesta. Tal vez lo más sensato hubiera sido no decirle nada.

Pero Jazz poseía el casi doloroso don de la sinceridad, que hacía necesaria la confesión inmediata. No hizo caso del móvil y miró el

té sintiéndose como si el mundo se le hubiera caído encima, ya que lo que acababa de descubrir implicaba que Vitale y ella habían acabado para siempre.

Era el fin, pensó de forma melodramática. Lo poco que había entre ellos no sobreviviría a las secuelas de un embarazo, que ella ya sabía que él no deseaba.

–¡Deja ese teléfono de una vez! –le espetó con furia, Sofia Castiglione, reina de Lerovia, a su hijo, en el despacho del palacio real–. Quiero que estudies estos perfiles.

Vitale ni siquiera echó una ojeada a las fotos de mujeres alineadas en el escritorio de cristal de su madre, cada una con su correspondiente informe. Una sola mirada bastaría para estimular las falsas ilusiones de su madre, y se negaba a dejarse acosar por ella.

–Ya te he dicho claramente que no tengo intención de casarme en un futuro próximo. Es absurdo que trates de jugar a ese juego conmigo. No vas a renunciar al trono ni necesitamos que haya otra generación a la espera –dijo él en tono seco.

–¡Tienes casi treinta años! Yo me casé con veintitantos.

–Pues piensa en lo bien que resultó –comentó su hijo con ironía mientras reconocía que a su madre le desagradaba aún más en la actualidad que cuando era un niño y se preguntaba si era culpa suya que la reina no lo quisiera.

De niño, el desprecio y las constantes críticas de su madre le angustiaban. Pronto descubrió que, aunque sobresaliera en algo, no lo alababa. Durante mucho tiempo se esforzó en comprender qué había en él que lo hacía tan indigno de ser querido. ¿Le recordaba él a su padre? ¿O, simplemente, se debía a que ella habría rechazado a cualquier hijo que estuviera esperando en un ala de palacio para ser su heredero? ¿O era lo que decía Jazz: que a su madre no le gustaban los niños?

–¡Cómo te atreves a hablarme así! –contraatacó la reina lanzando puro veneno, con el rostro, tratado con bótox, aunque todavía hermoso, contraído por la furia–. ¡Cumplí con mi deber y tuve un heredero, por lo que espero que tú también cumplas con el tuyo!

–Posiblemente dentro de diez años, pero no ahora –dijo Vitale de modo tajante, antes de salir del despacho para seguir mandando mensajes a Jazz, cuya negativa a responderle estaba poniendo a prueba su paciencia, ya bastante maltrecha.

Capítulo 6

LA vi en el aeropuerto –mintió Vitale, porque, por algún motivo, Jazz miraba la cara bola de nieve que le había comprado como si hubiera salido del infierno, acompañada del demonio con su horca.

Jazz sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, lo cual era, probablemente, una consecuencia del embarazo. Se estremeció. ¿Por qué entonces? ¿Por qué aquella noche, de entre todas las noches, había tenido él que hacer algo amable y generoso? Era una bola de nieve que superaba todas las demás: grande, dorada y magnífica, llena de cupidos voladores cuyas alas parecían estar recubiertas de diamantes. Cuando se agitaba, la nieve que caía era dorada, en vez de blanca. Su bola de Santa Claus no resistía la comparación.

–Es verdaderamente bonita –dijo con la voz entrecortada, porque era divina, pero, aunque hubiera sido horrible, habría dicho lo mismo, porque la había conmovido que le hubiera hecho un regalo personal.

La bola, a diferencia del nuevo guardarropa y las joyas que le había comprado y que insistía en que se pusiera, no se la había regalado para facilitarle el papel que tenía que representar en el baile real para que él ganara la apuesta. Todo eso era falso, como el falso acento y la forma de hacer reverencias que había aprendido en las clases. Debía fingir ser algo que no era en beneficio de Vitale.

–¿Qué te pasa? –preguntó él–. ¿Por qué me has mandado ese extraño mensaje?

A Jazz le flaquearon las piernas y se dejó caer bruscamente en el sofá del impresionante salón, donde nunca se sentía cómoda porque estaba repleto de ostentosos muebles y asientos duros como las piedras.

–Algo ha ocurrido… Bueno, en realidad pasó hace unas semanas, pero no lo sabía –murmuró ella a toda velocidad–. Siéntate y respira hondo porque te vas a poner furioso.

–Solo mi madre me pone furioso –respondió él con impaciencia. La miró con ojos escrutadores y percibió su palidez y las sombras azuladas bajo sus ojos–. ¿Estás enferma?

Jazz lo miró. Allí estaba, tan alto y tan guapo con el cabello negro, las fascinantes facciones y los maravillosos ojos. Respiró hondo.

–No, no estoy enferma, sino embarazada.

Vitale se quedó petrificado, como si lo hubiera sepultado una tormenta de hielo. La miró fijamente con los ojos entrecerrados y ella observó que se tragaba lo que iba a decir de forma apresurada y cerraba la boca con fuerza.

–No, puedes decir lo que quieras –dijo Jazz, compungida–. No me voy a ofender. Ninguno de los dos se esperaba esto, y sé que son malas noticias, en lo que a ti respecta.

–Muy malas noticias –reconoció Vitale, que se hallaba en estado de shock, más pálido de lo que ella nunca lo había visto–. Me dijiste que tomabas la píldora. ¿Me mentiste?

–No, no te mentí –le aseguró Jazz–. Pero por la razón que sea, y aunque no he dejado de tomarla ni un solo día, me quedé embarazada hace seis semanas.

–¡Y nosotros solo llevamos juntos siete! –estalló Vitale, mascullando improperios en italiano y cerrando los puños–. Muy bien, lo primero que vamos a hacer es comprobar que no sea una falsa alarma.

–No lo es –sostuvo Jazz, pero Vitale ya se hallaba en el otro extremo del salón para usar el teléfono. Ella lo oyó hablar muy deprisa en italiano.

De repente, hasta el sonido de su voz la crispaba porque, en cuestión de segundos, su actitud hacia ella había cambiado por completo. Su voz se había vuelto fría como el hielo y la había mirado sin verla, ya que estaba decidido a no manifestar ninguna reacción normal y humana, más allá de las «muy malas noticias», aunque, en realidad, si lo pensaba bien, esas palabras indicaban todo lo que ella necesitaba oír y saber. Antes, parecía muy relajado con ella, pero eso había desaparecido, probablemente para no volver.

Vitale examinó a Jazz mientras hablaba con su amigo por teléfono y se sintió turbado. No, no se trataba de un embarazo deliberado. Lo sabía porque confiaba en ella. Y allí estaba, sentada como si el techo se le hubiera caído encima y, como no era buena actriz, no podría fingir que se sentía así si no fuera verdad.

¿Embarazada? ¿Un bebé? Vitale estaba destrozado, pero, a

diferencia de su hermano Angel, no cometería el error de evadirse de sus responsabilidades. Sabía que Jazz era muy devota e iba a la iglesia porque procedía de un entorno rural de la católica Irlanda, por lo que no era probable que decidiera abortar. Sería padre le gustara o no. Pero, antes de reflexionar sobre esa realidad y sus consecuencias, estaba decidido a llevarla a un ginecólogo que era buen amigo suyo y en cuya discreción podía confiar.

–Giulio Verrati es un buen amigo al que conozco desde la adolescencia –dijo en tono seco–. Es ginecólogo y tiene una consulta privada aquí, en Londres.

Jazz asintió sin decir nada, resignada a que él necesitara una segunda opinión.

–Me sentiré más contento si él lo confirma –concluyó Vitale en tono sombrío.

Jazz pensó que había elegido mal las palabras, porque las tensas facciones de Vitale indicaban que nunca volvería a estar contento.

Una oleada de pesar la invadió. La noticia había destruido su relación. Habría acabado de todos modos después del baile real, se dijo. Su relación tenía fecha de caducidad, y solo faltaba una semana para el baile.

–Hablemos de otra cosa –propuso Vitale mientras la conducía a la limusina que los estaba esperando.

–¿Cómo vamos a hacerlo?

–¿Qué piensas de la situación? –preguntó él, sin previo aviso.

–Al principio, estaba destrozada, pero ahora no puedo evitar sentirme también un poco emocionada. Lo siento.

–No tienes que disculparte. Es evidente que te gustan los niños.

–¿A ti no?

–No lo he pensado, porque creía que pertenecían a un futuro muy lejano –dijo él con voz tensa.

Se había recuperado levemente y ella quiso tomarlo de la mano, pero resistió la tentación porque se dio cuenta de que no era el momento oportuno. Solo dos noches antes, él había dormido con ella en sus brazos, pero eso se había acabado, pensó Jazz con tristeza.

En una relación ocasional, un embarazo era una fuente de problemas, más que de celebración. Vitale querría que la existencia de su hijo permaneciera en secreto, pensó ella, afligida. No querría que su hijo ilegítimo apareciera en todos los medios de comunicación. De todos modos, ¿querría formar parte de la vida de su hijo? ¿O esperaría comprar el silencio de ella con dinero y convencerla de que aceptase que no podía desempeñar el papel de

padre?

Giulio Verrati era un italiano de treinta y tantos años, con el cabello prematuramente cano. Ni siquiera tuvieron que sentarse en la sala de espera porque una enfermera los condujo de inmediato a la consulta, donde el ginecólogo les explicó las pruebas que podían realizarse allí mismo. La enfermera se llevó a Jazz para hacérselas y, cuando volvieron, el ginecólogo examinó los resultados.

–Es indudable que estás embarazada –anunció.

La expresión pétrea del rostro de Vitale no desveló nada a la ansiosa mirada de ella.

–Me preocupa un poco el resultado algo elevado de la CGH –añadió y le propuso hacerse una ecografía transvaginal, que era más precisa en la fase inicial del embarazo que una normal.

Vitale se estremeció.

–No, no se le hará a menos que sea estrictamente necesario para su salud.

–¿Hay gemelos en tu familia? –preguntó el señor Verrati a Jazz.

–Hay varios casos: mi abuela y algunos primos.

–Hay una elevada probabilidad de que sea un embarazo múltiple. Voy a hacerte una ecografía normal para ver si detecto el sonido de un corazón o de más de uno –le informó el médico antes de llamar a la enfermera para que preparase a Jazz.

Le aplicaron gel en el abdomen y le pasaron un escanógrafo manual por él. Con los ojos muy abiertos, Jazz miraba el monitor cuando oyó el rápido latido del corazón del feto. El señor Verrati rio con satisfacción. Indicó en el monitor dos zonas borrosas y dijo que eran los bebés.

–En efecto, son gemelos –aseguró.

¿Gemelos? A Vitale nunca le había costado tanto controlar su expresión. ¿Más de un hijo? Las malas noticias empeoraban. Sin embargo, pensó que no había mal que por bien no viniera. Incluso aquel desastre debía de tener un lado positivo, aunque aún no supiera cuál era. Tendría el heredero que su madre deseaba que le diera, pero, para ello, debería casarse con Jazz, una unión a la que la reina Sofia, con su elitismo, nunca accedería.

Sin embargo, afortunadamente, no necesitaba el consentimiento materno para casarse. Su madre creía que, en los tomos sobre la ley dinástica de la realeza de Lerovia, se especificaba dicha prohibición, pero Vitale sabía con certeza que no era así. Era libre de casarse con quien quisiera, aunque, en aquel preciso instante, no tenía el más

mínimo deseo de casarse ni con Jazz ni con nadie.

Y se echaba la culpa por haber aceptado la estúpida y competitiva apuesta con Zac, su hermano menor. ¿Qué locura se había apoderado de él? De los tres hermanos, él era, sin lugar a dudas, el firme y sensato… ¡y se había metido en aquel lío! De algún modo, había contribuido a su propia caída al trasladar a su casa a una mujer joven de la que no podía apartar las manos, pensó odiándose a sí mismo.

Supo desde el principio que Jazz lo atraía y, sin embargo, había seguido adelante creyendo que tenía una gran disciplina. Pero, rápidamente, se había percatado de que no era así.

Y no era de extrañar que amenazara ser un embarazo múltiple, reconoció con pesar, teniendo en cuenta que llevaban semanas teniendo sexo todas las noches. Y no se había puesto un preservativo ni una de ellas. Sus errores, sus indefendibles errores de juicio, se amontonaron sobre él como los coches en un choque múltiple en la carretera, y lo redujeron a un silencio inquietante.

Jazz estuvo despierta casi toda la noche. Vitale apenas le había dirigido la palabra después de salir de la consulta del doctor Verratti. Ni siquiera había ido a darle las buenas noches y había seguido intentando por todos los medios no tocarla. Parecía como si estuviera rodeada de un campo de fuerza defensivo o como si la inmensa atracción que ejercía sobre él se hubiera desvanecido en el preciso momento que supo que estaba embarazada de gemelos.

Vitale estaba asimilando la realidad del aprieto en que se encontraban y, por supuesto, estaba enfadado. Sin embargo, Jazz, en su fuero interno, esperaba que él fuera a su lado, aunque estuviera enfadado, como había hecho una noche, tras una discusión telefónica más fuerte de lo habitual con su madre. Vitale se lo había contado y ella, por primera vez, se había sentido importante para él de modo distinto.

Se sentó en la cama, en aquel momento con ideas menos descabelladas, y encendió la luz para contemplar la dorada bola de nieve. Los ojos se le volvieron a llenar de lágrimas que se le derramaron por las mejillas mientras trataba de secárselas a manotazos. Se odió por ser tan débil. Había tomado cariño a Vitale; más que cariño, después de tantas semanas viviendo con él.

¿Cómo era posible que le hubiera parecido que estaban hechos el uno para el otro, cuando era evidente que no era verdad?, ¿ella, la hija de un ama de llaves y él, un príncipe? ¿Continuaría Vitale con la apuesta? Supuso que ya no querría que la vieran en público con él, que no lo relacionaran con una mujer cuyo embarazo sería

visible al cabo de unos meses.

Cuando el doctor había pronunciado la palabra «mellizos», pareció que Vitale se había convertido en una estatua de granito. Ella casi lo había oído decir que un hijo ya era suficiente para lidiar con él.

Se dio cuenta de que se estaba poniendo muy nerviosa y que no iba a poder calmarse. Al final, se quedó dormida de puro cansancio.

A la mañana siguiente, tuvo que ir corriendo al cuarto de baño a causa de unas horribles náuseas, que la dejaron para el arrastre. Se lavó la cara, se miró al espejo y pensó que tenía un tono de piel levemente verdoso que no resultaba en absoluto atractivo. Los senos, embutidos en un sujetador que se le había quedado pequeño, no ayudaban a mejorar su imagen, se dijo sintiéndose muy desgraciada mientras se ponía unos vaqueros y una camiseta de colores vivos, con la esperanza de tener un aspecto más luminoso y menos emocionalmente vulnerable.

Bajó lentamente al piso inferior. Vitale apareció en la puerta del comedor.

–Ven a desayunar conmigo –propuso en un tono odiosamente distante.

–Yo tampoco quería que sucediera esto –dijo ella en tono defensivo al pasar a su lado, evitando mirarlo.

–Eso ya lo sé.

Ella alzó la cabeza bruscamente y lo miró.

–¿Ah, sí?

Los ojos de él brillaron de ira.

–Sí, pero eso no cambia la situación

Ella supuso que era cierto. Él creía que no era culpable, pero, de algún modo, ella seguía sintiendo responsable. Y probablemente lo era, si pensaba en las instrucciones que no había leído porque, por aquel entonces, su acción anticonceptiva no era algo que le preocupara ni que necesitara.

Había supuesto que estaba protegida, cuando no era así, y él había supuesto lo mismo. De todos modos, ¿qué más daba ya? Él tenía razón: la falta de intención no cambiaba nada.

Agarró un plato para servirse tostadas y mantequilla. Como tenía el estómago revuelto, no le apetecía nada más sólido.

–¿No deberías comer algo más?

–Tengo náuseas. Por eso fui al médico –dijo ella, un poco tensa porque Jenkins les estaba sirviendo té y café. Vitale no hizo caso de su presencia.

Cuando el mayordomo hubo cerrado la puerta, Vitale la miró y

dijo:

–Tenemos que casarnos inmediatamente.

Jazz lo miró con los ojos como platos, incrédula ante lo que acababa de oír.

–¡Eso es absurdo!

–No, no lo es. Hay un aspecto de este problema que no tienes en cuenta, pero que yo no puedo pasar por alto –explicó él en tono frío–. Los niños serán los herederos del trono de Lerovia. El primero que nazca tendrá preferencia. Si son ilegítimos, no podrán ser herederos, y no quiero que un hijo mío se sienta privado de su derecho de nacimiento porque no me haya casado contigo.

Estaba en lo cierto. Jazz no había tenido en cuenta ese aspecto del problema ni cómo se sentiría el niño cuando creciera y se enterara del futuro que se le había negado. Tragó saliva, pero, de todos modos, dijo:

–Sé razonable, Vitale. No te puedes casar con alguien como yo. Eres un príncipe.

–No creo que tengamos elección. Nos casaremos con mucha discreción en una ceremonia civil y no daremos a conocer la noticia hasta después del baile.

–¿Todavía vas a llevarme al baile? –murmuró ella, sorprendida.

–Si vas a ser mi esposa, ¿por qué no iba a llevarte?

–Pero es que tú no quieres casarte conmigo –apuntó ella con voz temblorosa–. Y, si es así, sería una equivocación para los dos.

Vital la miró con expresión burlona.

–No tenemos que estar casados para siempre, Jazz, solo el tiempo suficiente para que el nacimiento de los niños sea legítimo.

–Ah… –Jazz se puso colorada como un tomate. Se sentía ridícula por no haberse dado cuenta de la evidente cláusula de salida en su sorprendente afirmación de que debían casarse. Vitale no se refería a un matrimonio normal, por supuesto, sino que proponía un matrimonio temporal, por el bien de los niños, seguido de un divorcio, una relación que sería tan falsa como el papel que le había preparado como su pareja en el baile.

–Y hay una ventaja añadida para mí –añadió Vitale–. Tendré el heredero que mi madre tanto ansía y dejará de presionarme para que me case por segunda vez.

Jazz había ido perdiendo el color a medida que asimilaba las ramificaciones de lo que le proponía, pero el orgullo la obligó a esbozar una sonrisa forzada.

–Así que, todos contentos –concluyó con voz tensa.

«Todos menos yo», se dijo con tristeza al verse obligada a

escuchar que él quería casarse para más tarde librarse de ella, después de haberse aprovechado de su no intencionado embarazo. Se estaba dando cuenta de que había un aspecto de Vitale que odiaba: la vena fría y calculadora que lo impulsaba en momentos de crisis y que a ella le helaba la sangre en las venas.

Le parecía como si le hubiera clavado un puñal en el corazón. En las semanas anteriores, ella le había tomado afecto, pero él no la correspondía. Para Vitale, era el medio de conseguir un fin, una amante conveniente, no alguien a quien valorara de forma más permanente. Y ahora planeaba sacar el máximo partido de una mala situación y casarse para legitimar a los niños que ella llevaba en su vientre, lo cual lo beneficiaría tanto a él como a los niños.

Sin embargo, Jazz no obtendría beneficio alguno por convertirse en su esposa temporal. Verse expuesta a la cruel indiferencia de Vitale solo la haría sufrir. ¿Y cómo sería entrar a formar parte de la familia real? Las mujeres corrientes como ella no se casaban con príncipes. ¿Cómo demonios iba a elevarse para llegar a al altura de un miembro de la familia real?

Por otra parte, ¿qué alternativa le quedaba? No podía permitirse el lujo de negarse a lo que, indudablemente, era la proposición de matrimonio menos romántica que podía hacer un hombre. ¿Cómo iba ella a negar a los gemelos el derecho a convertirse en miembros aceptados de la familia real de Lerovia? Eso sería muy egoísta por su parte: protegerse en vez de asegurar el futuro de sus hijos.

Y se daba cuenta de que Vitale no dudaba en absoluto que ella aceptaría la proposición. Le entraron ganas de tirarle un plato a la cabeza. Que, durante años, lo hubieran estado persiguiendo cazadoras de títulos no le había hecho ningún favor a su ego. Era obvio que creía ser un magnífico partido, aunque fuera de forma temporal.

Los ojos verdes de Jazz brillaban de ira. Él era rico, guapo y tenía un título. Era excelente en la cama y le había regalado una bola de nieve. Pero ¿qué más podía ofrecerle? Nada de sensibilidad, desde luego.

–Nos casaremos dentro de unos días –dijo él.

La miró expectante, como si esperara que se pusiera a dar saltos de alegría o, como mínimo, que emitiera un grito de emoción. Cenicienta tenía a su príncipe azul, se dijo ella con enfado. Él ni siquiera le había preguntado si quería casarse porque lo había dado por sentado. ¿Y por qué no iba a hacerlo? El matrimonio probablemente no duraría más de dieciocho meses y, después, él recuperaría la libertad y se libraría de la hija del ama de llaves.

–Mis hijos vivirán conmigo –afirmó ella en tono combativo, por si él acariciaba otra idea–. Los criaré yo.

Vitale se encogió de hombros. Era la viva imagen de la despreocupación.

–Desde luego. Creo que tienes clase ahora.

Jazz lo miró, sorprendida.

–¿Voy a seguir con las clases?

–Por supuesto. Al menos durante cierto tiempo, tendrás que aparecer en público como mi esposa. El embarazo, sin embargo, nos facilitará una excusa para dejar de hacerlo –observó él con tranquilidad.

–Verdaderamente lo tienes todo pensado –Jazz se levantó y salió de la habitación sin volver a mirarlo.

Vitale, frustrado, apretó los dientes hasta que le rechinaron. ¡No entendería a las mujeres aunque viviera cien años! ¿Qué le pasaba ahora? ¿Por qué estaba enfurruñada? Jazz no se enfurruñaba. Nunca estaba de mal humor, y eso le gustaba. Entonces, ¿cuál era el problema?

Durante una larga noche de insomnio, había hallado lo positivo de aquel embrollo y se había quedado satisfecho con la solución que había encontrado. ¿Por qué no estaba Jazz encantada? Estaba dispuesto a casarse con ella, a hacer algo que había evitado a toda costa, por el bien de los mellizos y de ella. Aunque, pensó esbozando una sonrisa, era cierto que él también salía ganando con aquel acuerdo.

Tener a Jazz en su cama de forma oficial sería una ganancia personal, una especie de compensación por el dolor y el sacrificio de encadenarse, con solo veintiocho años, a una mujer a la que su madre despreciaría por su baja extracción social. Sintió crecer la ira en su interior. ¿Qué más podía hacer en sus circunstancias?

Tres días después, en la mañana de la boda de Jazz, el sol entraba a raudales por la ventana del salón, pero ella no se sentía en absoluto como una novia. Después de haberles hecho jurar que guardarían el secreto, su madre y su tía acudirían a la ceremonia. No obstante, que Vitale no le hubiera pedido conocer a su familia antes de la boda ponía de relieve, para ella, lo falsa que sería. Angel y su esposa, Merry, serían los testigos.

En los tres días anteriores, Jazz había ido de compras con una tarjeta de crédito que le había dado Vitale. Había comprado sujetadores nuevos y un vestido de color blanco crudo con una chaqueta a juego. Pero no habían sido unos días felices.

Peggy, su madre, se había quedado deshecha al saber que Jazz

se había quedado embarazada de Vitale. Fueron necesarios los esfuerzos combinados de su hija y su hermana para convencerla de que no debía considerar el embarazo de Jazz una catástrofe, puesto que Vitale iba a casarse con ella. Naturalmente, Jazz no les había explicado que un matrimonio «para siempre» no entraba en los planes de Vitale.

De momento, ese era su secreto, un asunto personal, pensó compungida, pero fingir, por el bien de su familia, que a Vitale le importaba lo suficiente como para querer casarse con ella le impedía dormir.

Las náuseas habían empeorado y cuando, la segunda noche, Vitale había entrado en su habitación y la había encontrado vomitando en el cuarto de baño, había pedido a su amigo Giulio que fuera a verla. El señor Verratti le dijo que el exceso de náuseas era probablemente el resultado de estar embarazada de gemelos, la previno del peligro de deshidratarse y le recetó un medicamento para que las náuseas le disminuyeran.

Ninguna de tales experiencias había levantado el ánimo de Jazz ni eliminado la terrible sensación de estar atrapada en una difícil situación sobre la cual no tenía control alguno.

–¿Cómo te encuentras? –fue lo primero que le preguntó Vitale cuando se reunieron frente al ayuntamiento, porque Peggy Dickens había suplicado a su hija que pasara la última noche en casa, en el piso de su tía, lo que había supuesto, fuera o no tradicional, que Jazz hubiera dormido muy poco en el incómodo sofá, después de haber disfrutado del lujo de una cama para ella sola durante semanas.

–Bien –mintió por educación, antes de volverse a saludar a Angel, que sonreía y que le presentó a su esposa. Merry resultó ser muy simpática y afectuosa.

Sin embargo, Jazz se sonrojó porque dedujo, por la mirada detenida que le lanzó Angel, que sabía que estaba embarazada. Se sintió humillada y se preguntó si la esposa de Angel era tan amable porque se compadecía de ella.

–Tenía que haberte dicho que estás fantástica con ese color –dijo Vitale apresuradamente, como si se hubiera dado cuenta demasiado tarde de que eso era lo que se esperaba que dijera el novio, más que preguntar por su estado de salud.

No debía de estar tan fantástica, pensó ella con amargura, cuando él no había tenido ganas ni de darle un beso desde que le había anunciado el embarazo. Pero Vitale, enseñado desde niño a decir lo correcto en el momento oportuno, no siempre podía

librarse de ese condicionamiento. Ella esperaba que, a partir de entonces, la tratara con cortesía y distancia excesivas, como la llevaba tratando desde que le había dado la noticia del embarazo. Y a Jazz le dolía, le dolía mucho más de lo que hubiera creído soportar esa nueva actitud fría y severa hacia ella. Parecía que Vitale estuviera actuando con el piloto automático puesto y que ella fuera una desconocida, ya que la intimidad entre ambos había desaparecido.

Ojalá pudiera ella hacer desaparecer su reacción ante él con la misma facilidad, pensó con tristeza mientras contemplaba a Vitale charlando con Angel y su esposa. Vitale era un hombre increíblemente guapo que le despertaba espirales de deseo en la pelvis, lo que hizo que, incómoda, desviara la mirada. Su cuerpo seguía estremeciéndose y cosquilleándole de entusiasmo sensual en su presencia, lo cual la avergonzaba y la hacía anhelar la indiferencia que él parecía haber conseguido con tanta facilidad.

La ceremonia nupcial fue corta y no especialmente agradable. Por deferencia a los invitados, Jazz mantuvo una sonrisa forzada y examinó el anillo de platino que se había probado la mañana anterior. También pensaba en el acuerdo prematrimonial que había firmado una hora después de haberse probado el anillo. El documento especificaba un acuerdo de divorcio y cuándo podría ver Vitale a sus hijos, aún no nacidos. Leerlo hasta el final había sido un revulsivo. Vitale había pensado en todo lo que pudiera suceder en su matrimonio temporal y había tomado todas las precauciones imaginables, por lo que no era de extrañar que ella no se sintiera en absoluto como una novia.

–Dale tiempo –le susurró Angel antes de marcharse con su esposa, después de una comida extremadamente formal en un hotel de lujo con la familia de Jazz–. Está emocionalmente atrofiado.

Vitale subió con su esposa a la limusina que iba a llevarlos al aeropuerto para viajar a Italia, donde pasarían el fin de semana que precedía al baile.

–Se me hace muy raro ver a Angel así con una mujer.

–¿Así cómo? –preguntó Jazz.

–¡Perdidamente enamorado! –Vitale hizo una mueca–. ¿No te has fijado en que no dejaba de tocarla ni de mirarla?

–Me he fijado en que parecen muy felices.

–Empezaron como nosotros. Merry tuvo a la hija de Angel el año pasado y, al principio, Angel no quiso saber nada de ninguna de las dos. Y ahora, míralos –dijo Vitale en tono incrédulo–. Ya están pensando en tener otro hijo, según me ha dicho él.

Jazz se animó: era una historia estimulante.

–¡Imagínate! –comentó ella.

–No me gustaría sentirme así.

–¿Por qué? –preguntó ella con valentía.

Se hizo un silencio, y Jazz pensó que era una pregunta muy personal y que él no iba a contestarla.

Pero Vitale hizo una mueca y dijo:

–Una vez vi llorar a mi padre. Yo era muy pequeño, pero me impresionó mucho. Me explicó que ya no seguiría viviendo con mi madre y conmigo. Se habían separado. En aquel momento, no entendí, en realidad, lo que me decía. Fue más tarde. No sé por qué se divorciaron, pero no creo que tuviera que ver con algo que hubiera hecho mi padre. Estaba destrozado.

Jazz se estremeció, pero siguió interrogándolo.

–¿No le preguntaste por qué se habían separado?

–Nunca he querido hacerlo. Tengo miedo de trastornarlo. Es un hombre muy emotivo.

Pero Jazz estaba pensando en cuando era un niño y vio a su padre destrozado por la pérdida de una mujer. ¿Presenciarlo lo había disuadido de enamorarse? Al fin y al cabo, ya tenía una madre que, sin lugar a dudas, había dañado cu capacidad de confiar en las mujeres. Al haber sido testigo del dolor de Charles, Vitale debía haber intentado protegerse para no sentir mucho cariño por una mujer. A fin de cuentas, la primera mujer por la que había sentido apego, su madre, lo había rechazado.

–Debiera haber invitado a mi padre hoy. Se sentirá dolido por haberse visto excluido, pero no quería que se viera mezclado en el aprieto en que nos hallamos –añadió él.

Esa era la recompensa por meter la nariz donde no la llamaban, se dijo Jazz con tristeza. Vitale sabía que su matrimonio no duraría mucho, por lo que había excluido a su padre.

–¿Le has contado a Angel la verdad? –preguntó ella, aunque ya creía saber la respuesta.

–Sí –le confirmó él en voz baja–. No tengo secretos para él.

–Salvo la apuesta –le recordó ella.

De forma desconcertante, Vitale se echo a reír ante el recordatorio.

–Me pareció muy inmaduro intentar ganar a Zac. No sé qué me paso ese día en el despacho de mi padre ni el día que le contaste a Angel lo de la apuesta. Estaba de muy mal humor.

En los días siguientes al encuentro con Angel en casa de Vitale, Jazz había comenzado a sospechar que Vitale se había enfadado

porque había malinterpretado su amistosa conversación con su hermano mayor y había creído que estaba flirteando con él, olvidándose de que, cuando eran niños, Angel había sido tan compañero de juegos suyo como él. Había pensado, incluso deseado, que Vitale estuviera celoso. Ahora ya sabía que no, pensó con ironía.

De mal humor, Jazz se montó en un jet privado por primera vez y se quedó asombrada por su opulento interior y lo espacioso de la cabina.

–En el otro extremo hay un dormitorio en que puedes descansar –dijo Vitale mientras abría el ordenador portátil, con la clara intención de ponerse a trabajar.

–Creo que voy a hacerlo –respondió ella con aspereza, pues era evidente que él esperaba que lo dejara en paz.

Se quitó los zapatos y la chaqueta y se tumbó en la cómoda cama. Durmió como un tronco. Vitale recordó que era el día de su boda cuando le avisaron de que el avión estaba a punto de aterrizar. Fue a la habitación a despertar a Jazz.

Parecía tan pequeña y frágil allí tumbada que se quedó perplejo, ya que siempre le había parecido muy vital, aunque no era así desde que se había quedado embarazada. Eso lo había cambiado todo para ambos, además de afectar la salud de ella. Giulio le había aconsejado que tuviera mucho cuidado porque un embarazo múltiple era más peligroso y tenía más probabilidades de acabar en aborto. Todo el cuidado sería poco para su esposa y sus hijos, uno de los cuales heredaría el trono.

–¡Maldito embarazo! –exclamó para sí con amargura al ver lo pálida y delgada que estaba. Le había afectado al apetito y al estado de ánimo. Ya nada era igual y echaba de menos la vivacidad y espontaneidad de Jazz.

Esta se despertó sobresaltada y halló a Vitale inclinado sobre ella mirándola sombríamente con sus maravillosos ojos oscuros. Rápidamente, ella se apartó y se sentó en la cama.

–Estamos a punto de aterrizar. Tienes que levantarte.

–Debía de estar más cansada de lo que me parecía –masculló ella en tono de disculpa mientras se preguntaba si él siquiera habría notado su ausencia.

Capítulo 7

UN miembro del equipo de seguridad de Vitale tomó, con el todoterreno, la última curva de la carretera, según le aseguró Vitale a Jazz, que estaba mareada. Tenían que estar parando cada poco para que no vomitara. Se sentía como una niña pesada, y cuanto más educadamente se portaba Vitale, más exasperado creía ella que estaba.

¡Menuda luna de miel la esperaba! Había asegurado a su familia que se iban de viaje de novios, aunque los acontecimientos habían conspirado para que solo tuvieran un fin de semana en Italia, antes de que se celebrara el baile real en Lerovia. Iba a ser una luna de miel infernal, pensó desconsolada.

El coche tomó un sendero bordeado de árboles, al final de cual había la casa más hermosa que Jazz había visto en su vida. No era tan grande como se esperaba ni tampoco extravagante. Se trataba de una casa de campo de dos pisos construida con piedra de color ocre, que había adoptado una tonalidad más oscura debido a la espectacular puesta de sol. No estaba rodeada de un jardín convencional, sino de un prado lleno de flores silvestres y un bosquecillo de frondosos árboles.

–Es preciosa –dijo ella, diciendo, casi por primera vez desde que se había bajado del avión, algo que no fuera una disculpa porque volvía a encontrarse mal.

Vitale bajó del coche y le abrió la puerta con una sonrisa radiante que la desconcertó.

–Pensé que no te gustaría –reconoció–. No es tan lujosa como la casa de Londres o el palacio. Más bien es una casa para hacer una escapada.

–De todos modos, será mucho más lujosa que aquello a lo que estoy acostumbrada –apuntó Jazz, aliviada al ver que él volvía a comportarse como un ser humano en vez de cómo un témpano de hielo.

Vitale le puso la mano suavemente en la espalda y la condujo al vestíbulo, de baldosas de terracota. Jazz se separó de él para mirar por las puertas abiertas. Notó que los muebles eran sencillos, sin adornos ni dorados, lo cual hizo que se relajara aún más y que sonriera cuando él la llamó para presentarla a una mujer bajita llamada Agnella, que se ocupaba de la casa. Jazz se quedó de piedra cuando la mujer le hizo una reverencia como si fuera de la realeza.

–¿Por qué ha hecho eso? –preguntó a Vitale mientras subían por la escalera de roble, siguiendo al conductor, que cargaba con el equipaje.

–Porque eres mi esposa y una princesa, aunque me parece que todavía no te sientes así. Me temo que tendrás que hacer una reverencia a mi madre cada vez que la veas porque insiste mucho en la etiqueta de la corte. Cuando yo sea rey, para lo que todavía falta mucho, modernizaré las costumbres y habrá muchas menos reverencias. Por desgracia, a la reina le gustan mucho.

–¿Ah, sí? –preguntó ella, perpleja ante su repentina locuacidad.

–Sí. La monarquía de Lerovia no puede describirse como una de las menos convencionales –reconoció Vitale con pesar–. La vida en el palacio es muy parecida a como debía de ser hace doscientos años.

Jazz hizo una mueca.

–No voy a decir que esté deseando conocerla. ¿Cómo va a reaccionar tu madre cuando me vea? –preguntó en tono ansioso.

–Muy mal –le contestó él sin miramientos–. Mi intención es irle dando la noticia poco a poco, por tu bien. Irás al baile como mi prometida.

–¿Como tu prometida? –repitió ella, sorprendida. ¿Cómo va a ser eso por mi bien?

–Es muy probable que mi madre comience a despotricar como una histérica. Puede resultar muy ofensiva. No quiero arriesgarme a que monte una escena en el baile y estoy decidido a que no te avergüence. Después del baile, le diré que ya estamos casados, pero sin que estés presente. Ten por seguro que, pase lo que pase, seré yo quien me enfrente a la reina.

Ella se limitó a inclinar la cabeza ante la inquietante información sobre la bienvenida que podía esperar de su madre y entró en un dormitorio, grande y hermoso, con vigas en el techo, suelo de madera y una antigua chimenea en un extremo. En el centro, se hallaba una cama con sábanas de lino que se apoyaba en una pared de piedra, y en el poyete de la ventana había un precioso ramo de lilas blancas.

–Me encanta esta casa. ¿Te imaginas la chimenea encendida en invierno? Se pueden poner un par de butacas y usar esa cómoda que hay pegada a la pared como mesa de centro.

Vitale parpadeó, perplejo, y observó su animado rostro.

–¡Qué buena idea! –dijo, aunque en su vida había pensado sobre muebles ni decoración–. Podríamos ir a comprar las butacas.

–¿Sí? –su animación disminuyó un poco y se preguntó por qué seguía parloteando como si él fuera verdaderamente su esposo, y la casa de campo, su casa. Se puso colorada de vergüenza–. No me hagas caso, es una tontería –concluyó al tiempo que se quitaba los zapatos y se sentaba al borde de la cama porque estaba agotada por el estrés y las preocupaciones.

–Buscaremos las butacas. Contraté a un diseñador para que pusiera lo básico y no he añadido nada –observó Vitale, dispuesto a mantener la conversación, aunque para ello tuviera que hablar de muebles.

No soportaba ver a Jazz tan triste, y su interés por la casa había mejorado su estado de ánimo sensiblemente, por primera vez ese día. Teniendo en cuenta que era el día de su boda, Vitale se sintió muy culpable.

–No he tenido tiempo de pensar en los detalles finales, pero te agradeceré cualquier consejo.

–Seguro que puedes contratar a otro diseñador de interiores –dijo Jazz recordando lo rico que era y sintiéndose aún más estúpida.

–Prefiero que lo hagas tú –afirmó Vitale, cada vez más frustrado, al ver que la expresión de su rostro se había vuelto a ensombrecer, como si se hubiera apagado la luz–. No lo harás de forma ostentosa.

Jazz estuvo de acuerdo.

–Claro que no. Carezco de experiencia de lo que es ostentoso, así que no podría hacerlo así.

Él observó que volvía a tener los hombros caídos y se acercó a ella.

–¿Te gustaría ponerte tu anillo de compromiso? –preguntó con brusquedad.

–¿Mi qué?

Deseoso de utilizar cualquier distracción que se le presentara, Vitale se saco del bolsillo una cajita y la abrió. Su experiencia le indicaba que a las mujeres les encantaban las joyas. Aunque, mientras le tendía el anillo de esmeraldas y diamantes, recordó, demasiado tarde, que Jazz había sido reacia a aceptar objetos básicos, como un reloj de oro o unos sencillos aretes, también de oro.

–Precioso –dijo ella, con el rostro inexpresivo.

Vitale apretó los dientes con obstinada determinación. Le levantó la lánguida mano y le puso el anillo en el dedo junto a la alianza matrimonial.

–¿Qué te parece? –se vio obligado a preguntarle al ver que ella no decía nada, incluso después de haber retirado la mano.

–Estupendo –respondió ella obedientemente, porque sabía que era lo que Vitale esperaba que dijera.

–Es tuyo. ¡No voy a pedirte que me lo devuelvas! –le espetó él, impaciente, mientras se preguntaba si ese era el problema–. Cuándo nos separemos, todo lo que te haya regalado será tuyo.

En vez de sentirse consolada, Jazz se estremeció y se levantó repentinamente, con las mejillas arreboladas.

–¿No es precioso que me digas eso el día de nuestra boda? –preguntó ella en tono de censura–. Claro que no ha sido verdaderamente el día de nuestra boda, ¿no es así?

Desconcertado por su agresividad, Vitale la miró con sorpresa.

–Pues a mí me ha parecido muy real.

–¡No lo ha sido! ¿Crees que corría el peligro de olvidarlo ni un solo segundo? ¡No te preocupes! No se me ha olvidado ni un solo momento. No he llevado un vestido de novia. No me has tocado desde que te dije que estaba embarazada. ¡Ni siquiera has besado a la novia! Sé que todo es mentira, como esta estúpida alianza matrimonial, la ceremonia y, ahora, este anillo de compromiso, aún más estúpido. No quieres estar comprometido ni casado conmigo. ¿Creías que eso iba a pasarme desapercibido? –le preguntó llena de ira y a voz en grito.

–No quería comprometerme ni casarme con nadie –reconoció Vitale en voz baja mientras intentaba adivinar sobre qué discutían–. Pero, si tuviera que hacerlo, tú serías, sin lugar a dudas, mi primera elección.

–Me siento mucho mejor al saberlo –dijo ella en un tono tan sarcástico que incluso Vitale lo captó.

Inmediatamente, Vitale lamentó haber reconocido que no había querido comprometerse ni casarse con nadie. ¿Era cierto? Había estado observando a Jazz a lo largo del día y se había sentido sorprendentemente relajado con su nueva relación. Pero era evidente que no haber besado a la novia había sido un fallo garrafal, aunque a él no le gustaba hacer esa clase de cosas delante de otras personas.

–Lo he dicho para halagarte.

–Pues entérate: no ha funcionado –Jazz agarró una maleta del

conjunto de su equipaje de diseño y la lanzó sobre la cama.

–¡Estás embarazada y no debes levantar peso! –le recriminó Vitale

Jazz no le hizo caso y sacó la mitad del contenido de la maleta hasta encontrar una bata.

–Más vale que haya una bañera en la que pueda darme un baño –masculló mientras cruzaba el dormitorio y llegaba a la puerta entreabierta del cuarto de baño. Comprobó que la había y recordó que no llevaba los artículos de tocador.

Furiosa, volvió sobre sus pasos, miró el equipaje y se dio cuenta de que faltaba el neceser, por lo que salió de la habitación y bajó las escaleras para ver si se había quedado en el coche.

Vitale soltó el aire que había estado reteniendo. Estaba totalmente perdido. Todo iba mal. Había sido demasiado sincero con ella. No debiera haberle hablado de la separación ni de que podía quedarse con las joyas. Angel le había dicho que las mujeres eran sentimentales y sensibles. De repente, el acuerdo prematrimonial que le había hecho firmar se le presentó como un tremendo error de juicio.

Debía dar un vuelco a las cosas, pero no tenía idea de cómo hacerlo. Intentó concentrarse en el abrumador reto, por primera vez en su vida, de tener que complacer a una mujer.

El baño, pensó, y se dijo que ya lo tenía: lo mucho que le gustaba bañarse a Jazz. Agarró las flores que había en el poyete de la ventana y entró con paso decidido en el cuarto de baño, como si fuera a cumplir una misión.

Acalorada, sudando y muy enfadada por haber tenido que buscar al chófer e interrumpirlo mientras cenaba para recuperar el neceser, que se había quedado en el coche, Jazz volvió al dormitorio, que, por suerte, estaba vacío, porque ya estaba harta de Vitale aquel día.

Podía quedarse con las joyas, ¡qué bien! Se alegraría mucho si fuera una cazafortunas, pero, por desgracia, no lo era. Quería quedarse con él, no con las joyas. Ese pensamiento la destrozó y la humilló, ya que Vitale le había dejado muy claro que no quería quedarse con ella. Se desnudó y se puso la bata.

Al entrar en el cuarto de baño se quedó desconcertada al ver cómo había cambiado. Le habían llenado ya la bañera y habían puesto velas a su alrededor, creando un ambiente relajante. Las lilas despedían un brillo pálido en una de las esquinas. Pétalos de rosa flotaban en el agua.

Jazz parpadeó desconcertada. ¿Había sido Vitale? Se dijo que no

porque era incapaz de hacer esa clase de esfuerzo romántico. Probó el agua, estaba caliente y, encogiéndose de hombros, se quitó la bata y se metió en la bañera.

Vitale abrió la puerta, aliviado al comprobar que no la había cerrado con llave, y le tendió una copa de vino.

Jazz se sobresaltó al verlo y automáticamente se abrazó las rodillas para taparse, adoptando una actitud defensiva.

–¿Qué haces? –le preguntó en tono acusador.

–Intento hacer algo –respondió él en tono seco–. Aunque puede que no se me dé muy bien.

–¿Me has llenado la bañera y has encendido las velas? –preguntó ella mirándolo con los ojos como platos.

Vitale se agachó al lado de la bañera, demasiado cerca para el gusto de Jazz, y miró con sus hermosos ojos el rostro sofocado de ella.

–Eres mi esposa y hoy es el día de nuestra boda. Tienes vómitos y estás triste. ¿Tanto te cuesta creer que intente hacer algo para remediarlo?

Ella entreabrió sus rosados labios, presa de la incertidumbre, y volvió a cerrarlos. Lo miró con expresión de desconcierto.

–No sueles hacer ninguna clase de esfuerzos.

–Las situaciones cambian –reflexionó Vitale. Hablaba como si pronunciar cada palabra le costara un mundo, como si lo estuvieran obligando a reducir su discurso al mínimo

–Supongo que sí –murmuró Jazz al tiempo que aceptaba la copa–. ¿Sabes que no puedo beberme esto?

–No lleva alcohol.

Jazz tomó un sorbo de la deliciosa bebida fría y, de repente, se echó a reír con ganas, sorprendiéndose a sí misma tanto como a él.

–¡Es limonada casera!

–Mis primos vienen a verme de vez en cuando. Tienen hijos y a Agnella le gusta estar preparada. Fue mi niñera cuando era un niño. Mi madre la despidió al llegar a cierta edad porque prefiere que los empleados sean jóvenes, pero Agnella no estaba dispuesta a que la jubilaran. Su esposo y ella me cuidan la casa.

–Cada vez que hablas de tu madre, la idea que me hago de ella empeora –susurró Jazz, porque el cuarto de baño, con las velas que proyectaban sombras en las paredes de piedra, era tan inquietantemente íntimo como la proximidad de Vitale.

Este se encogió de hombros sin decir nada. Se había quitado la chaqueta y la corbata, pero no se había desabrochado el botón del cuello de la camisa. Jazz, sin siquiera pensarlo, extendió la mano y

lo hizo, abriéndole el cuello para descubrir su garganta fuerte y morena.

–Así pareces más relajado –dijo ella sonrojándose levemente por lo que había hecho–. Todo ha cambiado, Vitale.

–Sí, pero estamos juntos en esto –le recordó él con vehemencia.

–Evidentemente. Pero no sé hacia dónde vamos.

–No tenemos que cambiar –aseguró él con firmeza–. Podemos seguir exactamente igual que estábamos en Londres.

–Me parece que no –afirmó ella mientras el corazón se le aceleraba de pánico por lo vulnerable que la haría continuar como si no supiera que su felicidad tenía los días contados, que iba a terminar. Debía protegerse, ser razonable y mirar hacia el futuro. Seguir igual que antes le parecía muy peligroso–. Quiero decir que, desde que te anuncié que estaba embarazada, te apartaste de mí como si tuviera la peste bubónica.

–Giulio me advirtió que debía tener cuidado contigo.

–¿Giulio? ¿El señor Verrati? ¿Te dijo que no me tocaras?, ¿que no podíamos tener relaciones sexuales?

Vitale frunció el ceño.

–No, solo que tuviera cuidado. Era tan evidente que estabas cansada y que no te encontrabas bien que respeté la advertencia y te dejé en paz –reconoció él–. No quería ser egoísta y desconsiderado. Me educaron para pensar primero en mí, en las relaciones, por lo que debo tener más cuidado que la mayoría para evitar esa forma de comportarme.

Se lo dijo con tanta seriedad que Jazz se conmovió. Vitale sabía cuáles eran sus defectos, se esforzaba en controlarlos, no se fiaba de sus sentidos para interpretar las situaciones y no intentaba explicar su comportamiento; se limitaba a intentar evitar las consecuencias de una acción equivocada.

Era un enfoque muy rudimentario de las relaciones que, casi son toda seguridad, creaba malentendidos. Jazz examinó la expresión grave de sus hermosas facciones y le acarició el rostro. Se le notaba ya la barba, que le pinchó la punta de los dedos.

–Si te vas a acostar conmigo, tienes que afeitarte –dijo ella en voz baja. Sabía que no podía luchar contra lo que sentía en aquel momento, contra el deseo de volver a estar con él que crecía en su interior.

En aquel momento, Vitale era suyo. Tal vez no lo tuviera más que algunos instantes pasajeros como aquel, pero ¿significaba eso que no debería tener a Vitale en absoluto? Sabía que sufriría cuando aquello acabara, pero, ¿por qué no ser feliz mientras pudiera?

Vitale la miró desconcertado, lo que dio a entender a Jazz que, por una vez, el sexo no era su objetivo. Ella le dedicó una sonrisa radiante, llena del femenino poder de haberlo sorprendido.

–Muy bien, *bellezza mia* –Vitale se incorporó y esbozó una sonrisa encantadora que a ella le encogió el estómago–. Voy a afeitarme.

Y se fue a hacerlo, aunque ella no sabía adónde. Se estiró en la bañera iluminada por la luz de las velas, presa de confusos sentimientos. Él también la había sorprendido. Vitale era tan conservador y educado que solía ser difícil vislumbrar lo que había debajo: un hombre al que le preocupaba la problemática relación de ambos lo suficiente como para prepararle un baño y ponerle flores y velas. Solo era un detalle, como el de la bola de nieve, pero le mostraba la otra cara de Vitale, esa que él intentaba ocultar y reprimir por todos los medios, su lado sensible y afectuoso.

Jazz se dijo con firmeza que eso podía ser suficiente para ella, podía bastarle para arriesgarse a quererlo, aunque no fuera a durar eternamente. No todos vivían felices y comían perdices.

Él había dicho que lo estaba intentando; ella podía intentarlo también. No era nada vergonzoso, se dijo mientras apagaba las velas de un soplido. Se secó con una toalla antes de volver desnuda al dormitorio vacío y meterse en la cama. La fresca sensación de las sábanas de lino era deliciosa.

Vitale volvió, cerró la puerta y la contempló tumbada en la cama, con los rizos esparcidos por la almohada como un vibrante estandarte. El deseo lo invadió con una ferocidad que seguía molestándolo. Su lema era la moderación en todo, pero nada había de moderado ni de práctico en su deseo de Jazz. Era una necesidad que se apoderaba de él en determinados momentos del día, incluso aunque ella no estuviera presente; una especie de ansia que había crecido en su interior sigilosamente al enterarse de que estaba embarazada, lo cual, pensaba, hubiera debido aniquilar su deseo por ella, no haberlo alimentado.

Sin embargo, ahora ni siquiera tenía que reflexionar sobre esa contradicción, se dijo con intensa satisfacción. Habían llegado a un acuerdo, no sabía cómo ni necesitaba saberlo. No era importante; que el acuerdo existiera le bastaba.

–Jazz… –dijo con voz ronca, de pie al lado de la cama, mientras se quitaba la camisa a tirones.

Jazz se sentó en la cama.

–Ven aquí –le pidió ella suspirando–. Te acabas de arrancar un botón.

Él se sentó en el borde de la cama y ella le desabotonó la camisa, mientras sus pequeños senos de puntas rosadas se desplazaban, ante su mirada fascinada, con cada movimiento. Se quitó la camisa y los pantalones, y siguió con los zapatos y los calcetines mientras se preguntaba cómo un hombre podía sentirse tan impaciente por una mujer como para olvidarse de cómo desnudarse.

Jazz volvió a tumbarse.

–¿Por qué sonríes? –preguntó él.

–Estás guapísimo –contestó ella con sinceridad al tiempo que admiraba su cuerpo largo, delgado y musculoso, y, sobre todo, la potente prueba de su deseo de ella.

Vitale sintió que le ardía la cara. Ninguna mujer le había dicho eso. No fomentaba esa familiaridad en el dormitorio, pero eso no cohibía a Jazz, que decía exactamente lo que le apetecía. Había algo maravillosamente liberador en saberlo. Desconocía lo que era, pero conseguía hacer desaparecer el estrés del largo día y la incómoda conversación telefónica que acababa de tener con su padre.

«¿Que te has casado con Jazz?», había dicho Charles. «A tu madre le va a dar un ataque».

Pero a Vitale le daba igual en ese momento mientras levantaba a Jazz para que sus bocas se encontraran. El deseo de él la recorrió como una llamada para que se despertara, y todas sus células revivieron con la pasión masculina. Y ella se deleitó al ser consciente del deseo masculino porque apaciguaba otros desprecios e inseguridades.

Nadie la había deseado como lo hacía Vitale. Era cierto que no le había dado la oportunidad a ningún otro hombre, pero la pasión de Vitale la hacía sentirse irresistible. La sensual boca masculina devoraba la suya mientras ella comenzaba a sentir la calidez del deseo extendiéndose por su interior.

Las manos de él la acariciaron, aquellas manos expertas, y le pellizcaron suavemente los hinchados pezones, lo que le provocó un calor entre sus esbeltos muslos que la hizo gemir, ya que todo su cuerpo estaba increíblemente sensibilizado, increíblemente impaciente, en exceso, pensó avergonzada, al tiempo que se retorcía con sus caricias. Arqueó la espalda cuando él comenzó a utilizar la boca para trazar un torturante recorrido descendente por su cuerpo.

–¡No pares! –exclamó sin poder evitarlo, moviendo las caderas hasta que él se las sujetó con firmeza para inmovilizarla y que soportara el ataque de sus sensuales caricias.

–*Per l'amor di Dio* –gimió Vitale contra su carne, donde el deseo

era para ella insoportable–. Si hubiera sabido que me darías semejante bienvenida, no hubiera guardado las distancias.

–Son las hormonas del embarazo, nada más –dijo ella con voz entrecortada.

–Probablemente, las hormonas de un embarazo múltiple –se burló él con ojos risueños–. Ese detalle, *bellezza mia*, no se mencionaba en la web que leí sobre el tema.

–Puede que sea yo –masculló ella, incómoda, y con el rostro ardiendo.

–Es fascinante saber que una parte de mí está ahí dentro –afirmó él poniéndole la mano en el vientre y abriendo los dedos–. Me siento como si verdaderamente me pertenecieras… Es extraño –añadió para sí.

–Todo es extraño porque es nuevo para nosotros –reflexionó Jazz acariciándole el negro cabello–. Yo aún no me lo creo.

Vitale la acarició con la punta del dedo y ella echó la cabeza hacia atrás y se quedó sin habla por una inesperada oleada de sensaciones tan intensa que le temblaron las piernas. Él agachó la cabeza y utilizó la punta de la lengua, y el cuerpo de ella se retorció mientras sonidos de placer salían de su boca sin que lo pudiera evitar. Y no hubo más conversación porque ella se vio atrapada por la implacable necesidad de alcanzar el clímax. Esa necesidad la dominaba y el deseo rugía en su interior como una hambrienta tempestad que anhelaba más. Gritó, maravillada, cuando él le dio más y su cuerpo alcanzó un clímax imparable.

–En la cama, eres un sueño hecho realidad –susurró ella, estremeciéndose todavía con las oleadas finales de placer.

–A mí me pasa lo mismo contigo –reconoció él mientras se tendía sobre ella y se abría camino en la carne tierna que había preparado para que lo acogiera–. Nunca había tenido tan buen sexo.

Se hundió en ella para luego retirarse con un ritmo tan antiguo como las olas del mar. La excitación se apoderó de ella mientras lo aferraba con los músculos y lanzaba gritos ahogados. Ella se estremeció de anticipación cuando él aceleró el ritmo, removiendo cada célula de su ser y conduciéndola más arriba con cada embestida, hasta llevarla al borde del abismo y a una gloriosa liberación. Ella lo observó alcanzar la misma satisfacción mientras se estremecía sobre ella, con su delgado y musculoso cuerpo tenso, húmedo y hermosamente viril al elevarse en el último momento y esforzarse en no aplastarla con su peso.

–Ahora me siento bien –dijo Vitale con voz ronca mientras se separaba de ella besándola en la frente.

–Me alegro mucho –observó ella riéndose.

–Puedes abrazarme, si quieres. Me he acostumbrado –aseguró él con arrogancia.

Jazz puso los ojos en blanco. Ahí estaba de nuevo siendo indulgente con ella, pero sin tomar parte activa. Le había enseñado a soportar sus abrazos, pero eso a ella no le bastaba. Necesitaba que él la estrechara en sus brazos, pero no iba a hacerlo.

Al mismo tiempo, ella no podía ser un regalo que no dejaba de entregarse una y otra vez. Esas muestras de afecto, se dijo con firmeza, desde aquel momento iban a escasear.

–¿Te pasa algo? –preguntó él en voz baja inclinándose sobre ella y mirándola.

–No –Jazz se desperezó lentamente y sonrió–. Tengo hambre.

–Agnella nos ha preparado la cena.

–¿Ya está lista? ¿Por qué no me lo habías dicho?

–No pasa nada. Le he dicho que estabas dándote un baño –explicó Vitale con la despreocupación de un hombre acostumbrado a que sus empleados trabajaran en función de su horario, no del de ellos.

–¿Y hace cuánto de eso? –gimió ella al tiempo que se levantaba y se dirigía al cuarto de baño a toda velocidad–. Deberíamos ser más considerados, Vitale.

–Es nuestra noche de bodas –le recordó él mientras se metía en la espaciosa ducha con ella–. Hoy es diferente.

–No me mojes el cabello –lo previno Jazz al verlo orientar el cabezal–. Tarda siglos en secárseme.

Vitale soltó una carcajada y la observó lavarse a toda prisa y salir de la ducha.

–No sé si lo sabes, pero hay otros pasatiempos de los que se puede disfrutar en la ducha –comentó él en tono divertido.

–Vamos a bajar a cenar –dijo Jazz antes de salir del cuarto de baño para rebuscar entre el montón de prendas que había sacado antes de la maleta algo cómodo que ponerse.

La cena se sirvió en una de las terrazas. Un candelabro de plata iluminaba con una luz suave la mesa, exquisitamente dispuesta.

Les sirvieron el primer plato y Jazz lo atacó con apetito, consciente de que Vitale la observaba.

–¿Qué? –acabó preguntándole, irritada.

–Me gusta que disfrutes de la comida. Muchas mujeres no lo hacen.

–No, porque existe la creencia de que es un pecado que una mujer tenga una sano apetito y que es más femenino que se limite a

picotear la comida –dijo ella mientras observaba y copiaba lo que él hacía con el panecillo, pues seguía aprendiendo los pequeños detalles que debía conocer antes de presentarse a la cena de gala que precedería al baile. Le asustaba la idea de hacer algo que pudiera avergonzarlo en público.

–Supongo que, cuando éramos niños, mis modales en la mesa te dejarían horrorizado –comentó, incómoda.

–No. Eras de hábitos delicados. Sin embargo, debo confesarte que envidiaba tu libertad. Hacías y decías lo que te daba la gana, igual que Angel –afirmó él, compungido– Yo solo podía permitirme ese lujo en aquellas vacaciones. Mi infancia en el palacio no fue en absoluto normal. Mi madre esperaba que tuviera los modales y la forma de pensar de un adulto desde muy pequeño.

–No quiero que nuestros hijos se críen así –le espetó Jazz.

Vitale se recostó en la silla.

–En ese sentido, estamos totalmente de acuerdo. Quiero que tengan una infancia normal y feliz, sin miedo a tener que ser perfectos para que los quieran.

–¿Prefieres que sean dos niños, dos niñas o uno de cada? –preguntó ella con curiosidad.

–No tengo preferencias. Voy a ser totalmente sincero contigo –Vitale la miró con sus ojos oscuros llenos de cautela–. Nunca he querido tener hijos, pero aceptaba que debería tener al menos uno para que accediera al trono. Tú ya me has hecho cumplir ese requisito, así que ahora puedo relajarme, ya que he cumplido con mi deber.

«Así que, ahora, soy un vientre de alquiler», reflexionó Jazz esforzándose en no tomárselo de manera demasiado personal. Él le había dicho la verdad y ella tenía que respetarlo por haberlo hecho.

Por tanto, ¿Vitale se había limitado a cumplir con su deber porque nunca había querido tener hijos? Eso le preocupó. Que le hubiera preparado el baño la había conmovido y revitalizado, pero su franco reconocimiento de no haber querido tener hijos volvió a alterarla. Muy bien, Vitale hacía lo que podía en aquella situación, pero, como la mujer que estaba desempeñando el papel estelar y de la que él se estaba valiendo, se sentía humillada y totalmente insignificante en el grandioso plan de vida del príncipe Vitale Castiglione.

Capítulo 8

JAZZ no estaba preparada para el montón de periodistas y fotógrafos que esperaban la llegada de ambos en el aeropuerto de Leburg, capital de Lerovia. La llegada de ella con Vitale había despertado un enorme interés. No le sorprendió que él le pidiera que se quitara la alianza matrimonial antes de aterrizar. Entre el aluvión de preguntas hechas a voz en grito, el flash de las fotografías y las miradas directas, le pareció que se había perdido en un mundo totalmente distinto del suyo.

–La prensa sabe lo del baile y no hay duda de que mi madre, que no tiene pelos en la lengua, habrá explicado que el propósito del mismo es que encuentre esposa –dijo Vitale en tono seco cuando por fin se encontraron tranquilos en la limusina de cristales tintados y con un banderita de Lerovia en el capó–. Así que, como es natural, mi llegada a Leburg con una mujer ha sido fuente de muchas especulaciones.

–Pero ¿no has traído a otras mujeres aquí? –preguntó Jazz, aún conmocionada por su primer encuentro con la prensa.

–Eres la primera. Mis relaciones siempre han sido discretas –explicó Vitale de mala gana–. A diferencia de Angel, no soy un playboy internacional y, hasta hoy, los paparazis nunca me han molestado.

–¿Alguien ha preguntado por el anillo de compromiso?

–Ha habido varias preguntas, unas en italiano y otras en alemán. Por eso te lo regalé.

–No, me lo regalaste cuando lo hiciste porque yo estaba muerta de miedo y quisiste distraerme –dijo ella en tono irónico–. Aunque no dudo que planearas que llegara aquí luciéndolo.

A ella le gustaba decir la última palabra. A su madre también. Sin embargo, cuando Jazz lo hacía, no le molestaba tanto, aunque su capacidad para adivinar sus motivos le inquietaba y le ponía tenso. Y ya lo estaba de antemano. Detestaba los conflictos con la

reina Sofia porque era difícil enfrentarse a ella cuando se veía obligado a ofrecer a su agresora el respeto debido a su reina. No era una batalla justa.

Jazz se sintió aliviada por haberse puesto un vestido y una chaqueta elegantes para llegar a Lerovia y haberse recogido el cabello en una trenza, ya que suelto podía parecer alborotado. Se había fijado en que Vitale, según se acercaban a su país de nacimiento, se ponía cada vez más sombrío. ¿Odiaba vivir en Lerovia o solamente le afectaban los problemas que tenía con su madre, la reina?

Miró la ciudad por la ventanilla. Parecía poseer unos edificios que podían rivalizar con los de Dubái. Era una ciudad europea desarrollada y ultramoderna, un paraíso fiscal cuyos habitantes eran muy ricos, según había leído en Internet. Además, el hombre con el que se había casado, el padre de los gemelos, sería el heredero del trono, pero también era el consejero delegado del Banco de Lerovia.

Vitale no le había contado nada de eso, pero, como no se explayaba mucho al hablar de sí mismo, no la ofendían sus omisiones. En cualquier caso, era capaz de hacer sola los deberes con respecto al país donde viviría en un futuro inmediato. El italiano, el alemán y el inglés estaban muy extendidos en Lerovia, y muchos residentes eran de otros países.

La familia real llevaba gobernando el país desde el siglo XIII, lo que a ella la había desconcertado porque suponía que la familia Castiglione no era tan antigua. La familia, que solo constaba de la madre y el hijo, vivía en el castillo Ilrovia, un pintoresco edificio blanco con muchas torrecillas, situado en las colinas que rodeaban la ciudad.

Jazz miró a Vitale y sintió la necesidad de tomarlo de la mano.

–No estás solo en esto –le recordó en voz baja–. Nos hemos casado por el bien de los niños. Estoy tan implicada como tú.

–No, no lo estás. No voy a permitir que mi madre te desprecie. La reina es una cruz con la que yo debo cargar –dijo él en tono seco y soltándose de su mano–. En cualquier caso, estás embarazada y no debes alterarte por ningún motivo.

–¡Tonterías! –exclamó Jazz poniéndose tensa, con el orgullo y el corazón heridos porque él se había soltado inmediatamente de su mano. Apretó los dientes y se dijo que debía ser paciente y no esperar que cambiara de la noche a la mañana.

Pero, aun así, Vitale se había comportado de manera muy distinta durante el fin de semana en Italia. Se había relajado y no se había mostrado reservado, frío ni impersonal, como era la norma

cuando estaba en público o con desconocidos. El cambio de actitud se había producido al aterrizar en Lerovia, lo cual lo decía todo, pensó ella con tristeza. Se daba cuenta de que pronto conocería a su pérfida suegra y de que carecía totalmente de defensas para enfrentarse a ella.

Al fin y al cabo, ella era la hija de una humilde ama de llaves y no tenía importantes antepasados, aunque estaba un poco mejor educada académicamente que dichos antepasados, pero aún sin la sanción oficial de un título, a pesar de que casi había terminado sus estudios.

Para colmo, estaba embarazada. No reunía los requisitos para formar parte del mundo de Vitale. Para decirlo francamente, y Clodagh lo había hecho, se había casado por encima de sus posibilidades y Vitale por debajo de las suyas. Sin embargo, ella era lo que era y estaba muy contenta, pero era razonable esperar que la reina de Lerovia se llevara un disgusto tremendo ante la elección de su hijo.

El coche entró por un arco medieval de piedra guardado por soldados que presentaron armas a la llegada de Vitale. Jazz se esforzó en no dejarse intimidar por el enorme vestíbulo, espléndidamente amueblado con brillantes arañas de cristal y muebles dorados. Vitale giró inmediatamente a la izquierda para subir por unas escaleras.

–Tengo aposentos privados en el castillo. La reina vive en la otra ala y en el piso de abajo se celebran los acontecimientos oficiales y las fiestas –dijo Vitale desde las escaleras.

–¿Te das cuenta de que es la única información que me has dado sobre Lerovia? –preguntó ella en tono seco.

Vitale se detuvo en el descansillo. Sus ojos denotaban que estaba claramente molesto por la observación.

–No te preocupes –le aseguró ella–. Internet ha compensado la omisión. Me he enterado de lo básico. Es interesante. No sabía que tu familia llevaba gobernando durante tantas generaciones ni que los homosexuales todavía tienen sus derechos restringidos.

Él apretó los dientes.

–La reina no tolera nada que vaya contra las enseñanzas de la Iglesia. Por desgracia, el monarca de Lerovia sigue teniendo derecho de veto sobre las leyes aprobadas por el Parlamento. No bromeaba al decirte que aquí vivíamos en el pasado.

–Algún día podrás cambiarlo –apuntó ella mientras Vitale la conducía por una puerta que daba a un pasillo sorprendentemente contemporáneo en comparación con la teatral decoración de la

planta baja.

–Falta mucho para eso –afirmó él, convencido–. La reina no renunciará al poder de forma voluntaria.

Jazz deambuló por su nueva casa, seguida de dos de los empleados domésticos de Vitale: Adelheid, el ama de llaves, y Olivero, el mayordomo. Ambos hablaban un excelente inglés. Jazz sabía que el ala que habitaba Vitale había sido originalmente la guardería, dedicada a su educación y totalmente aislada del ala de su madre. Era evidente que la reina no era muy maternal, reconoció ella, mientras se decía que no consentiría que sus hijos se alojaran a tanta distancia de ella ni que fuera únicamente el servicio el que se encargara de cuidarlos. Cuantas más cosas conocía de la triste infancia de Vitale, mejor lo entendía.

El nuevo hogar constaba de tres pisos. Unos escalones conducían desde el gran salón a los jardines. Jazz ahogaba bostezos cuando, por fin, el recorrido oficial llegó al dormitorio principal, decorado en tonos verdes y grises. Le presentaron a su doncella, Carmela, que ya estaba deshaciendo el equipaje para llenar el vestidor. Una doncella, su propia doncella, pensó estupefacta.

Vitale entró cuando se hubo ido la doncella y halló a Jazz tumbada en la cama. Se había quitado la chaqueta y los zapatos.

–Creo que voy a echarme una siesta antes de prepararme para el baile. Tengo mucho sueño –dijo ella sosteniéndose sobre los codos. Se había deshecho la trenza y el cabello le caía sobre un hombro.

Vitale la examinó con masculina apreciación y un deseo del que ella fue consciente de forma inmediata. Los ojos oscuros le brillaban de forma abrasadora mientras sopesaba las posibilidades. Y algo se despertó en la parte inferior del cuerpo de ella, un impulso primario, el mismo deseo.

–Te dejo sola –dijo él.

–No –contestó ella mientras lo agarraba de la manga de la camisa–. No estoy tan cansada.

Vitale esbozó una sonrisa deslumbrante y se inclinó para besarla mientras le introducía las manos en el cabello. La excitación se apoderó de ella como un relámpago. De repente, se abrió la puerta. Vitale la soltó inmediatamente y Jazz se sentó en la cama, sofocada de vergüenza.

Miró a la mujer que se había metido en el dormitorio sin siquiera llamar a la puerta. Y, aún peor, un grupo de personas los miraban desde el pasillo con los ojos muy abiertos.

–Cierra la puerta, Vitale –murmuró Jazz mirando a la furiosa mujer rubia, vestida con un traje azul y un collar de perlas, que se

hallaba a unos metros de ella–. No necesitamos tener espectadores para esto.

–Yo creo que sí, así que deja la puerta abierta, Vitale –ordenó la reina Sofia–. Quiero que haya espectadores que vean cómo se echa del palacio a esta prostituta pelirroja.

Vitale cerró la puerta y se volvió hacia su madre.

–No voy a tolerar esta grosera intromisión ni tampoco semejante maltrato.

–¡Tolerarás lo que te diga que toleres porque soy tu reina! –proclamó su madre con glacial contundencia–. Quiero que esta mujer se vaya. Me da igual cómo lo hagas, pero tiene que estar solucionado antes del baile de esta noche.

–Si mi prometida se marcha, me iré con ella –la desafió Vitale.

–¡Ni se te ocurra! –chilló ella, pasando del hielo a una ardiente furia.

Jazz, mientras reprimía el impulso de taparse los oídos, pensó que era una mujer que no controlaba el volumen de su voz. La reina le espetó algo a Vitale en italiano y dio comienzo la batalla, aunque Jazz no tenía ni idea de lo que se decían. La madre de Vitale parecía concentrarse en hacerlo callar a gritos, en tanto que este hablaba en un tono frío y cortante, que Jazz nunca le había oído emplear antes, y con total control de sí mismo.

–Jazz será mi pareja en el baile –afirmó Vitale en inglés–. Nada de lo que digas o hagas lo impedirá.

–Es la hija de una criada… Ah, sí… ¡Lo he averiguado todo sobre ti! –le espetó a Jazz, con sus ojos azules llenos de veneno.

Jazz se levantó de la cama e, inmediatamente, se sintió más fuerte.

–No eres nada ni nadie y no sé qué hace mi hijo contigo porque debería conocer mejor que nadie cuál es su deber.

–Como me recuerdas a menudo, mi deber es casarme y tener un hijo –intervino Vitale–. Jazz es la mujer a la que he elegido.

–¡No la acepto, así que tiene que irse! –la reina arrojó la carpeta que tenía agarrada con fuerza a la cama, al lado de Jazz–. Echa in vistazo a las candidatas. No puedes competir con ninguna. No tienes antepasados ilustres ni educación ni ninguna de las cualidades especiales necesarias para igualar la posición de mi hijo.

–Vete –dijo Vitale en voz baja y fría al tiempo que la agarraba del brazo para conducirla a la puerta–. Ya has dicho lo que querías y no voy a consentir que maltrates a Jazz.

–¡Si la llevas al baile, no la saludaré! –amenazó la reina Sofia–. ¡Y haré que vuestra vida sea un infierno!

–Supongo que Vitale está más que acostumbrado a que usted convierta su vida en un infierno –intervino Jazz en tono dulce y con la cabeza alta, mientras la reina la miraba incrédula, como si un mueble se hubiese adelantado y se hubiera atrevido a dirigirse a ella–. Y mientras Vitale esté a mi lado, a mí tampoco me intimidarán sus amenazas.

–¿Vas a dejar que esta intrusa hable a tu reina de ese modo? –preguntó su madre, llena de furia, a Vitale.

En respuesta, este le lanzó un airado discurso en inglés mientras sus mejillas se coloreaban. Su madre trató de callarlo a gritos, pero él alzó la mano con autoridad para hacerla callar y prosiguió en el mismo tono.

–No vas a volver a insultar a mi prometida nunca más ni a entrar por la fuerza en mis aposentos privados. Ya no soy un niño, sino una persona adulta. No puedes acosarme ni faltarme al respeto. Puede que otros te toleren ese comportamiento, pero yo no. Ten cuidado, mamá, mucho cuidado, porque tus planes para el futuro pueden frustrase con facilidad. Tu insolencia es intolerable y, si continúa, me iré del palacio y de Lerovia –concluyó en tono duro–. No voy a vivir en un sitio donde se maltrate a mi prometida.

La reina había palidecido y parecía haberse encogido. Abrió la boca pero volvió a cerrarla de inmediato, visiblemente afectada por la amenaza de Vitale de marcharse del país. Cuando hubo salido del dormitorio, Vitale cerró la puerta con fuerza.

Durante unos instantes, el silencio fue absoluto. Jazz estaba conmovida por su vigorosa forma de defenderla, pero no le convencía que no hubiera dicho la verdad a su madre inmediatamente.

–Debieras haberle dicho que ya te has casado –dijo ella con tristeza–. ¿Para qué esperar a darle la noticia cuando ya se hallaba en ese estado de agitación?

–Yo trato a mi madre a mi manera –contraatacó Vitale con sequedad–. No interfieras y le des más excusas para atacarte.

–¡Hay muchas formas de conseguir lo que uno quiere! –replicó ella, resuelta a defenderse del mejor modo posible–. Pide, por favor, que me traigan las maletas.

Vitale se quedó petrificado.

–¿Para qué las quieres?

–Porque si tu madre va a entrar en nuestra habitación cuando le apetezca, no voy a quedarme –dijo Jazz sin rodeos.

–*Dannazione!* –exclamó él con los puños cerrados–. Ya has oído lo que le he dicho.

–Solo he visto a una mujer madura enrabietada y lanzando insultos a gritos con aparente impunidad. Ser de sangre real, ser la reina, no disculpa ese comportamiento.

Vitale apretó los dientes y se pasó la mano por el negro cabello.

–Estoy de acuerdo, pero la he amenazado con marcharme del país si vuelve a interferir, lo cual la ha dejado en estado de shock,

–Pide las maletas –repitió Jazz, negándose a escucharlo–. Podríamos haber estado en la cama cuando tu madre ha entrado y le habría dado igual.

En un gesto provocador, Vitale apoyó sus anchos hombros en la puerta.

–No puedes marcharte. No voy a dejar que lo hagas.

–Si no puedes protegerme en tu propia casa, me marcho.

–Tendrás que pasar por encima de mi cadáver –murmuró Vitale con ojos desafiantes–. Te protegeré.

En realidad, Jazz estaba más enfadada por su obstinada negativa a seguir su consejo.

–Sigo pensando que debes decirle ahora a la reina que estamos casados, que estoy embarazada y que nuestra unión es temporal – afirmó con convicción.

–¡No sabes lo que dices! –Vitale notó que comenzaba a perder los estribos

Jazz echó la cabeza hacia atrás al darse cuenta del brillo airado que iluminaba su mirada, pero no se asustó.

–Por supuesto que no lo sé. No me cuentas nada. Todo es muy privado y personal, así que no lo compartes conmigo. ¡Atesoras secretos como el avaro el dinero! –le reprochó ella.

–¡No seas ridícula! –exclamó él para acallarla.

Pero ella no estaba de humor para callarse.

–No has tenido problemas para decirme que sería tu esposa solo hasta que nacieran los gemelos, así que no entiendo por qué te obstinas en no decírselo a tu madre. Al fin y al cabo, es indudable que la entusiasmará saber que no voy a quedarme.

Al haberle recordado las condiciones que él mismo había establecido, las delgadas y fuertes facciones de Vitale adoptaron una expresión pétrea mientras, en su interior, aumentaba la ira, que intentaba controlar.

–No hagas chistes malos sobre nuestra situación. No me hacen ninguna gracia.

Los verdes ojos de Jazz adoptaron un brillo esmeralda de ira ante su fría seguridad en sí mismo porque, si había algo que detestaba, era que la usara contra ella. Sin embargo, se había

sentido orgullosa cuando la había dirigido contra su madre.

–¿Ah, no? ¡Pues a mí no me hace ninguna gracia que una desconocida entré en el dormitorio matrimonial cuando estamos en la cama! ¡Tu madre forma parte de esa realeza que me despierta simpatía por la república! Nunca olvidaré que me ha llamado prostituta ni se lo perdonaré, incluso aunque se disculpe.

–La reina no se disculpa, así que estás a salvo de esa posibilidad –dijo él en tono desdeñoso–. Ahora, cálmate y vamos a comer.

–¡No me digas que me calme! –replicó ella, airada–. Gritaré si me apetece.

–Estás embarazada, por lo que debes estar tranquila.

–¡Eso no es una excusa para hacerme callar!

Vitale la sorprendió acercándose a ella y levantándola del suelo sin previo aviso para sentarla en medio de la cama de la que se acababa de levantar.

–Es la única excusa que necesito. La comida esperará hasta que hayas descansado.

–¿Te parece que estoy de humor para descansar?

–No, pero sabes que es sensato y que debes pensar en ellos – Vitale la alteró aún más al ponerle la mano en el vientre–. No podemos correr el riesgo de que tengas un aborto por un exceso de excitación o por esforzarte demasiado cuando ya estás agotada y estresada. El baile de esta noche te fatigará aún más –le recordó él en tono sombrío.

Jazz había palidecido. Cerró los ojos tratando de controlarse, pero seguía estando tan enfadada con él que tuvo que esforzarse enormemente para reprimir las palabras vengativas que le burbujeaban en la boca. Volvió a abrir los ojos y lo miró desafiante.

–Sin duda, un aborto te vendría muy bien…

Vitale se quedó petrificado, con un rictus de dureza en la boca y los ojos llenos de reproches.

–¡No se te ocurra decirme eso! ¡También son mis hijos y quiero que nazcan, por inconveniente que sea el momento! ¡Por muchos problemas que su concepción nos haya causado!

Jazz se había quedado inmóvil. La sinceridad de su mirada y su tono había conseguido que la ira que sentía se apagara.

–Creí que no querías tener hijos.

–Yo también lo creía, pero me emociona la idea de tenerlos ahora –reconoció él de mala gana.

De repente, una sensación de paz eliminó los últimos restos de la ira de Jazz. La avergonzaba lo que esta le había hecho decir, pero también la tranquilizaba tener la primera prueba de que Vitale

quería tener a los gemelos, con independencia de la situación en que ellos dos se hallaban.

Con el paso del tiempo, él también había ajustado su actitud y había suavizado su punto de vista. Volvió a cerrar los ojos, exhausta por lo temprano que se había levantado, el viaje y todo lo que había sucedido desde la llegada al palacio. A pesar de estar sana y en forma, el cansancio que le provocaba el embarazo la estaba llevando al límite. La idea del baile inminente hizo que reprimiera un gemido.

Vitale la observó con el ceño fruncido diciéndose que ella había perdido los estribos, el control, y que no sabía lo que decía. ¿No era por eso por lo que él intentaba controlarse? No obstante, durante la escena con su madre, una realidad se le había impuesto: su mujer y sus hijos eran lo primero, porque dependían de él.

Su madre, en cambio, estaba rodeada de personas que la apoyaban: subordinados que la halagaban y parásitos llenos de ambición, por no hablar de su dama de honor, la condesa Cinzia, que nunca contradecía a la reina.

Jazz se removió en la cama cuando entró una doncella con una bandeja. Se sentó en la cama, sobresaltada, y parpadeó rápidamente mientras se preguntaba qué tenía debajo de las caderas. Su mano encontró la carpeta que había tirado la reina.

–Gracias –dijo a la doncella–. Comeré en la mesa.

Dejó la carpeta en la mesa que había al lado de la ventana. Carmela la informó de que la estilista llegaría al cabo de media hora. Jazz tomó el tenedor y el cuchillo, pero luego los dejó para abrir la carpeta.

Capítulo 9

PERO si esto era de tu abuela, es que pertenece a la realeza. ¿Cómo voy a llevarlo yo? –protestó Jazz sosteniendo la delicada tiara de diamantes que brillaba como un círculo de estrellas entre sus dedos.

–Eres mi esposa y mi abuela me dejó en herencia sus joyas para que las llevara mi esposa –explicó Vitale–. Si no te parece motivo suficiente, piensa en la rabia que sentirá mi madre cuando te vea con la fabulosa tiara de su madre.

Los verdes ojos de Jazz brillaron divertidos ante sus palabras. Se sentó frente al tocador para que Vitale se la pusiera. Sacó con cuidado los pendientes y el collar del mismo estuche y se obligó a sonreír negándose a pensar en lo que había leído en aquella espantosa carpeta esa misma tarde.

Debía tener seguridad en sí misma para acudir el baile y estaba decidida a aparentar que pertenecía a aquel brillante evento solo por Vitale. La posibilidad de realizar algo que estuviera socialmente mal visto, estando cerca su madre, la horrorizaba.

–Estás preciosa –musitó Vitale cuando ella volvió a levantarse, una delgada silueta embutida en un vestido verde lleno de brillantes lentejuelas. De escote alto, le dejaba la espalda al descubierto y ganaba vuelo a partir de las caderas, hasta los pies calzados con zapatos de tacón.

–¿Lo suficiente como para ganar tu apuesta?

Vitale, vestido con un elegante esmoquin de diseño y estrechos pantalones negros, le contestó subiendo el tono de voz.

–Sabes que la apuesta me da exactamente lo mismo. La acepté por un impulso estúpido del que me arrepiento.

Jazz sonrió. La generosa curva de su carnosa boca estaba realzada por un tono rosado de carmín, y Vitale se inclinó hacia delante con los ojos brillantes.

–No –dijo ella escuetamente–. Si supieras lo que ha tardado la

estilista en maquillarme, ni siquiera pensarías en besarme.

Vitale se echó a reír, sorprendiéndose a sí mismo casi tanto como a ella. La risa aligeró la tensión de su rostro.

–Me haces bien.

Pero de ningún modo tanto como Carlotta, Elena, Luciana y las demás posibles esposas, le susurró una vocecita rebelde a Jazz en algún lugar su interior, donde más daño le había hecho el contenido de la carpeta al disminuirle la autoestima y hacer que casi se avergonzara de la humildad de su familia. Dejó de prestar atención a la voz y respiró hondo, antes de decir a Vitale que estaba lista para salir.

El personal femenino se había reunido para verle el vestido. Jazz sonrió, satisfecha de que lo aprobaran, segura de haber elegido bien al no haber escogido el aburrido vestido negro por el que Vitale se hubiera inclinado. Tuvo una rápida visión de su reflejo en el espejo del vestíbulo y a duras penas reconoció aquella deslumbrante figura.

Con la mano de Vitale en la espalda, entraron en un amplio salón de la planta baja, donde se estaban sirviendo las bebidas previas a la cena. Hermosos cuadros de paisajes de Lerovia se alineaban en las paredes. Camareros de chaqueta blanca servían las copas bajo la brillante luz de las arañas de cristal que titilaban sobre sus cabezas.

Angel y Merry se dirigieron hacia ellos y Jazz se sintió muy aliviada al ver dos rostros conocidos.

–Es un vestido magnífico –le susurró Merry.

–El tuyo también –contestó ella mientras admiraba los complejos bordados que cubrían el vestido de su cuñada–. Vitale no me había dicho que veníais.

–Vitale está en otro planeta cuando la abeja reina se halla cerca –observó Angel en tono seco–. Una cosa que aprenderás de Charles es que no eligió bien a nuestras madres.

–Pero Charles es tan encantador que lo compensa –intervino Merry para romper el incómodo silencio que se había creado, ya que Jazz no se hubiera atrevido a decir ni una sola palabra de crítica sobre la reina, por miedo a que ella la oyera y avergonzara a Vitale.

–Sí –Jazz asintió mientras Angel y Vitale se alejaban para hablar.

Hubo un cambio de tarjetas en la mesa para estar seguros de que se sentarían con Angel y Merry. Jazz comió el primer plato con apetito esforzándose en no mirar a la reina, que presidía una mesa

excesivamente larga.

–¿Por qué no ha venido Zac? –preguntó Jazz–. Esperaba conocerlo.

–Estará en el baile. No le gustan las comidas formales –explicó Angel–. Detesta cualquier tipo de restricción.

–Entonces, no se parece en nada a Vitale. Es interesante –musitó Jazz, a quien le despertaba la curiosidad el tercer hermano. Ya se había dado cuenta de que, aunque Vitale no se lo había dicho, no parecía que su hermano brasileño le cayera muy bien.

Una hora después, Jazz se dedicó a identificar a las mujeres del salón de baile por las fotos de la carpeta de la reina Sofia, a las «esposas adecuadas», como las denominaba esta. Ninguna de las seis candidatas tenía un rostro corriente ni era pelirroja; todas eran de alta cuna, algunas poseían un título, todas hablaban más de una lengua, habían estudiado en la universidad y habían realizado un montón de obras sociales. Ninguna habría necesitado recibir clases de cómo utilizar los cubiertos, dirigirse a un embajador o hacer una reverencia ante un monarca.

Al terminar de mirar la maldita carpeta, Jazz se había sentido tremendamente inadecuada para alguien como Vitale. También se había sentido avergonzada por que le hubiera contrariado de forma instintiva la certeza de Vitale de que su matrimonio solo podía ser temporal.

Claro que él no querría que siguiera a su lado cuando carecía de los requisitos para ser la esposa de un miembro de la realeza. Era obvio que desearía una esposa que cumpliera todas las condiciones que daba por sentadas. Los iguales funcionaban mejor, incluso en la naturaleza. Eso no significaba que ella fuera inferior al hombre con el que se había casado, se dijo con pesar, sino que eran muy distintos.

–Zac anda por ahí, pero no lo encuentro –dijo Vitale en voz baja e impaciente mientras le ponía la mano en la espalda y salían al vestíbulo, donde los invitados se habían reunido en grupos y otra legión de camareros con bandejas les servía bebidas.

Un hombre mayor los interceptó y le pidió a Vitale que le presentara a su prometida.

–Te presento a Jazz.

–¿Es la abreviatura de…?

–Jazmine –contestó ella sonriendo, porque era la primera vez que se lo preguntaban–. Al inscribirme en el registro, mi padre lo escribió con «z» en vez de con «s», y así me convertí en Jazz.

–Un periodista, buen amigo mío, me ha dicho que os conocéis

desde niños –dijo el hombre con expresión risueña–. Seguro que tu madre está muy desilusionada –afirmó con satisfacción dirigiéndose a Vitale, antes de marcharse.

–¿Quién es?

–El hermanastro de mi madre, el príncipe Eduardo.

–¿Tu tío? –preguntó ella, sorprendida.

–Mi madre no le permitió vivir aquí cuando la coronaron. Siempre se había comportado como si fuera hija única, negándose a no ser el centro de atención.

Jazz se estaba fijando en un hombre que salía de una habitación que daba al vestíbulo estirándose el esmoquin y pasándose la mano por el largo cabello negro. Sus ojos claros brillaban bajo las luces.

–¿Es ese Zac? –preguntó de repente al reconocer el parecido.

Dos mujeres que soltaban risitas, una rubia y otra morena, con los vestidos arrugados, salieron de la misma habitación siguiendo al hombre.

–Sí, es Zac –confirmó Vitale con evidente desagrado–. Me preguntó qué habrá sido de su pareja mientras estaba ahí dentro.

Unos segundos después, el propio Zac le dio la respuesta.

–Bueno, está claro que has ganado. Jazz es maravillosa y yo he venido solo –dijo con una carismática sonrisa de aceptación–. Mi coche ya es tuyo.

Mientras los hermanos charlaban, Jazz se alejó de ellos. Su suegra hablaba con un grupo de gente al otro extremo del vestíbulo, por lo que evitó dirigirse hacia allí.

Vitale se reunió con ella y le pasó el brazo por la cintura. Ella sonrió.

–Así que has ganado.

–Estaba seguro de que Zac perdería. Ahora me siento un poco culpable –dijo Vitale en voz baja–. Pero, de todos modos, esta noche estás siendo un ejemplo de autocontrol, por lo que me siento orgulloso de estar contigo.

Jazz lo miró sorprendida.

Vitale suspiró.

–Tenía que decírtelo. Siento que mi hermano pequeño te lo haya dicho antes.

–¿Quiénes eran las mujeres que con las que estaba Zac?

–¿Señoritas serviciales? –sugirió Vitale.

–No te erijas en juez de los demás. Puede que no haya pasado nada entre Zac y ellas.

–Las dos forman parte del personal de mi madre. Y no me siento muy caritativo –reconoció él con ironía–. En cualquier caso, Zac es

un jugador que tiene la moralidad de un gato callejero.

Al darse cuenta de que Vitale estaba juzgando tanto a su hermano como a sus acompañantes, Jazz estuvo a punto de reírse. Se preguntó si alguna vez a Vitale le había molestado su incapacidad de comportarse de la misma forma. Seguro que sí, pensó. Seguro que había envidiado la libertad de sus hermanos. Zac y Angel habían elegido su propio estilo de vida, pero su nacimiento había impuesto a Vitale un marco rígido de lo que podía y no podía hacer, que no había elegido.

–¿Nunca has querido dejar de ser miembro de la realeza? –preguntó Jazz, mientras la conducía a la pista para inaugurar el baile, bajo la mirada gélida de su madre. Pero el salón tenía tanto color que Jazz se quedó embelesada según iban entrando más parejas en la pista. Las mujeres iban vestidas de todos los colores del arcoíris y sus trajes giraban con gracia alrededor de ellas; los hombres estaban muy elegantes con sus esmóquines blancos o negros.

–Muchas veces cuando era un niño; muchas más, de adulto –confesó Vitale, sorprendiéndola por su franqueza–. Pero debo de tener el sentido del deber impreso en el ADN. Aunque a veces lo he pensado, sé que nunca lo haré.

De pronto, Jazz se percató de que la infelicidad que había notado en Vitale, incluso de niño, era genuina, lo cual la apenó.

Pasada la medianoche, poco después de que la reina abandonara majestuosamente el baile, Vitale la acompañó a sus aposentos y ella supo que iba a ir a decirle a su madre que era un hombre casado.

–Si vas a enfrentarte a tu madre –dijo Jazz mientras subían las escaleras–, creo que debería ir contigo.

–No hay motivo para que tengas que soportarla despotricando durante horas. Para empezar, insistirá en que me he casado sin su permiso, lo que hace que la ceremonia sea ilegal. Yo estoy acostumbrado a su histerismo. No me escuchará hasta que se haya tranquilizado. No me esperes despierta.

Al pensar en Vitale, valiente y controlado como un soldado para enfrentarse a la ira de la reina, Jazz cerró los puños de rabia. Había llegado a Lerovia con la mente abierta con respecto a la reina Sofia, pero la escena que esta había montado en el dormitorio la había convencido de que era un monstruo despótico. Y le importaba, claro que le importaba, pensó mientras se preparaba para acostarse y se metía en la cama.

Quería a Vitale. No había emparejado antes las palabras con los sentimientos para protegerse del dolor, pero este vendría tanto si

definía sus emociones como si no. Amaba al hombre que había encendido velas alrededor de la bañera y que la había tenido abrazada toda la noche antes de marcharse a Lerovia. Era tremendamente afectuoso cuando creía que ella dormía, reconoció con ternura, pero precavido a la hora de demostrar el cariño durante el día.

Angel había calificado a su hermano menor de «emocionalmente atrofiado», pero se equivocaba. Vitale presentaba todas las marcas de alguien herido en la infancia. Había aprendido a ocultar las emociones, a reprimir el dolor y la ira hasta el punto de que ya no sabía lo que sentía. Sin embargo, se estaba esforzando mucho en protegerla de su horrible madre, pensó con afecto, antes de que la venciera el sueño.

A la mañana siguiente, le sirvieron el desayuno en la cama. En el móvil había un mensaje de Vitale, en el que le decía que tenía una reunión en el banco y que estaría fuera la mayor parte del día. Desayunó poco esperando las náuseas que solían presentársele por la mañana, pero resultó ser uno de sus buenos días. Se duchó y se vistió sintiéndose normal y saludable, en vez de simplemente embarazada.

Vestida con un sencillo vestido blanco de verano, bajó los peldaños de piedra que conducían al jardín para disfrutar del sol de principios del verano. La puso un poco nerviosa que la siguiera Adelheid, el ama de llaves, que le presentó al hombre vestido de paisano que la acompañaba diciéndole que era su guardaespaldas.

Mientras se esforzaba por olvidar que tenía compañía, Jazz dio un paseo y, después, llamó a su madre para ponerla al día. Se hallaba sentada en un banco, al lado de una fuente ornamental de piedra, cuando se le acercó una joven con una nota en una bandeja de plata.

–Es una invitación a comer de la reina, Alteza –le informó la mujer con una sonrisa radiante.

Jazz se quedó sorprendida por el tratamiento que le había dado y por la explicación. Era evidente que Vitale había hablado con su madre después del baile y que el personal del palacio sabía que era su esposa, no su prometida. De todos modos, Jazz esperaba que la reina reaccionara de forma airada al saber la noticia de que su hijo se había casado con aquella prostituta pelirroja, no que la invitara a comer.

Perpleja, tomó la nota de la bandeja y la abrió tratando de controlar la expresión de su rostro. Había observado que la joven que le había llevado la nota era una de las dos mujeres que estaban

con Zac en la habitación la noche anterior. No obstante, se concentró en la hoja de papel y su elegante caligrafía y accedió a comer con la madre de Vitale, aunque habría preferido negarse.

Era probable que Vitale también lo hubiera deseado, pero ella era mucho más fuerte de lo que su esposo creía. De hecho, si, por una vez, podía darle un respiro a Vitale, aprovecharía, encantada, la oportunidad.

–Querida –dijo la reina Sofia al tiempo que se levantaba para saludarla, como si fuera una buena amiga, en cuanto entró en el imponente comedor con una mesa puesta para dos personas, una sentada frente a la otra.

–Vitale me ha dado la maravillosa noticia.

Y la maravillosa noticia era, según oyó Jazz con incredulidad, que estaba embarazada de gemelos. La reina también salió con aquella vieja historia de tener un heredero y otro de repuesto. Parecía una mujer totalmente distinta a las que había conocido el día anterior, y que no olvidaría. Por desgracia, la impresión no duró.

–Por supuesto, Vitale me ha encargado que organice la boda real –prosiguió la reina.

–¿La boda? –repitió Jazz.

–Aunque ya estéis legalmente casados, por el bien del país y la dignidad de la familia, tiene que haber una ceremonia religiosa en la que se os vea casaros –aclaró la reina Sofia–. ¿No te lo ha explicado mi hijo?

–No –contestó Jazz, intimidada ante la perspectiva de una boda real.

–Supongo que pensarás que son demasiadas molestias para nada, ya que Vitale y tú no estaréis casados mucho tiempo –continuó la reina en un tono de falso pesar que le indicó a Jazz todo lo que necesitaba saber sobre los motivos de que le hubiera dado la bienvenida–. Pero el pueblo espera que haya boda y un día de fiesta para celebrar la longevidad del gobierno de la familia Castiglione.

Jazz contuvo la respiración ante el recordatorio de que, como esposa de Vitale, no disfrutaría de esa longevidad familiar.

–Desde luego –dijo, ya que era evidente que sus deseos no contaban frente a las necesidades de la familia real.

–Es una suerte que Vitale se haya casado contigo tan deprisa y que tu estado aún no se note –añadió la reina en tono alegre.

«Parece que la perspectiva de tener dos nietos ha transformado a la madre de Vitale», pensó Jazz.

–Como es natural, anunciaremos que se celebró una ceremonia

civil en Londres, hace unas semanas –aseguró la reina–. No creo que a estas alturas la gente vaya a ponerse a contar los meses de embarazo, pero contribuirá a lo que mi equipo de relaciones públicas considera la naturaleza romántica de este asunto.

–¿La naturaleza romántica? –exclamó Jazz mientras se preguntaba si iba a reunir el valor necesario para que sus respuestas a la reina contuvieran más de una palabra.

La reina hizo un gesto con la mano.

–Que seas de baja cuna, que conozcas a mi hijo desde la infancia y que él haya decidido casarse por debajo de su clase social –afirmó la reina con evidente desagrado–. Sabemos que esa no es la verdadera historia. Sabemos que tuvo que casarse contigo, pero la gente preferirá la versión romántica, ¡la ridícula idea de que se ha enamorado locamente de ti!

Jazz se había puesto pálida como una muerta y unas gotitas de sudor le perlaban el labio superior. Apenas había probado la comida, pero deseó que le salieran alas para salir volando por la ventana y huir del desprecio de aquella mujer. Tragó saliva mientras le venían náuseas, resuelta a no mostrarse débil ni vulnerable.

Empezó a remover la comida en el plato mientras la reina hablaba de la rapidez con la que se podía organizar la boda y de que le tomarían las medidas inmediatamente para el vestido. Después de comer, la condujeron a otra habitación donde una modista se las tomó. A continuación volvió a sus aposentos sintiéndose tan maltrecha y dolorida como si hubiera peleado con un boxeador.

Ahora comprendía con exactitud por qué la reina de Lerovia estaba dispuesta a convertirla en la estrella de una boda real. Los gemelos serían los herederos de Vitale, lo cual era lo suficientemente importante para la dinastía Castiglione como para contrarrestar los humildes orígenes de la novia.

Jazz intentó entender el punto de vista práctico de su suegra. Vitale podría haberse casado con una mujer estéril o que tuviera problemas para concebir. En lugar de eso, un heredero y su repuesto ya estaban de camino. La reina despreciaba a su nuera por su origen, pero la toleraría porque no se iba a quedar en Lerovia. Vitale le había contado a su madre toda la verdad sobre su matrimonio y ella no entendía por qué se sentía tan dolida y traicionada, cuando ella misma le había pedido que lo hiciera.

Ya no había secretos y era mejor así, se dijo mientras cenaba sola. La reina no volvería a enrabietarse y seguiría el juego para

mantener las apariencias hasta que Vitale y ella se separaran. Todos podían calmarse y estar contentos.

–Tienes una pesadilla… ¡Despierta! –Vitale le sacudió un hombro.

En la oscuridad, Jazz parpadeó rápidamente mientras salía de una pesadilla en que huía de una amenaza en un castillo encantado, notablemente similar a aquel en el que se hallaban.

–Estoy bien –susurró con voz temblorosa–. ¿A qué hora has vuelto?

–A medianoche. Te he fallado al no estar aquí. No esperaba que mi madre te invitara a comer. Le dije que no se metiera en mi vida. ¿A qué demonios juega? –se preguntó él, lleno de furiosa frustración.

–Habla de los gemelos –Jazz suspiro y se acurrucó, soñolienta, al lado de Vitale–. Y de organizar una boda real.

–No deberías haber ido a comer con ella. Deberías haberle dicho que no te encontrabas bien y haber dejado que yo me encargara de todo.

–Me las he arreglado bien –mintió ella.

–No me lo creo –declaró él girándola para dejarla tumbada boca arriba e inclinándose sobre ella. La luz de la luna iluminaba su delgado y hermoso rostro–. Habrá vertido todo su veneno. ¡No me trates como a un estúpido!

–¡Por Dios! –exclamó ella mientras él encendía la luz para lanzarle una mirad acusadora–. Ha sido un poco mala, me ha lanzado algunas pullas… Ya sabes.

–Claro que lo sé –afirmó Vitale apretando los dientes–. He visto muchas veces cómo castiga a quienes la contrarían. ¿Qué te ha dicho?

–Nada que no fuera verdad. Que tuviste que casarte conmigo, lo cual es indiscutible.

Vitale lanzo una sarta de improperios en italiano.

–¿No entiendes que por eso quiero que no te acerques a ella, cueste lo que cueste? No quiero que tengas que soportar su malicia.

–No me importa, de verdad –dijo ella con orgullo–. No voy a vivir aquí para siempre, así que me da igual lo que piense de mí o lo que me diga.

–Pero a mí sí me importa –afirmó él con fiereza mientras pensaba en lo que había aprendido de sí mismo después de haberse obligado a decirle a su madre que el matrimonio no sería

permanente–. Me importa mucho.

–¿Por qué estás de mal humor? –preguntó Jazz acariciándole el pecho y notando lo tenso que estaba y cómo le brillaban los ojos con reflejos dorados.

–Estoy convencido de que eres una bruja, *moglie mia* –gruñó él mientras su boca buscaba apasionadamente la de ella.

Sonriendo para sí, Jazz deslizó la mano como una tentación por su tensa y larga excitación mientras le devolvía el beso con idéntico deseo, lo cual puso fin a aquella incómoda conversación.

Tres semanas después, la reina Sofia se había salido con la suya, pensó Jazz mientras contemplaba a las seis damas de honor colocándole la cola del vestido y el velo, lo cual requería mucha atención debido a su longitud y adornos. Que menos era más era algo que la reina no entendía. No obstante, Jazz había podido elegir lo que prefería entre las opciones que le habían presentado.

La presión de ser la estrella de la boda real le pesaba enormemente, y llevaba varios días sin dormir bien.

El vestido de boda era de cuento de hadas, además de muy elegante. Estaba hecho de tul. El cuerpo tenía un escote palabra de honor y la cintura baja, y estaba adornado con encajes bordados. El borde del escote y la cintura estaban adornados con perlas, cristales y estrás. La falda, elegante y exquisita, brillaba con delicadas aplicaciones de encaje y perlas. El velo le llegaba hasta los pies y era de encaje hecho a mano.

Las damas de honor, sin embargo, eran como una puñalada en el corazón de Jazz. Las candidatas a ser la novia de Vitale, cuya lista estaba en la carpeta que había escondido en el fondo del cajón de la lencería, se habían transformado en sus damas de honor. Así que ella las escudriñaba y las oía charlar esforzándose por adivinar con cuál se casaría Vitale de verdad.

¿Sería con Elena, que no paraba de hablar?, ¿con Carlotta, que, debido a la envidia, no miraba a Jazz?, ¿con Luciana, que o no hablaba inglés o no quería hablar con la novia?, ¿o con una de las otras tres jóvenes, todas hermosas y perfectas?

Sonó la música del órgano de la catedral y Jazz recorrió la nave del brazo del tío de Vitale, el príncipe Eduardo. Su familia estaba presente, pero su madre no había querido exponerse públicamente de aquel modo cuando su hija le había pedido que la acompañara en el recorrido de la nave. Por eso, la reina había vuelto a conseguir lo que quería y era su hermano el que la acompañaba.

A Jazz le preocupaba que la ceremonia fuera religiosa, cuando su matrimonio estaba destinado a acabar en divorcio, pero nadie le había preguntado cómo se sentía por tener que pronunciar los votos en la iglesia, por lo que dedujo que a nadie le interesaban sus escrúpulos morales. No había falsedad en su corazón ni en sus sentimientos, se recordó con decisión mientras se arrodillaba ante el cardenal, vestido con una túnica escarlata.

Vitale eligió ese momento para poner la mano sobre la de ella, lo que la desconcertó. Se volvió a mirar su delgado, moreno y hermoso rostro con el corazón desbocado y los nervios agarrados al estómago. Su sensual boca esbozó una leve sonrisa y ella se preguntó por qué sonreía. Entonces recordó que había cámaras que los enfocaban a los dos, por lo que le devolvió la sonrisa haciendo lo que se esperaba de ella, temerosa de que lo desgraciada que se sentía en su interior se reflejara en el exterior, e igualmente temerosa de no estar haciendo lo correcto.

Vitale volvió a ponerle una alianza en el dedo y tampoco la besó esa vez, ya que no le gustaban las demostraciones públicas de afecto. Salieron de la catedral donde los esperaban montones de cámaras y los gritos de la feliz multitud que se había apiñado en la plaza, detrás de las barreras.

Jazz pensó que era bonito que la gente se alegrara por ellos, en un intento de encontrar algo positivo al asunto, pero muy triste que esa misma gente se sintiera decepcionada cuando su matrimonio terminase.

No echaría de menos ser miembro de la realeza, se dijo mientras subían al carruaje tirado por caballos y Vitale se quejaba de lo incómodo que era desplazarse así. A continuación y de forma imprevista, la agarró de la mano con tanta fuerza que casi le aplastó los dedos y le dijo en italiano:

–*Cosa c'e di sbagliato?* ¿Qué te pasa?

–¡No me pasa nada! –exclamó ella retirando la mano con rapidez.

–Eso es una mentira como la copa de un pino –afirmó él.

Pues tendría que aguantarse, pensó ella. La habían obligado a casarse por segunda vez, públicamente, con las candidatas a sustituirla como futura esposa siguiéndola por la nave como damas de honor. ¿Ni siquiera las había reconocido él? Desde luego que había tenido que mirarlas en algún momento, porque su madre ya se habría encargado de que lo hiciera.

Jazz se sentía muy cansada y enfadada, con las dos alianzas matrimoniales y un esposo que no la quería. Eso no implicaba que

él mantuviera las manos quietas, pensó furiosa. Estaba de muy mal humor. Era cierto que hacía todo eso por sus hijos, pero decidirse a hacerlo había sido mucho más fácil que vivir la experiencia.

Vitale repasó mentalmente todo error u omisión que pudiera haber cometido y reconoció que habían sido innumerables. Le incomodaba ver a Jazz tan callada porque no lo era por naturaleza.

–¿Te ha dicho el médico algo que te preocupa?

–¿Quieres dejar de recordarme que estoy embarazada? –le espetó ella–. ¿Es que no puedo olvidarme ni cinco minutos de que soy una incubadora vestida de novia?

Vitale cerró la boca con fuerza ante sus palabras. Tal vez fueran las hormonas o algo así, pensó. O tal vez volviera a tener náuseas. Abrió los labios para preguntárselo, pero respiró hondo para contenerse, aliviado de que ya se divisara el palacio.

¿Una incubadora vestida de novia? ¿De dónde se había sacado esa imagen? Hablaría con su padre en el banquete. Charles Russell había dejado embarazadas a tres mujeres, por lo que debía de saber algo sobre el embarazo. Jazz parecía muy alterada, y no se alteraba con facilidad. Miró de reojo su rígido perfil y vio, horrorizado, que una lágrima se le deslizaba por la mejilla.

–¿Jazz? –Vitale le acarició los puños con el índice–. ¿Qué puedo hacer?

–Ojalá… –comenzó a decir ella con voz vacilante– nos hubiéramos divorciado ya. Así, todo esto habría pasado y podría recuperar mi vida anterior.

Vitale se quedó petrificado. Su mente de astuto banquero se quedó en blanco ante semejante aspiración.

–No quiero hablar de eso –contestó por fin.

–Es una pena –afirmó ella apretando los dientes.

Llegados a ese punto, Vitale decidió que conversar estaba muy sobrevalorado, sobre todo cuando iba encaminado a un choque entre ambos hablantes. No era el momento adecuado. Al cabo de pocos minutos volverían a ser el centro de la atención en el banquete, al que acudirían reyes de toda Europa. Lo que dijera a Jazz debía decírselo en privado. Tendría que ser algo medido, calmado y sincero, aunque no fuera lo que ella deseaba oír y aunque él no fuera a cumplir su palabra. Eso hizo que Vitale no dijera nada, porque esa verdad le horrorizaba.

El banquete fue interminable. Jazz estrechó muchas manos, sonrió y posó para que la fotografiaran, sintiéndose como una profesional que recibiera a los comensales de un caro restaurante. Charles Russell la abrazó y le dijo:

–Cuando mandé a Vitale a verte no esperaba que acabara en boda, pero estoy encantado por los dos, Jazz.

Charles saludó a la madre de Jazz con la misma simpatía mientras Vitale aburría a muerte a su tía contándole todo sobre Lerovia. Al menos se esforzaba, pensó Jazz intentando tener una perspectiva más generosa. Estar de mal humor era culpa de ella, ya que se habían casado para que los gemelos fueran hijos legítimos. Entonces, ¿por qué seguía Vitale acostándose con ella? ¿Por qué le había prestado las fabulosas joyas de su abuela? Además, seguía haciéndole regalos.

Pensó en el colgante con un tigre cuyos ojos eran esmeraldas que tanto le gustaba y en la amplia colección de bolas de nieve que ahora poseía. Vitale le había transmitido señales equivocadas desde el principio, por lo que no era de extrañar que se hubiera enamorado y hubiera seguido teniendo relaciones sexuales con él, con la esperanza de despertar en él emociones que no era capaz de experimentar. En el plano emocional, era como una columna de granito.

¿Acaso no tenía ella orgullo e instinto de supervivencia? Torturándose con tales pensamientos, levantó la cabeza y siguió sonriendo mientras decidía que las cosas estaban a punto de cambiar.

Capítulo 10

LA historia está en Internet… –una voz vagamente familiar decía con urgencia–. Y parece que el *Herald* va a publicar un artículo mañana, con fotos reveladoras. Cuando tu madre les ha pedido que no lo hagan, se han negado. Hay un gran revuelo en palacio y Sofia tiene la intención de huir a su chalé de la montaña. Nadie sabe cómo manejar el asunto.

–Sin embargo, tú lo sabías y no me avisaste –dijo Vitale con amargura mientras Jazz miraba soñolienta el despertador. Eran las tres de la mañana.

–No era asunto mío. Ella me echó del palacio el día antes de la coronación. Creía que yo, su hermano pequeño, le iba a hacer la competencia, y se negó a aceptarme como miembro de la familia.

–Lo sé, Eduardo. Voy a vestirme y veré qué puedo hacer.

–¡Nadie puede hacer nada! –exclamó el tío de Vitale, sin ocultar su satisfacción–. Es tarde para maniobrar con el fin de encubrir el asunto.

Cuando la puerta del dormitorio se hubo cerrado, Jazz se sentó en la cama y, a la débil luz de la lámpara que había al lado de la puerta, miró a Vitale, que solo llevaba puesto unos boxers. Parecía destrozado.

–¿Qué ha pasado?

–Parece que mi madre tiene una relación sentimental con su mejor amiga, la condesa Cinzia, desde hace más de treinta años, y la prensa lo va a publicar. El escándalo ya está en Internet –explicó él con toda claridad.

–¿Una relación homosexual? –preguntó Jazz, asombrada.

–¿Cómo no me había dado cuenta? –gimió Vitale–. Por eso se divorciaron mis padres. Parece que mi padre halló juntas a mi madre y a Cinzia. Cuando me ha despertado mi tío y me lo contado, he llamado a mi padre al hotel porque, al principio, no podía creérmelo. Pero él me ha confirmado que es verdad. Sin embargo,

sigo sin poder creérmelo –reconoció, cada vez más furioso–. He perdido a buenos amigos que tuvieron que marcharse del país debido a las leyes restrictivas que la reina promovía. ¿Cómo podía mi madre oponerse a la liberación homosexual cuando ella misma lo era? ¿Cómo se puede ser tan hipócrita para comportarse así?

–No lo sé – a Jazz no se le ocurría nada que decir porque estaba tan perpleja como él por lo que le estaba contando.

–Intentaré manejarlo lo mejor que pueda –afirmó Vitale–. Mi madre tendrá que renunciar al trono. Es demasiado orgullosa para afrontarlo.

–Pero eso significa… Jazz ahogó un grito y, después, la consternación la dejó callada. Se limitó a mirar a Vitale, que se hallaba a los pies de la cama.

–Sí. Esperemos que te acostumbres a ser reina mejor que novia por segunda vez –dijo Vitale en tono sarcástico mientras se preguntaba cómo se tomaría él mismo la transformación de su vida. No se imaginaba un futuro privado de las exigencias y quejas constantes de su madre, pero la perspectiva apareció frente a él con una brillantez repentina que le desconcertó, como la luz al final de un oscuro túnel.

Jazz se volvió a acurrucar bajo las sábanas, demasiado cansada para discutir. La noche anterior se había acostado tarde, tan cansada que parecía un cadáver, y se había quedado dormida inmediatamente. No había sido, desde luego, una segunda noche de bodas soñada. Estaba deseando escapar del palacio por la mañana y relajarse en el yate que Angel les prestaba para hacer un crucero por el Mediterráneo. Supuso que, en aquel momento, la luna de miel se habría evaporado porque, hiciera lo que hiciera Sofia Castiglione, Vitale tendría que tomar parte en la operación de limpieza y estaría demasiado ocupado para marcharse del palacio.

Él reapareció mientras ella desayunaba en la terraza que daba a los jardines. Le dijo que había gente manifestándose con pancartas frente al palacio y que ella tenía suerte por estar en la parte trasera del mismo.

–¿Cómo está tu madre?

–Ya se ha marchado –observó él, casi aturdido, como si le costara reconocer esa sorprendente realidad–. Se han ido Cinzia y ella. No ha querido hablar conmigo y ha dado a conocer un comunicado en el que dice que su vida privada es justamente eso. Así que tampoco se ha disculpado por haberme estado engañando toda la vida.

–¿Es que esperabas que lo hiciera? –Jazz lo escudriñó con

preocupación observando las arrugas de estrés y fatiga de su fuerte y delgado rostro.

Él negó con la cabeza en respuesta a su pregunta.

Se hizo un silencio mientras un empleado dejaba más café en la mesa. Incluso los miembros del personal se movían sin hacer ruido, como si se hubiera producido una defunción en vez de un enorme escándalo que había dejado a la familia real de Lerovia sujeta a la especulación internacional como no lo había estado nunca.

Jazz sirvió café a Vitale y le pidió que comiera. Tras la apresurada partida de su madre, debía ir a una reunión con representantes del gobierno.

–El primer ministro la ha convencido de que abdique –gimió Vitale–. No tiene nada que ver con el hecho de ser homosexual. Podía haber salido del armario hace años si hubiera querido, pero no quiso. Ha sido su hipocresía al oponerse a las leyes de igualdad que son normales en el resto de Europa lo que ha provocado su caída. Su comportamiento es inexcusable.

–Debes seguir adelante –murmuró Jazz sintiéndose inútil e impotente cuando quería ser justamente lo contrario y ayudarlo.

–Todos debemos hacerlo –afirmó él–. Pero lo más importante es que tu madre, tu tía y tú os vayáis esta misma mañana al yate de Angel.

–¡No voy a dejarte solo! –exclamó ella.

–No hay hada que puedas hacer aquí –señaló Vitale en tono práctico–. Hay manifestantes protestando frente al palacio y en la ciudad. Lerovia está revolucionada. Yo no puedo marcharme ahora, pero tu familia y tú podéis hacerlo.

–Pero…

–Sería un consuelo para mí saber que estás a salvo en el yate de Angel y protegida de todo lo que pueda causarte preocupación –concluyó Vitale en el tono frío y autoritario que a ella siempre le encogía el estómago.

Jazz no siguió protestando. Él no quería que se quedara; la mandaba lejos. Era evidente que su presencia no era un consuelo ni una necesidad. Había aprendido una dura lección, se dijo con tristeza. Vitale no la necesitaba. Aunque ella lo necesitara las veinticuatro horas del día, el vínculo no funcionaba en ambas direcciones.

Respiró hondo y consiguió esbozar una sonrisa, a pesar de que tenía ganas de llorar, una reacción que, desde luego, él no se merecía.

–Muy bien. ¿A qué hora tengo que marcharme? –preguntó en

voz baja.

Los ojos de Vitale demostraron abiertamente su alivio por que ella hubiera accedido y a ella se le cayó el alma a los pies al comprobar que su partida suponía de forma tan evidente un descanso para él. Claro que él no estaba enamorado ni dependía de ella. Probablemente, ella solo fuera una persona más de la que preocuparse en su vida, de por sí tan llena de ellas.

Ya era hora de que comenzara a aceptar los límites de su relación con Vitale, reflexionó con pesar, porque siempre estaba esperando más de él, pidiéndole más. Y era poco probable que tales deseos se vieran cumplidos. Pero, siendo justos, él nunca le había indicado que fuera a haber algo más entre ellos que lo que le había ofrecido al principio.

Carmela ya había hecho las maletas para el crucero por el Mediterráneo. Jazz habló por teléfono con su madre y su tía, que estaban alborotadas y fascinadas por las revelaciones de la prensa, pero muy emocionadas por la perspectiva de pasar al menos una semana en el yate de un multimillonario.

Había que ir a lo que importaba, se dijo Jazz con firmeza al montarse en el helicóptero que había aterrizado en el terreno del castillo. Su madre y su tía ya estaban dentro. Y, en resumidas cuentas, lo importante de su matrimonio con Vitale era que se habían casado para que sus hijos fueran legítimos. Le sorprendió tener que obligarse a recordar aquel hecho.

¿Cuándo había comenzado a alejarse peligrosamente del acuerdo original? ¿No había sabido desde el principio, en su fuero interno, que sentía más por Vitale de lo que debería? En otras palabras, sufría por una herida que se había autoinfligido. Él no le había pedido que lo quisiera, no había buscado un vínculo más profundo ni lazos más duraderos. De hecho, Vitale se había casado con ella diciéndole claramente que se divorciarían, así que no podía culparlo de haberla engañado o mentido. No, solo podía culparse a sí misma por no controlar mejor sus sentimientos.

Siren, el yate de Angel, poseía tal tamaño y esplendor que la madre y la tía de Jazz estaban abrumadas por semejante lujo, y no notaron el inusual silencio de Jazz. Separada de Vitale, se sentía terriblemente sola y vacía.

En los días siguientes, mientras las tres tomaban el sol, se bañaban y compraban en las ciudades de las islas que el yate visitaba, Jazz siguió leyendo ávidamente reportajes en Internet sobre los últimos acontecimientos en Lerovia. A Vitale lo habían nombrado rey y el descontento popular había remitido casi

inmediatamente porque se esperaba que fuera un rey moderno, no un monarca tradicional como lo había sido su madre.

Vitale llamaba a Jazz todas las noches, pero eran llamadas corteses y tensas que no la animaban. La coronación tendría lugar al mes siguiente.

Vitale ya era libre, pensó Jazz con tristeza, libre por primera vez de las exigencias e interferencias de su madre. Pero no se había librado de su matrimonio, reconoció con pesar, sintiéndose el último obstáculo en el camino de él hacia la liberación total. Al fin y al cabo, si no se hubiera quedado embarazada, él no habría tenido que casarse con una mujer que no reunía los requisitos necesarios para ser reina. Pero ¿qué haría ahora? No podía divorciarse de ella mientras estuviera embarazada, así que tendría que conformarse hasta que fuera libre y pudiera realizar una elección mejor.

Presa de pensamientos tan deprimentes, Jazz examinó la forma cambiante de su cuerpo en el espejo del dormitorio. Su vientre estaba adoptando una forma redondeada y la cintura perdiendo definición, en tanto que los senos se le desbordaban por el nuevo sujetador. No podría retrasar mucho más tiempo la compra de ropa para embarazada, pero la mera idea de tener que realizarla la hacía sentir poco atractiva.

–Me voy a marchar a Londres mañana con mi madre y mi tía –le dijo Jazz a Vitale cuando la llamó esa noche–. Así dejaré de molestarte.

Se produjo un brusco silencio al otro extremo de la línea.

–¿Y si no quiero que dejes de molestarme? –preguntó él con repentina dureza.

–Me dijiste que te consolaba la idea de que estuviera lejos, en este yate, así que he pensado que estar en Londres tendría el mismo efecto.

–Pues no –dijo él con voz fría y cortante.

–Ah, supongo que me necesitas en palacio –masculló ella.

–Sí –le confirmó él mientras se preguntaba qué demonios le pasaba y de dónde sacaba semejantes ideas.

Lentamente, y con esfuerzo, Vitale se dio cuenta de que evitar hablar de lo que siempre había evitado hablar podía ser el único gran error que había cometido. El silencio no funcionaba igual con Jazz que su madre. A Jazz no le gustaba llenarlo con el sonido de su propia voz, sino que se dedicaba a juzgar todo lo que él decía y hacía como si fuera la escena de un delito y a sacar sus propias y peligrosas conclusiones.

Vitale colgó rápidamente, lo cual incomodó a Jazz, que había

supuesto que la animaría a ir a Londres. Se preguntó si llegaría alguna vez a comprender las señales contradictorias que él le enviaba.

Primero, quería estar con ella; después, no quería; luego, volvía a querer. Supuso que, como la crisis política ya habría acabado, posiblemente fuera ese el motivo de su cambio de actitud. Cansada de especular sobre alguien que siempre había desbaratado sus expectativas, pero a quien protegería a cualquier precio, cenó con su familia y, después, fue a ducharse.

Cuando el helicóptero se dispuso a aterrizar, ella estaba envuelta en una toalla, sentada en la terraza del dormitorio principal viendo la esplendorosa puesta de sol. Pensó que el helicóptero llevaba provisiones, por lo que volvió dentro a toda prisa para evitar el ruido. Se quedó desconcertada al ver entrar a Vitale unos minutos después.

–¿Qué haces aquí? –preguntó perpleja mientras examinaba con entusiasmo su delgada y poderosa figura y admiraba lo bien que se le ajustaban los vaqueros a los largos y fuertes muslos y la camisa negra al ancho pecho. Él la escudriñó a su vez, fijándose sobre todo en el borde de la toalla que cubría sus exuberantes senos. Ella se puso colorada, avergonzada por que la hubiera encontrado medio desnuda y sin nada de maquillaje.

–Te… te echaba de menos –afirmó Vitale con inesperada brusquedad.

Ella lo miró con los ojos como platos.

–¿De verdad?

–Claro que sí. Te pedí que te fueras por tu propio bien y supuse que te gustaría tomarte un descanso con tu familia –aseguró Vitale en tono casi acusador–. Yo tenía muchos asuntos oficiales que atender en el palacio y muy poco tiempo para ti.

Jazz se puso tensa ante el recuerdo.

–Lo entendí.

–No, más bien creías que quería librarme de ti, lo cual no es cierto. De hecho, se aleja tanto de la verdad que resulta ridículo –observó él sin ocultar su irritación–. Si te hubieras quedado en el palacio, no habrías podido salir los primeros días, que yo me los pasé reunido y sin tiempo para nada más. Hubiera sido egoísta que estuvieras encerrada para darme gusto.

Jazz se quedó de piedra.

–Cuando me pediste que me fuera, creí que era una molesta distracción para ti, una carga más.

Vitale se quedó inmóvil junto a la puerta que conducía a la

terraza. Sus hermosas facciones denotaban tensión.

–No eres ni lo has sido nunca una carga para mí. De hecho eres lo único que me ha dado placer en la vida.

A Jazz le encantaba oír cosas agradables sobre sí misma, pero aquello era demasiado, viniendo además de Vitale, para poder creérselo.

–No me lo creo.

Vitale cerró los puños, lleno de frustración, e hizo un gesto con los brazos para transmitirle que no era capaz de explicarle lo que había querido decir.

–Estoy irascible porque me dolió que me pidieras que me fuera –reconoció Jazz sintiéndose culpable y con ganas de abrazarlo.

–¿No crees que a mí me ha dolido estar sin ti todos los días? –contraatacó Vitale a toda velocidad–. ¿No tener ni unos minutos para estar a solas contigo? Pero intentaba hacer lo correcto, aunque parece que me he equivocado, que es lo que siempre me pasa contigo –concluyó con amargura.

–¿Quieres tomar algo? –preguntó ella, que se sentía incómoda.

–No, gracias. Me he tomado un par de copas después de saber que pensabas volver a Londres, y no me han servido para mejorar mi estado de ánimo.

–Creí que te alegrarías de saber que me marchaba. Es evidente que te malinterpreté –dijo Jazz, que se había dado cuenta de que él había volado hasta el yate aterrorizado ante la idea de que ella fuera a huir antes de la coronación y a causar un nuevo escándalo–. No te estaba amenazando con dejarte, Vitale.

–*Per meraviglia*… ¿Ah, no? –preguntó él, incrédulo y desconcertado.

–No, no voy a fallarte de esa manera. No te haría eso. Pase lo que pase, seguiré en el palacio hasta que decidas que ha llegado el momento de separarnos y pedir el divorcio –le prometió Jazz.

Vitale palideció y entrecerró sus preciosos ojos como si le dolieran sus palabras.

–Ya no quiero divorciarme. Quiero seguir casado contigo hasta que me muera, *amata mia*. Sé que no es eso lo que habíamos acordado y que estoy haciendo caso omiso de las condiciones de nuestro acuerdo, pero he cambiado.

–¿Ah, sí? –preguntó ella en tono dudoso–. ¿No será que crees que no quedaría bien que nos divorciáramos después de la abdicación de tu madre?

–Es muy difícil razonar contigo –gimió Vitale pasándose la mano por el negro cabello–. Cuando digo que he cambiado es porque he

cambiado, y no tiene nada que ver con la corona, con mi madre ni con nadie. Tú y yo somos las dos únicas personas en nuestro matrimonio y no quiero perderte. Por eso estoy aquí También he dimitido de mi puesto en el banco.

–¿Has dimitido? –preguntó ella, sorprendida.

–Por supuesto. No puedo ser rey y banquero a la vez. También necesito tiempo para ser padre y esposo, por lo que he debido renunciar a algo parar tener vida familiar. Pero, si sigues queriendo que nos divorciemos, desde luego que…

–¡Yo no he dicho eso! –lo interrumpió ella a toda prisa.

–Sin embargo, todo lo que me has dicho y has hecho lo implica –afirmó Vitale de forma tajante mientras cuadraba los hombros como si fuera a recibir un golpe.

–Interpretas todo lo que digo de la peor manera posible –le reprochó Jazz–. Estoy esperando que me digas por qué has decidido que quieres seguir casado conmigo…

–Ya te he respondido –la contradijo él–. Me haces feliz… –vaciló antes de añadir con evidente turbación –. Y te quiero.

Lo dijo en voz tan baja y a tal velocidad que ella no estaba segura de haberlo oído bien.

–Me refiero –Vitale comenzó de nuevo, con leve desesperación– a que supongo que es amor. Detesto que no estés conmigo y te echo mucho de menos. No me imagino con otra mujer. Eres diferente, especial, y sabes como pienso, lo cual no me gustaba al principio, pero empiezo a creer que debería estarte agradecido por eso. Sé que no te hace feliz la idea de que me convierta en rey. Lo vi en tu rostro, pero no creo que pueda hacerlo sin ti. Si tuviera que elegir entre el trono y tú, te elegiría a ti.

El corazón de Jazz se expandió como un gigantesco globo cálido en su pecho y se dio cuenta de que estaba escuchando una declaración de amor genuina, aunque torpe. Se acercó a él y lo abrazó.

–No te he pedido que realices semejante elección. No me entusiasma la idea de ser reina ni de ser objeto permanente de la atención pública, pero lo soportaré si estás conmigo –afirmó ella–. ¿Por qué? Porque yo también te quiero, tonto. ¿Cómo no te has dado cuenta?

Vitale soltó de forma audible el aire que había estado reteniendo y la estrechó en sus brazos al tiempo que se estremecía.

–¿Me quieres? –preguntó como si no se lo creyera–. ¿Por qué? Comparado contigo, soy muy aburrido.

–¡Claro que no! –exclamó ella con emoción. Le dolía que pensara

eso de sí mismo.

–Tú eres conversadora, divertida, animada… Todo lo que yo no soy –insistió Vitale–. Es como si fueras un imán: me has atraído, a pesar de que he opuesto resistencia con todas mis fuerzas.

–No te resististe mucho tiempo –apuntó ella mientras pensaba en su encuentro en la cocina la primera noche, en la casa de Londres.

–Eras una tentación demasiado fuerte. Me atraía todo de ti.

–No, intentaste cambiarme por completo para que estuviera presentable –le recordó ella–. Acuérdate de todas esas clases.

–Eran para enseñarte a poder estar en compañía de cualquiera. Vivo en un mundo distinto y quería que, como yo, estuvieras cómoda y te sintieras segura en él. Pero eso es el pasado. Ya nos hemos alejado mucho de todo aquello.

–Sí –Jazz apoyó la frente en su cálido hombro y aspiró su olor, ya tan familiar. La invadió una alegre sensación de paz porque Vitale era finalmente suyo, absoluta e irremediablemente suyo. Él había aprendido a quererla, a pesar de lo distintos que eran. Tal vez, el descubrimiento más maravilloso de todos era que, a pesar de sus diferencias, su relación era cómoda y segura.

–Pero no dejabas de recordarme que teníamos que divorciarnos –masculló él en tono sombrío.

–Fue una de tus condiciones para que nos casáramos –le recordó ella.

–Lo sé –gimió él–. Pero, cada vez que me lo decías, el pánico se apoderaba de mí. Me había metido en un oscuro y profundo agujero del que no sabía cómo salir. No quería dejarte marchar, pero te había prometido que lo haría y siempre cumplo lo que prometo. Debiera haberte dicho antes que ya no quería divorciarme, pero tenía miedo de que me respondieras que seguías queriendo recuperar la libertad, y me era imposible enfrentarme a eso, por lo que pensé que era mejor no decirte nada.

–Es mejor que seas sincero conmigo, aunque no quiera oír lo que me vayas a decir. Y, en este caso, lo que no me decías era lo que llevaba semanas queriendo oír.

–¿Por qué te molestó tanto nuestra boda real?

Jazz dejó de abrazarlo y dio un paso atrás.

–¿Me lo preguntas en serio? ¿Me lo preguntas cuando seis candidatas ideales para ser tu esposa me seguían en la nave de la iglesia?

Vitale frunció el ceño, desconcertado.

–¿Candidatas ideales para ser mi esposa?

–Estaban en una carpeta que me dio tu madre. ¿No las

reconociste? Supongo que al menos a un par de ellas las habrías visto antes de la boda.

–¿Las damas de honor eran las que estaban en esa carpeta? –preguntó él al tiempo que se sonrojaba y murmuraba algo irrepetible en italiano–. *Madonna diavolo*… No llegué a ver las fotografías ni esa carpeta. Ejercí la resistencia pasiva y me negué a fomentar las falsas ilusiones de mi madre siguiéndole el juego.

–¿No las habías visto? –preguntó ella, asombrada.

–No, me negué. Incluso cuando las desplegó en su escritorio, no quise mirarlas. Pero me pone enfermo que pidiera a esas mujeres que fueran tus damas de honor –reconoció Vitale negando furiosamente con la cabeza–. Resulta difícil creer que fuera tan vengativa. Deberías habérmelo dicho.

–Supuse que las reconocerías. De todos modos, leer el contenido de esa carpeta debilitó mi autoestima. Comencé a hacer horribles comparaciones entre esas mujeres y yo, lo cual disminuyó la seguridad en mí misma, lo que, a su vez, me volvió muy susceptible y me llevó a malinterpretar lo que hacías.

–¿Y todo eso a pesar de que superas con mucho a las mujeres de esa estúpida carpeta? –preguntó Vitale–. ¡Porque eres la mujer a la que quiero y la única a la que deseo como esposa!

Jazz reconoció que era cierta cada palabra de su declaración, por lo que su autoestima dio un salto de gigante al aceptar aquella maravillosa verdad. Él la tenía en mejor concepto de lo que se tenía a sí misma.

–¿A pesar de que una vez dijiste que era tan plana como una tabla? –le preguntó en tono burlón.

–Eso ahora no es un problema –contestó él con una sonrisa deslumbrante mientras le quitaba la toalla y la hacía retroceder hasta la cama–. En cuanto al cabello, me encanta el tuyo, y lo sabes. Te lo he dicho muchas veces.

Mientras se tumbaba en la cama, Jazz reconoció que él siempre andaba jugando con su cabello. Un ligero temblor de deseo la recorrió cuando Vitale situó su largo, delgado y poderoso cuerpo sobre el suyo.

–Te quiero –volvió a decirle él–. No he podido dormir una noche entera desde que te fuiste. Echaba de menos tus abrazos.

–Pues vas a tener que empezar a abrazarme para que lo haga yo –anunció ella con ojos desafiantes.

Y él la abrazó y ella rio.

–¡Otra vez! –le pidió como si fuera una niña.

La felicidad que Jazz había aportado a su vida sobrepasaba con

mucho cualquier otra preocupación. Esbozó otra deslumbrante sonrisa.

–¡Cuánto te quiero, Vitale! –susurró ella cuando pudo volver a respirar, porque él se había entusiasmado un poco con los abrazos–. ¿Cuándo te diste cuenta de lo que sentías por mí?

–Debí haberlo hecho el día en que estuve a punto de dar un puñetazo a Angel por flirtear contigo, porque estaba celoso.

–Estabas celoso –Jazz saboreó sus palabras sin ocultar su satisfacción.

–Pero tardé mucho más en darme cuenta de lo que me habías hecho.

–¿De lo que te había hecho?

–Sí, me volviste del revés y me cambiaste la vida sin que me diera cuenta de lo que me pasaba –confesó Vitale–. Y no dejabas pasar la oportunidad de recordarme mi plan de divorcio. Me había marcado un gol a mí mismo.

Jazz sonrió.

–Me alegro de que lo reconozcas.

Vitale se acarició la barbilla.

–Me he afeitado… ¿Tengo que seguir hablando toda la noche?

Jazz soltó una carcajada. Se sentía tremendamente alegre.

–No, no tienes que seguir haciéndolo.

–*Grazie a Dio* –Vitale lanzó un sentido suspiro de satisfacción.

Se daba cuenta de que se parecía a su padre mucho más de lo que pensaba, aunque seguía careciendo de su habilidad para hablar de sus sentimientos fácilmente. Pero la clave de su felicidad era Jazz, que le había enseñado a volver a disfrutar de la vida. Podría enfrentarse a lo que fuera con tal de que ella estuviera a su lado.

Jazz lo miró con ojos rebosantes de amor y consideración, y Vitale la besó con toda la pasión que le inspiraba. Hicieron el amor y se olvidaron del mundo.

Mucho más tarde, Jazz le tomó el pelo por el acuerdo prematrimonial que tanto la había deprimido y Vitale volvió a besarla para evitar que siguiera hablando. Cuando Vitale aprendía algo que lo beneficiaba, siempre lo utilizaba con rapidez.

Epílogo

CINCO años después, Jazz estaba tumbada en una hamaca a la sombra y veía a los niños jugar en la nueva piscina. Angel los vigilaba, lo cual era justo porque más de la mitad de los sobreexcitados críos eran de Merry y suyos.

Jazz había tenido que ponerse pesada para que Vitale accediera a construir una piscina en la casa de campo italiana. Él prefería que su vida allí fuera más sencilla y menos lujosa que en Lerovia.

–¡Enrico! –gritó su esposo de repente al niño de cuatro años que intentaba empujar a su hermano gemelo a la piscina–. ¡Para!

Enrico sonrió con ojos traviesos y, mientras no lo miraba, Donato, su hermano gemelo, lo empujó y cayó al agua.

–¡Eso es peligroso! –chilló Vitale.

–Los hombres se ponen como locos cuando los niños hacen lo que les sale espontáneamente –comentó Merry, tumbada en otra hamaca al lado de Jazz, mientras su pequeña tribu se divertía en el agua saltando ruidosamente y salpicándose.

–Pero es que no están acostumbrados como nosotras a sus travesuras diarias –Jazz suspiró y se estiró el ligero vestido sobre su abultado abdomen.

–¿Esperas que esta vez sea niña? –preguntó Merry con la curiosidad de una amiga íntima.

–Creo que Vitale lo desea, pero a mí me da igual, con tal de que esté sano –afirmó Jazz recordando lo preocupada y estresada que había estado cuando habían tenido que llevar a los gemelos a la incubadora por haber nacido prematuros.

Enrico y Donato habían comenzado a desarrollarse a partir de ese momento y pronto tuvieron la fuerza suficiente para pasar a la habitación llena de color que sus padres habían dispuesto para ellos en el palacio. De todos modos, a Jazz no le gustaría repetir la experiencia de tener que dejar a su hijo en el hospital e irse sola a casa.

Sin embargo, su nuevo embarazo estaba siendo mucho más sencillo que el primero. Tenía menos náuseas y se sentía mucho más relajada, aunque Vitale estaba aún más preocupado que la primera vez.

La vida de ambos en Lerovia había sufrido cambios en todos los sentidos. En primer lugar, tuvieron que trasladarse a lo que había sido el ala del palacio de la madre de Vitale, que había habido que remodelar y volver a decorar. A veces, a Jazz le parecía que todavía olía a pintura húmeda. Vitale había abierto las salas ceremoniales del palacio al público por primera vez, y la madre de Jazz se encargaba de la tienda de regalos y la cafetería que se habían abierto en uno de los patios traseros.

Peggy Dickens había encontrado una nueva vida en Lerovia. Quería estar cerca de sus nietos y ocupaba un apartamento dentro del palacio que Clodagh, su hermana, visitaba con frecuencia. Jazz se había sentido muy aliviada después de que su madre pasara la revisión médica con éxito y estaba encantada de que estuviera viviendo a su lado. Vitale había sido muy generoso al acceder a ello, pensó con cariño. No todos querrían que su suegra viviera en la puerta de al lado. También fue muy generoso cuando Peggy le dijo que quería intervenir en la apertura del palacio al público. Al volver a trabajar, Peggy recuperó las fuerzas y la vitalidad y volvió a interesarse por la vida.

Cuando los gemelos tenían pocos meses, Jazz terminó su licenciatura en Historia del Arte, en la universidad de Leburg, con matrícula de honor. Ahora era una de las directoras del Museo de Arte de Leburg. Por fin se habían catalogado todos los cuadros del palacio, lo cual había permitido descubrir algunos valiosos cuadros de los antepasados de Vitale. Llevaba una vida muy atareada, pero le encantaba.

El pequeño país de Lerovia se había convertido en su hogar y ella era muy popular. El príncipe Eduardo sustituía a veces a su sobrino en actos públicos y había recuperado la posición que su hermana le había arrebatado. Jazz se había quedado muy sorprendida cuando Vitale le contó que había sido Eduardo quien había orquestado la caída de la reina Sofia dando un soplo a un amigo de los medios de comunicación sobre su relación homosexual.

«Fue su venganza por toda una vida de desprecios. Fue mezquino y cruel por su parte», había dicho Vitale. «Pero, ¿quién soy yo para criticarlo? Eduardo era un miembro de la familia real muy popular y mi madre lo apartó de nuestras vidas y lo dejo

prácticamente sin dinero. Él no se lo merecía y ella acabó pagando el maltrato de su hermano».

Sofia Castiglione, que ahora era la princesa Sofia, vivía en su lujoso chalé de los Alpes con Cinzia. De vez en cuando llamaba a Vitale para reprenderlo por los cambios que estaba impulsando y prevenirlo de que perdería el respeto de su pueblo si disminuía el carácter místico de la monarquía al llevar una vida menos lujosa.

Se había negado tajantemente a volver a poner el pie en Lerovia confesando que nunca le habían gustado sus habitantes. Vitale se había reído mucho al contárselo a Jazz. Había ido a ver a su madre varias veces, pero solo por sentido del deber, no por afecto. El hecho de no haberse divorciado había enfurecido a su madre, y Jazz seguía esperando, sin ninguna ansiedad, que la invitara al chalé.

Por otra parte, Charles Russell los visitaba con frecuencia, sobre todo cuando estaban de vacaciones en la casa de campo, donde a él también le gustaba relajarse. Era un abuelo excelente, siempre dispuesto a dejar el libro que estuviera leyendo para entretener a los niños y entrar en su mundo.

Esa noche, después de cenar, Jazz se metió en la bañera iluminada por velas que la esperaba y sonrió de oreja a oreja cuando Vitale le llevó una limonada en una copa de vino.

–No debes meterte hasta que yo esté aquí, por si te caes –la reprendió Vitale, con una expresión de preocupación en su hermoso rostro.

–No estoy tan torpe como con los gemelos –murmuró ella–. No voy a caerme.

Vitale le apartó un rizo de la frente húmeda.

–Desnuda a la luz de las velas, estás tremendamente sexy, *bellezza mia*.

–No me digas que estoy hermosa así –lo regañó ella mirándose el vientre y haciendo una mueca–. Ni sexy.

–Es la verdad –objetó él al tiempo que la miraba y sonreía–. ¿Quieres que te mienta?

–¡Por Dios! –masculló ella mientras le daba la copa vacía y se levantaba para salir de la bañera.

Él la envolvió en una toalla y la tomó en brazos para sacarla.

–¡Te estás mojando! –gritó ella.

Vitale le sonrió con picardía.

–No voy a tener puesta mucho tiempo esta ropa mojada.

Jazz puso sus hermosos ojos en blanco.

–¡Cuánta seguridad! –se burló mientras él la llevaba de vuelta al dormitorio.

–¿Me equivoco? –preguntó él con voz ronca. La besó en la garganta y el cuerpo de ella se volvió loco de deseo.

–No, por desgracia. Soy muy fácil de convencer –Jazz suspiró y buscó la hermosa boca de Vitale, exultante de alegría por el amor que él le daba y por la felicidad que, contra toda probabilidad, habían hallado juntos.